MAXI
TUSQUETS
EDITORES



WOODY ALLEN

Cuentos sin plumas

Bajo este título, se recogen en un solo volumen los tres libros de cuentos publicados por Woody Allen titulados: Como acabar de una manera por todas con la cultura, Sin plumas y Perfiles. Todas aquellas inquietudes que han acentuado la excéntrica personalidad de Woody Allen se ven aquí reflejadas de forma sarcástica y satírica.

Dios, el sexo, la muerte, las dudas existenciales sobre la vida, todas reflejadas mediante diferentes tipos de textos, como cuentos, pensamientos, reflexiones, etc, que van a ser, seguro, el delirio del lector.

Recomiendo este libro sobre todo a aquellos aficionados de Woody Allen y sus trabajos cinematográficos, estando seguro que no se quedarán defraudados con su lectura. Aunque no es un libro para incondicionables, serlo es un activo importante.

Enrique M. Camba Godoy — Barcelona

Título Original: *Getting even, Without feathers ; Side effects*
Traductor: Covián, Marcelo ; Guarner, José Luis
Autor: Allen, Woody

ISBN: 9788422638377

Introducción

Los pasajes siguientes han sido tomados del hasta ahora secreto diario íntimo de Woody Allen, que se publicará póstumamente o después de su muerte, lo que suceda primero.

Esperar a que la noche llegue a su fin se me hace cada vez más duro. Ayer experimenté la incómoda sensación de que unos cuantos hombres intentaban irrumpir en mi cuarto para lavarme la cabeza. Pero ¿por qué? Estuve imaginándome que vislumbraba formas tenebrosas, y a las tres de la madrugada la ropa interior que arrojé sobre una silla me pareció el Kaiser con patines. Cuando por fin logré dormirme, volví a padecer ese horrible sueño en el que una ardilla trata de cobrarme como premio en una rifa. Desesperanza.

Creo que mi consunción empeora. Y también mi asma. El jadeo va y viene, y siento vahídos cada vez más frecuentes. Me poseen ahogos y desmayos violentos. Mi habitación está húmeda y sufro escalofríos y palpitaciones continuamente. Observo, también, que me he quedado sin kleenex. ¿Acabará esto alguna vez?

Idea para un cuento: Un hombre se despierta y descubre que su loro ha sido nombrado Subsecretario de Agricultura. Los celos le consumen y se pega un tiro, pero desgraciadamente la pistola es de ésas que sale una

banderita que pone «Bang». La banderita le saca un ojo, pero sobrevive… un ser humano redimido que, por primera vez, disfruta de los placeres elementales… de la vida, tales como labrar la tierra o sentarse sobre una manga de riego.

Pensamiento: ¿Por qué mata el hombre? Mata por comida. Y no sólo por comida: con frecuencia debe de ser por bebida.

¿Debo casarme con W.? No, si no me revela las restantes letras de su nombre. Pero, ¿y su carrera? ¿Cómo voy a pedirle a una mujer de su belleza que renuncie al Campeonato de Patinaje? Decisiones…

Una vez más he intentado suicidarme… esta vez mojándome la nariz para meterla en el enchufe de la luz. Infortunadamente, se produjo un cortocircuito y sólo conseguí que explotase la nevera. Obsesionado siempre con la idea de la muerte, cavilo sin cesar. Sigo preguntándome si existe vida más allá de la muerte, y si la hay ¿le cambiarán a uno un billete de veinte pavos?

Me encontré hoy con mi hermano en un funeral. No nos habíamos visto desde hacía quince años, pero como de costumbre se sacó una vejiga de cerdo del bolsillo, y empezó a golpearme con ella en la cabeza. El tiempo me ha ayudado a comprenderle mejor. Por fin he comprendido que su observación acerca de que soy «una abominable sabandija digna de exterminio» viene dictada más por la compasión que por la ira. Reconozcámoslo: ha sido siempre mucho más brillante que yo… más ingenioso, más culto, mejor educado. El porqué continúa trabajando en Hamburguesas McDonald es un misterio.

Idea para un cuento. Unos castores se adueñan del Carnegie Hall y representan Wozzeck. (Tema consistente. ¿Cuál será la estructura?)

Dios mío, ¿por qué me siento tan culpable? ¿Será porque odié a mi padre? Probablemente la causa está en el incidente de la "ternera alla parmigiana". Bueno, ¿qué hacía eso en su cartera? De haberle escuchado, ahora estaría ahormando sombreros para ganarme la vida. Me parece que le estoy oyendo: «Ahormar sombreros… ¿concibes algo mejor?». Recuerdo su reacción cuando le dije que pretendía dedicarme a escribir. «Lo único que tú escribirás será en colaboración con un búho». Sigo sin tener ni idea de lo que quiso decir ¡Qué hombre tan triste! Cuando representaron en el Liceo mi primera obra *Un quiste para Gus*, se presentó la noche del estreno con frac y careta antigás.

Hoy vi un crepúsculo rojo y gualda y pensé ¡Qué insignificante soy! Naturalmente, también pensé eso ayer, y llovió. Me sentí asaltado por el odio hacia mí mismo, y proyecté de nuevo suicidarme… esta vez por el sistema de aspirar hondo cerca de un viajante de seguros.

Relato breve: Un hombre se despierta por la mañana y se descubre convertido en el arco de sus propios pies. (Esta idea puede funcionar a muchos niveles. Psicológicamente, es la quintaesencia de Kruger, el discípulo de Freud que descubrió la sexualidad en el bacon.

¡Qué equivocada estaba Emily Dickinson! La esperanza no es «esa cosa con plumas». La cosa con plumas ha resultado ser mi sobrino. Tengo que llevarle a un especialista en Zurich.

He decidido romper mi compromiso con W. No comprende lo que escribo, y la pasada noche declaró que mi *Crítica de la Realidad Metafísica* le recordaba *Aeropuerto*. Nos peleamos, y volvió a tocar el tema de los niños, pero la convencí de que resultarían demasiado jóvenes.

¿Creo en Dios? Creía en Él hasta el accidente de mamá. Se cayó encima de un pastel de carne, lo cual exacerbó su melancolía. Estuvo en coma

durante meses, incapaz de hacer otra cosa que no fuese cantarle «Granada» a un arenque imaginario. ¿Por qué esta mujer en la primavera de la vida se sentiría tan afectada…? ¿Sería porque en su juventud osó desafiar las convenciones y contrajo matrimonio con una bolsa de papel marrón en la cabeza? ¿Y cómo puedo creer en Dios si la semana pasada me pillé la lengua en el rodillo de una máquina de escribir eléctrica? Me siento atormentado por las dudas. ¿Y si todo es una ilusión y nada existe? En tal caso, he pagado demasiado por la alfombra. ¡Si al menos me enviase una señal clara! Como hacer una cuantiosa imposición a mí nombre en un banco suizo.

Hoy tomé café con Melnick. Me habló de su idea de vestir de gallinas a todos los funcionarios del gobierno.

Idea para una obra: Un personaje inspirado en mi padre, pero sin el dedo gordo del pie tan prominente. Le mandan a la Sorbona para estudiar armónica. Al final, muere, sin consumar jamás su único sueño… tomar un baño de asiento con salsa tártara. (Veo un brillante telón para el segundo acto, cuando dos enanos se encuentran con una cabeza decapitada en una remesa de pelotas de volleyball.)

Al dar hoy mi paseo del mediodía, me asaltaron nuevos pensamientos mórbidos. ¿Qué hay en la muerte que tanto me desazona? Los horarios. Melnick afirma que el alma es inmortal y que continúa viviendo después de morir el cuerpo, pero si mi alma existe sin mi cuerpo, estoy convencido de que todos mis trajes le vendrán demasiado grandes. Oh, bueno…

No he tenido que romper con W. después de todo, pues por un golpe de suerte se ha fugado a Finlandia con un fenómeno de circo. Todo sea para bien, supongo, aunque tuve otro de esos ataques en los que empiezo a toser por las orejas.

La noche pasada eché al fuego todas mis obras y mis poemas. Irónicamente, mientras quemaba mi obra maestra *Pingüino sombrío*, la habitación se incendió y ahora me ponen un pleito unos individuos llamados Pinchunk y Schlosser. Kierkegaard tenía razón.

Una aproximación a los fenómenos psíquicos

No hay duda de que existe un mundo invisible. El problema es ¿queda muy lejos del centro? ¿Y hasta qué hora está abierto? Continuamente se producen fenómenos inexplicables. Un hombre ve espíritus. Otro escucha voces. Un tercero se despierta y aparece corriendo en el Madison Square Carden. ¿Quién de nosotros no ha sentido alguna vez el contacto de una mano glacial en la nuca cuando estábamos solos en casa? (Yo no, a Dios gracias, pero los hay que sí.) ¿Qué hay detrás de estas experiencias? ¿O delante de ellas, ya que estamos en el tema? ¿Es cierto que hay hombres capaces de antever el futuro o de comunicarse con espíritus? ¿Y puede uno ducharse después de la muerte?

Afortunadamente, estas preguntas acerca de los fenómenos psíquicos han sido contestadas en un libro de próxima publicación: *¡Buuu!*, cuyo autor es el Dr. Osgood Mulford Twelge, el prestigioso parapsicólogo y profesor de ectoplasma en la Universidad de Columbia. El Dr. Twelge ha compilado una notable historia de los incidentes sobrenaturales, que cubre todo el espectro de los fenómenos psíquicos, desde la transmisión de pensamiento hasta la extravagante experiencia de dos hermanos en lugares opuestos del mundo, uno de los cuales tomó una ducha mientras el otro quedó limpio de repente. Ofrecemos seguidamente una muestra de los casos más celebrados del Dr. Twelge, y su comentario.

El 16 de mayo de 1882 el señor J. C. Dubbs se despertó en mitad de la noche y vio a su hermano Amos, que llevaba muerto catorce años, sentado a los pies de su cama y desplumando gallinas. Dubbs le preguntó a su hermano qué estaba haciendo allí, y éste le respondió que no se preocupase, que seguía muerto y que había venido a la ciudad únicamente el fin de semana. Dubbs le preguntó a su hermano que cómo era «el otro mundo» y éste le respondió que no muy distinto de Cleveland. Añadió que había vuelto para comunicarle a Dubbs un mensaje, que llevar un traje azul oscuro con calcetines rosa pálido es un gran disparate.

En aquel momento, entró la joven sirvienta de Dubbs y vio a Dubbs hablando con una «niebla informe y blanquecina», la cual, dijo luego, le recordó a Amos Dubbs, pero su aspecto era un poco más agradable. Finalmente, el fantasma le pidió a Dubbs que le acompañase en un aria de Fausto, que ambos entonaron con gran fervor. Al despuntar el día, el fantasma atravesó la pared, y Dubbs, que pretendía seguirle, se fracturó la nariz.

Éste se presenta como un ejemplo clásico del fenómeno de aparición y, si hemos de creer a Dubbs, el fantasma reapareció, hecho que hizo que la señora Dubbs sallase de su silla y revolotease durante veinte minutos sobre la mesa donde estaba puesta la cena, hasta que se estrelló en la salsa. Es interesante observar que los espíritus tienen tendencia a mostrarse traviesos, lo cual A. F. Childe, el místico inglés, atribuye al marcado complejo de inferioridad que les produce el estar muertos. Las «apariciones» guardan frecuente relación con individuos que han tenido un fallecimiento insólito. Amos Dubbs, por ejemplo, murió en circunstancias misteriosas cuando un granjero le sembró accidentalmente junto con unos nabos.

El señor Albert Sykes comunica la siguiente experiencia: «Me hallaba sentado, comiendo bizcochos con unos amigos, cuando sentí que mi espíritu abandonaba mi cuerpo y se iba a telefonear. Por algún motivo, telefoneó a

la Compañía de Fibras de Vidrio Moskowitz. Mi espíritu regresó luego a mi cuerpo, donde permaneció unos veinte minutos o así, en la confianza de que nadie querría jugar a las adivinanzas. Cuando la conversación se centró en los trusts de empresas, se retiró otra vez y se puso a vagabundear por la ciudad. Tengo el convencimiento de que visitó la Estatua de la Libertad y luego se fue a ver las variedades del Radio City Music Hall. A continuación.se detuvo en la Taberna de Benny donde dejó una cuenta por valor de sesenta y ocho dólares. Mi espíritu decidió entonces volver a mi cuerpo, pero le fue imposible encontrar un taxi. Finalmente, subió a pie por la Quinta Avenida y se reunió conmigo justo a tiempo para ver las últimas noticias. Puedo afirmar que entró entonces en mi cuerpo, porque sentí un escalofrío repentino, y una voz dijo: "He vuelto. ¿Quieres pasarme las uvas?" Este fenómeno se ha repetido en varias ocasiones desde entonces. En una de ellas, mi espíritu se marchó a Miami para pasar el fin de semana, y en otra fue detenido al pretender marcharse de los almacenes Macy sin pagar una corbata. La cuarta vez fue mi cuerpo el que abandonó a mi espíritu, aunque sólo se hizo dar un masaje y volvió inmediatamente.»

La emigración de espíritu fue muy común hacia 1910, cuando se decía que muchos «espíritus» merodeaban sin rumbo por la India en busca del Consulado Americano. Este fenómeno es muy similar a la transubstanciación, el proceso por el cual una persona se desmaterializa de improviso para volverse a materializar en cualquier otro lugar del mundo. No es un mal sistema para viajar, si bien generalmente hay que esperar media hora para recoger el equipaje. El caso más sorprendente de transubstanciación fue el de Sir Arthur Numey, quien se esfumó con un audible "pop" cuando estaba tomando un baño, para reaparecer de improviso en la sección de cuerdas de la Orquesta Sinfónica de Viena. Permaneció en ella como primer violinista durante veintisiete años, a pesar de que sólo sabía tocar «Los tres cerditos», y se eclipsó abruptamente un día durante la ejecución de la Sinfonía Júpiter de Mozart, apareciendo acto seguido en la cama con Winston Churchill.

PRECOGNICIÓN

El señor Fenton Allentuck describe el siguiente sueño precognoscitivo: «Me fui a dormir a medianoche y soñé que estaba jugando al whist con una bandeja de cebollinos. De repente el sueño cambió, y vi a mi abuelo a punto de ser arrollado por un camión de la calle, donde estaba bailando un vals con un maniquí. Traté de gritar, pero cuando abrí la boca el único sonido que salió de ella fueron unas campanadas, y mi abuelo había sido ya atropellado.

«Me desperté bañado en sudor y corrí a casa de mi abuelo para preguntarle si tenía planes de bailar un vals con un maniquí. Me dijo que no, por supuesto, aunque había considerado la posibilidad de posar vestido de pastor para darle un chasco a sus enemigos. Aliviado, regresé a casa, pero supe más tarde que el viejo había resbalado en un sandwich de pollo y ensalada y se había caído del Edificio Chrysler.»

Los sueños, precognoscitivos resultan tan comunes que difícilmente pueden considerarse como simple coincidencia. En este caso concreto, un hombre sueña con la muerte de un pariente, y ésta se produce. No todos tienen tanta suerte. J. Martínez, de Kennebunkport, Mainne, soñó que hacía saltar la banca en Las Vegas. Cuando despertó, su cama se hallaba flotando en el mar.

TRANCES

Sir Hugh Swiggles, el escéptico, relata una interesante experiencia espiritista:

Nos hallamos en casa de Madame Reynaud, la conocida médium, quien ordena que nos sentemos todos alrededor de la mesa y cogidos de la mano. El señor Weeks no logra contener una risita, y Madame Reynaud le golpea en la cabeza con un tablero Ouija. Se apagan las luces, y Madame Reynaud

intenta ponerse en contacto con el marido de la señora Marple, qué falleció en la opera al incendiársele la barba. Lo que sigue es la transcripción exacta:

Sra. Marple: *¿Qué ve usted?*

Médium: *Veo a un hombre de ojos azules y sombrero, con un molino de papel.*

Sra. Marple: *¡Ése es mi marido!*

Médium: *Su nombre es… Robert. No… Richard…*

Sra. Marple: *Quincy.*

Médium: *¡Sí, eso es!*

Sra. Marple: *¿Qué más puede decirme?*

Médium: *Es calvo, y acostumbra a ponerse hojas en la cabeza para que nadie se dé cuenta.*

Sra. Marple: *¡Sí! ¡Exacto!*

Médium: *Por alguna razón, lleva algo… un solomillo de cerdo.*

Sra. Marple: *¡El regalo que le hice por su cumpleaños! ¿Puede hacer que hable?*

Médium: *Habla, espíritu. Habla.*

Quincy: *Claire, soy Quincy.*

Sra. Marple: *¡Oh, Quincy! ¡Quincy!*

Quincy: *¿Cuánto tiempo pones el pollo en el horno para que se haga bien?*

Sra. Marple: *¡Esa voz! ¡Es él!*

Médium: *Que todos se concentren.*

Sra. Marple: *Quincy, ¿qué tal te tratan?*

Quincy: *No mal del todo, aunque tardan cuatro días en traerte la ropa limpia de la tintorería.*

Sra. Marple: *Quincy, ¿me echas de menos?*

Quincy: *¿Eh? Oh, ejem, claro. Claro que sí, chica… Tengo que irme.*

Médium: *Le estoy perdiendo. Se desvanece…*

Considero que esta sesión satisface los tests más exigentes de credibilidad, con la pequeña excepción del fonógrafo descubierto bajo las faldas de Madame Reynaud.

No cabe duda de que algunos de los acontecimientos registrados en sesiones espiritistas son auténticos. ¿Quién no recuerda aquel famoso incidente en la residencia de Sybil Seretsky, cuando un pez de colores cantó «Tengo ritmo», una de las melodías favoritas de su sobrino recientemente fallecido? Pero tomar contacto con los muertos resulta difícil en el mejor de los casos, por cuanto la mayoría de los difuntos se muestran reacios a tomar la palabra, y los que se deciden a ello parece que tosen y carraspean antes de entrar en materia. El autor ha visto personalmente cómo una mesa se levantaba, y el Dr. Joshua Fleagle, de Harvard, presenció una sesión en la que una mesa no sólo se levantó sino que presentó disculpas y se fue a dormir.

CLARIVIDENCIA

Uno de los casos más asombrosos de clarividencia es el del reputado psíquico griego Aquiles Londos. Londos descubrió que poseía «poderes excepcionales» a los diez años, cuando tumbado sobre su cama podía conseguir, a base de concentración, que el diente postizo de su padre le saltase fuera de la boca. A las tres semanas de la desaparición del marido de una vecina, Londos sugirió mirar en el homo de la cocina, donde el hombre fue hallado haciendo calceta. Londos podía concentrarse en el rostro de una persona y obligar a la imagen a formarse en un rollo de película Kodak ordinaria, si bien nunca pudo conseguir, por lo visto, que alguien sonriera.

En 1964 se le llamó para que ayudase a la policía en la captura del Estrangulador de Dusseldorf, un monstruo que siempre dejaba un donut caliente sobre el pecho de sus víctimas. Sólo con olfatear un pañuelo, Londos condujo a la policía hasta Siegfried Lenz, auxiliar en una escuela

para pavos sordos, quien declaró que él era el asesino y que por favor le devolviesen su pañuelo.

Londos no es más que una de las innumerables personas dotadas de poderes psíquicos. El psíquico C. N. Jerome, de Newport, Rhode Island, afirma que puede adivinar cualquier carta que piense una ardilla.

PRONOSTICACIÓN

Finalmente, llegamos a Aristonidis, el conde del siglo XVI cuyas predicciones continúan provocando el asombro y la perplejidad hasta de los más escépticos. Ejemplos típicos son:

«Dos naciones entrarán en guerra, pero sólo una vencerá.»

(Los expertos opinan que se refieren a la guerra ruso-japonesa de1904-1905… una proeza pasmosa en el campo de la pronosticación, si se considera el hecho de que ésta fue formulada en 1540.)

«En Estambul, un hombre mandará el sombrero a la horma, y se lo estropearán.»

(En 1860, Abu Hamid, guerrero otomano, mandó su bonete a limpiar, y le fue devuelto con manchas.)

«Veo a un gran personaje que un día inventara en bien de la humanidad una prenda que se llevara encima de los pantalones para protegerlos mientras se guisa. Se la llamará "devantal" o "delantalo".»

(Aristonidis se refiere al delantal, naturalmente.)

«Un líder surgirá en Francia. Será de corta estatura y provocará grandes calamidades.»

(Esto puede referirse ya sea a Napoleón, ya sea a Marcel Lumet, un enano del siglo XIX que urdió un complot para rociar de salsa bearnesa a Voltaire.)

«En el Nuevo Mundo existirá un lugar llamado California, en el que un hombre llamado Joseph Cotten será famoso.»

(No es preciso una mayor explicación.)

Una guía de los ballets menores

DMITRI

El ballet comienza con un carnaval. Hay refrescos y carreras. Mucha gente ataviada con ropas de alegres colores baila y ríe con acompañamiento de flautas e instrumentos de viento, mientras los trombones tocan en tono menor para sugerir que los refrescos se acabarán pronto y que todo el mundo va a morir.

Dando una vuelta por la feria aparece una hermosa joven llamada Natacha, que está triste porque a su padre le han mandado a luchar a Jartum, y no hay guerra allí. La sigue Leonid, un estudiante, demasiado tímido para abordar a Natacha, por lo que le deja en la puerta un plato de ensalada mixta todas las noches. Natacha se siente conmovida ante el regalo y quiere conocer al hombre que se lo envía, sobre todo porque detesta la ensalada aliñada y preferiría Roquefort.

Los desconocidos se conocen accidentalmente cuando Leonid, al tratar de componer una nota amorosa para Natacha, se cae de un tiovivo. Ella le ayuda a levantarse, y bailan un *pas de deux*, después del cual Leonid trata de impresionarla haciendo girar los ojos hasta que tienen que llevarle a la casa de socorro. Leonid se disculpa con insistencia y sugiere que los dos den un paseo hasta la Tienda n.º 2 para ver un espectáculo de marionetas…

una invitación que le confirma in mente a Natacha que se ha topado con un idiota.

La función de títeres, sin embargo, es embelesadora, y un títere grueso y divertido llamado Dmitri se enamora de Natacha. La joven comprende que Dmitri, aunque sea de serrín, tiene alma, y cuando el títere le propone ir a un hotel con nombre supuesto, se siente excitada. Los dos bailan un *pas de deux*, pese al hecho de que ella acaba de bailar otro *pas de deux* y está sudando como un buey. Natacha confiesa su amor por Dmitri y jura que estarán siempre juntos, aun cuando el hombre que maneja los hilos de Dmitri tendrá que dormir en un catre en el recibidor.

Leonid, despechado al verse vencido por un títere, le pega un tiro a Dmitri, que no muere, pero aparece en un tejado del Banco de Comercio, bebiéndose con altanería un frasco de Air Wick. La acción se torna confusa, y se produce un gran regocijo cuando Natacha se fractura el cráneo.

EL SACRIFICIO

Un preludio melódico narra la relación del hombre con la tierra y el porqué de que siempre parezca acabar cuando se le entierra en ella. El telón se levanta sobre un enorme y primitivo yermo, no muy distinto de ciertos parajes de Nueva Jersey. Hombres y mujeres se sientan en grupos separados y luego comienzan a bailar, pero no tienen ni idea del porqué y no tardan en sentarse otra vez. Al poco rato, un joven varón en la primavera de la vida, entra para bailar un himno al fuego. De repente se descubre que le devora el fuego, y después de que le expulsan se escurre subrepticiamente. La escena queda ahora en la oscuridad, y el Hombre desafía a la Naturaleza… un combate movido, durante el cual la Naturaleza resulta mordida en la cadera, con el resultado de que en los seis meses siguientes la temperatura no sobrepasa nunca los trece grados.

Comienza la escena segunda, y la Primavera aún no ha venido aunque concluye agosto y nadie está muy seguro de cuándo hay que adelantar los relojes.

Los ancianos de la tribu se reúnen y deciden propiciar a la Naturaleza mediante el sacrifico de una muchacha. Se elige a una doncella. Le conceden tres horas para presentarse en los alrededores de la ciudad, donde le dicen que hay un banquete de perros calientes. Cuando la muchacha aparece esa noche, pregunta dónde se han metido todas las salchichas de Frankfurt. Los viejos de la tribu le ordenan entonces que baile hasta morir. Ella les implora patéticamente, alegando que no es muy buena bailarina. Los aldeanos insisten y, mientras la música sube en un crescendo inexorable, la muchacha baila frenéticamente, acumulando la suficiente fuerza centrífuga como para que sus dientes de oro salgan disparados hasta un campo de rugby. Todos se regocijan, pero prematuramente, ya que no sólo no hace acto de presencia la Primavera, sino que dos de los ancianos reciben una citación por presunto fraude al servicio de correos.

EL HECHIZO

La obertura arranca con el alegre son de los metales, mientras, por debajo, los contrabajos parecen advertirnos: «No escuchéis a los metales. ¿Qué cuerno saben ellos?». Al cabo de un rato, el telón se alza sobre el palacio del príncipe Sigmund, magnificente en esplendor y de renta limitada. Es el veintiún aniversario del príncipe, cuyo desaliento al abrir los regalos crece ostensiblemente al comprobar que la mayoría no son más que pijamas. Uno por uno, sus viejos amigos le presentan sus respetos, que él agradece con un apretón de manos o una palmada en la espalda, según a quien están dando la cara. Empieza a evocar recuerdos con el más antiguo de sus amigos, Wolfschmidt, y ambos prometen solemnemente que si uno de ellos se queda calvo, el otro llevará bisoñe. El conjunto baila como preparación de la cacería, hasta que Sigmund pregunta «¿Qué cacería?».

Nadie está muy seguro, pero el festejo ha ido demasiado lejos, así que cuando traen la cuenta la irritación es grande.

Hastiado de la vida. Sigmund baila mientras desciende hasta la orilla del lago, donde contempla su imagen perfecta reflejada en el agua durante cuarenta minutos, molesto por no haberse traído la máquina de afeitar. De improviso oye un batir de alas, y una bandada de cisnes salvajes se recorta sobre la luna; después gira por la primera a la derecha y se dirige hacia el príncipe. Sigmund se queda atónito al observar que su conductor es en parte cisne y en parte mujer… desgraciadamente, partidos en sentido longitudinal. El mágico ser embelesa a Sigmund, que tiene gran cuidado en no hacer chistes sobre aves de corral. Ambos danzan un *pas de deux* que concluye cuando Sigmund se queda sentado en el suelo. Yvette, la Mujer Cisne, le cuenta a Sigmund que está bajo el influjo de un hechizo cuyo responsable es un mago llamado Von Epps, y que por culpa de su apariencia le resulta imposible obtener un crédito bancario. Con un solo especialmente difícil, le explica, en el idioma de la danza, que el único medio de romper la maldición de Von Epps es el de que su amante se matricule en una escuela de secretarias y aprenda taquigrafía. Nada hay que Sigmund deteste más, pero jura que lo hará. De pronto aparece Von Epps, disfrazado de ropa sucia del día anterior, y hace desaparecer a Yvette con él cuando termina el primer acto.

Al comenzar el segundo acto, ha pasado una semana, y el príncipe está a punto de contraer matrimonio con Justine, una mujer a la que había olvidado completamente. Sigmund se siente desgarrado por sentimientos contradictorios porque sigue amando a la Mujer Cisne, pero Justine es muy hermosa también y carece de inconvenientes graves como tener plumas o pico. Justine danza tentadoramente alrededor de Sigmund, quien parece dudar entre seguir adelante con el matrimonio o ir en busca de Yvette y ver si los médicos sacarían algo en limpio. Resuenan los címbalos y Von Epps, el Mago, hace su aparición. Lo cierto es que no ha sido invitado a la boda,

pero promete no comer mucho. Furioso, Sigmund desenvaina la espada y atraviesa a Von Epps en el corazón. Esto arroja un sombrío manto sobre la fiesta, y la madre de Sigmund ordena al chef que aguarde unos minutos antes de servir el rosbif.

Mientras tanto, Wolfschmidt, a instigación de Sigmund, ha encontrado a la desaparecida Yvette… una tarea nada difícil, explica, «porque ¿cuántas mitad mujeres, mitad cisnes rondan por Hamburgo?». Pese a las lamentaciones de Justine, Sigmund se lanza al encuentro de Yvette. Justine corre tras él y le besa, mientras la orquesta toca un acorde en tono menor y comprendemos que Sigmund lleva los leotardos puestos al revés. Yvette hora, explicando que el único medio de romper el hechizo es la muerte. En uno de los momentos más conmovedores y hermosos de cualquier ballet, se lanza de cabeza contra un muro de ladrillo. Sigmund ve cómo su cuerpo se transforma de un cisne muerto en una mujer muerta y comprende lo agridulce que puede ser la vida, particularmente para un ave. Lleno de pesadumbre, decide reunirse con ella, y tras una delicada danza de duelo se traga una barra con pesas.

LAS DEPREDADORAS

Este celebrado ballet electrónico es quizá la más dramática de todas las danzas modernas. Comienza con una obertura de sonidos contemporáneos: ruidos callejeros, un tictac de relojes, un enano que toca «Hora Staccato» con un peine y un kleenex. El telón se levanta entonces sobre un escenario desnudo. Durante varios minutos no ocurre nada; finalmente, baja el telón y hay un intermedio.

El acto segundo se inicia con un silencio mientras unos cuantos jóvenes hacen su entrada y bailan, fingiendo que son insectos. El conductor es una mosca común, y los demás se presentan como una variedad de parásitos de jardín. Se mueven sinuosamente al compás de la discordante música, en busca de un inmenso panecillo, que gradualmente aparece en último

término. Están a punto de comérselo, cuando son interrumpidos por una procesión de mujeres que llevan una gran caja de DDT. Presa del pánico, los machos tratan de huir, pero les encierran en jaulas metálicas, sin nada para leer. Las mujeres danzan orgiásticamente en torno a las jaulas, preparándose para devorar a los machos en cuanto encuentren salsa de soja. Mientras las hembras se disponen a cenar, una muchacha repara en un macho abandonado, de antenas caídas. Se siente atraída hacia él, y ambos bailan lentamente al son de las trompas, mientras él le susurra al oído: «No me comas». Los dos se enamoran y hacen complicados planes para un vuelo nupcial, pero la hembra cambia de opinión y devora al macho, prefiriendo tomar un apartamento con una compañera.

UN DIA EN LA VIDA DE UNA CERVATILLA

Una música insufriblemente exquisita suena al levantarse el telón, y vemos los bosques en un atardecer de verano. Un cervatillo entra danzando y mordisquea lentamente unas hojas. Va con indolencia a la ventura por el suave follaje. Pronto rompe a toser y cae muerto.

Los pergaminos

Los estudiosos recordarán que hace varios años un pastor errante por el golfo de Aqaba tropezó con una cueva en la que había varias grandes jarras de arcilla y también dos entradas para el «Holiday on Ice». En el interior de las jarras se descubrieron seis rollos de pergamino con escritos antiguos e incomprensibles que el pastor, en su ignorancia, vendió al museo por 750.000 dólares cada uno. Dos años más tarde las jarras aparecieron en una casa de empeños en Filadelfia. Un año más tarde el pastor apareció en una casa de empeños en Filadelfia y tampoco fue reclamado.

Los arqueólogos han situado en principio la fecha de los pergaminos hacia el año 4.000 a. de C, o justo después de la matanza de los israelitas por sus benefactores. La escritura es una mezcla de sumerio, ara-meo, y babilonio y parece obra o bien de un solo hombre durante un largo período de tiempo, o bien de varios hombres que compartían el mismo traje. La autenticidad de los pergaminos es motivo actualmente de grandes dudas, sobre todo por cuanto la palabra «Oldsmobile» aparece varias veces en el texto, y los escasos pasajes que finalmente han podido ser traducidos versan sobre temas religiosos familiares de un modo más que dudoso. No obstante, el experto en excavaciones A. H. Bauer ha observado que si bien los pasajes parecen por completo fraudulentos, éste es probablemente el más importante hallazgo en la historia de la arqueología, si se exceptúa la

recuperación de sus gemelos en una tumba de Jerusalén. Ofrecemos a continuación los pasajes traducidos.

Uno… Y el Señor hizo un pacto con Satanás para probar la lealtad de Job, y el Señor, sin aparente motivo contra Job, le golpeó una vez en la cabeza y otra vez en la oreja y le hizo caer en una salsa espesa para hacer a Job pegajoso y vil y luego el Señor aniquiló a una décima parte de los rebaños de Job, y Job exclamó:

—¿Por qué aniquilas a mis rebaños? Es muy duro conseguir rebaños. Ando ahora escaso de rebaños y no sé ni lo que son los rebaños.

Y el Señor sacó dos tablas de piedra y las rompió con un chasquido ante la nariz de Job. Y al ver esto la esposa de Job se puso a llorar y el Señor envió un ángel misericordioso que ungió la cabeza de la mujer con una maza de polo; y de las diez plagas, el Señor mandó de la uno a la seis, ambas inclusive, y Job estaba dolorido y su esposa enojada y la mujer arrendó sus vestiduras y luego subió el alquiler, pero se negó a pintar.

Y pronto los pastos de Job se secaron y su lengua se le pegó al paladar de forma que no podía articular la palabra «olíbano» sin provocar grandes carcajadas.

Y en cierta ocasión el Señor, mientras enviaba calamidades a su fiel siervo, se acercó demasiado y Job le asió por el cuello, gritando:

—¡Aja! ¡Ahora te tengo! ¿Por qué se las estás haciendo pasar moradas a Job, eh? ¿Eh? ¡Habla!

Y el Señor respondió:

—Ejem, mira… es mi cuello lo que estás agarrando. ¿Puedes soltarme?

Pero Job no tuvo compasión y replicó: —Me iba muy bien hasta que Tú viniste. Tenía mirra e higueras en abundancia y una chaqueta de muchos colores con dos pares de pantalones de muchos colores. Ahora mira.

Y el Señor habló y su voz retumbó como un trueno:

—¿Yo, que he creado los cielos y la tierra, te he de dar cuenta de mis caminos a ti? ¿Qué has creado tú que así osas interrogarme?

—Respuesta denegada —contestó Job—. Y para ser omnipotente, permíteme que te lo diga, «tabernáculo» se escribe con una sola 1.

Luego Job cayó de rodillas y gritó al Señor:

—Tuyo es el reino y el poder y la gloria. Has hecho un buen trabajo. No lo fastidies.

Dos… Y Abraham se despertó en mitad de la noche y dijo a su único hijo Isaac:

—He tenido un sueño en el que la voz del Señor me ha ordenado que sacrifique a mi único hijo, así que ponte los pantalones.

E Isaac tembló y repuso:

—¿Y qué has dicho tú? Me refiero después de que Él te presentase la papeleta.

—¿Y qué iba a decir? —contestó Abraham—. Estaba allí de pie a las dos de la madrugada y en ropa interior ante el Creador del Universo. ¿Qué querías que dijera?

—Bueno, ¿dijo Él por qué desea que me sacrifiques? —preguntó Isaac a su padre.

Pero Abraham replicó:

—El creyente no hace preguntas. Vamos pues, que mañana me espera un día muy ajetreado.

Y Sarah, al escuchar los planes de Abraham, se irritó y dijo:

—¿Cómo sabes que era el Señor y no, pongo por caso, ese amigo tuyo al que le gustan las bromas pesadas? Porque el Señor detesta las bromas pesadas y todo aquel que gaste una será entregado a sus enemigos, puedan éstos pagar los gastos de reembolso o no.

Y Abraham respondió:

—Porque yo sé que era el Señor. Era una voz profunda, resonante, bien modulada, y nadie en el desierto es capaz de retumbar de esta forma.

Y Sarah insistió:

—¿Y pretendes consumar ese acto insensato?

Pero Abraham repuso:

—Francamente, sí, porque poner en duda la palabra del Señor es una de las cosas peores que puede hacer un hombre, sobre todo estando como está la economía.

Y así llevó a Isaac a un cierto lugar y se dispuso a sacrificarle, pero en el último momento el Señor detuvo la mano de Abraham y dijo:

—¿Cómo puedes hacer semejante barbaridad?

Y Abraham protestó:

—Pero Tú dijiste…

—No importa lo que Yo dijera —tronó el Señor—. ¿Prestas oído a todas las ideas absurdas que se te ofrecen?

Y Abraham se sintió avergonzado.

—Ejem… no realmente… no.

—Te sugiero en broma que sacrifiques a Isaac y te falta tiempo para poner manos a la obra.

Y Abraham cayó de rodillas:

—Mira, nunca sé cuándo hablas en broma.

Y el Señor estalló:

—No tiene sentido del humor. No puedo creerlo.

—Pero, ¿no prueba eso que te amo, que estaba dispuesto a entregarte a mi único hijo según tu capricho?

Y el Señor contestó:

—Eso prueba que algunos hombres obedecen cualquier orden por cretina que sea, mientras la formule una voz resonante y bien modulada.

Y con esto, el Señor ordenó a Abraham que se fuera a descansar y que volviese a despachar con Él al día siguiente."

Tres… Y vino a ocurrir que un hombre que vendía camisas fue azotado por tiempos adversos. Ninguna de sus mercancías hallaba comprador ni él prosperaba. Y el hombre oraba y gemía:

—Señor, ¿por qué me haces sufrir de este modo? Todos mis enemigos venden su género menos yo.

Y estamos en plena temporada. Mis camisas son buenas. Mira la calidad de este rayón. Conseguí cuellos abrochados, cuellos de fantasía, pero nada

se vende.

Y no obstante he observado tus mandamientos. ¿Por qué no podré yo ganarme la vida cuando mi hermano menor se está forrando con su *prét-á-porter* para niños?

Y el Señor escuchó al hombre y dijo:

—Acerca de tus camisas…

—Sí, Señor —exclamó el hombre, cayendo de rodillas.

—Ponles un cocodrilo en el bolsillo.

—¿Cómo dices. Señor?

—Haz lo que te estoy diciendo. No te arrepentirás.

Y el hombre cosió en todas sus camisas un pequeño símbolo que representaba a un cocodrilo y he aquí y a ojos vistas que su mercadería se vendió de improviso como rosquillas, y fue un gran regocijo, mientras que entre sus enemigos era el llanto y el crujir de dientes, y uno de ellos exclamó:

—El Señor es misericordioso. Me ha hecho yacer en verdes praderas. El problema es que ahora no sé cómo levantarme.

Normas y provervios

Practicar la abominación va en contra de la ley, particularmente si la abominación se practica mientras se come langosta.

El león y la gacela yacerán juntos, pero la gacela no dormirá muy bien.

Aquel que no perezca por la espada o por el hambre, perecerá por la peste, entonces ¿para qué afeitarse?

Los malvados de corazón probablemente sabrán algo.

Aquel que ama la sabiduría es virtuoso, pero aquel que tiene comercio con un ave es fantástico.

¡Señor, Señor! ¿Qué has estado haciendo Tú, últimamente?

Los personajes femeninos de Lovborg:

Una evaluación

Ningún escritor, tal vez, ha creado personajes femeninos tan fascinantes y complejos como el gran dramaturgo escandinavo Jorgen Lovborg, conocido por sus contemporáneos como Jorgen Lovborg. Atormentado y amargado por sus lancinantes relaciones con el sexo opuesto, legó al mundo personajes tan diversos e inolvidables como la Jenny Angstrom de *Los patos abundantes* y la señora Spearing de *Las encías de una madre*. Nacido en Estocolmo en 1836, Lovborg (originalmente Lovbörg, hasta que, en sus últimos años, quitó los dos puntos sobre la o para ponérselos encima de las cejas) empezó a escribir obras teatrales a la edad de catorce años. Su primera obra representada, puesta en escena cuando contaba sesenta y un años, fue *Los que se retuercen*, que provocó división de opiniones entre los críticos, si bien la crudeza del tema (caricias furtivas a un queso) hizo enrojecer a los públicos conservadores. La obra de Lovborg puede dividirse en tres períodos. En primer lugar la serie de dramas que se centran en la angustia, desesperanza, temor, pánico y soledad (las comedias); el segundo grupo cuyo tema es la transformación social (Lovborg contribuyó de modo importante a conseguir métodos más seguros de pesar los arenques); finalmente, se cuentan las seis grandes tragedias escritas justo antes de su muerte, en Estocolmo, en 1902, cuando se le desprendió la nariz debido a la tensión.

El primer personaje femenino sobresaliente de Lovborg fue la Hedvig Moldan de *Prefiero el falsete*. Irónica acusación del dramaturgo contra las prácticas literarias entre las clases superiores. Hedvig es consciente de que Greger Norstad ha empleado mortero de mala calidad en el tejado del gallinero, y cuando éste se desploma encima de Klavar Akdal, dejándole ciego y calvo en la misma noche, se ve atormentada por el remordimiento. La desgarradora escena prosigue así:

Hedvig: *Así que… se desplomó.*

Dr. Rorlund (tras una larga pausa): *Sí. Se le cayó a Akdal en pleno rostro.*

Hedvig (irónica): *¿Qué estaba haciendo en el gallinero?*

Dr. Rorlund: *Le gustaban las gallinas. Oh, no todas, se lo garantizo. Pero algunas. (Con aire significativo.) Tenía sus favoritas.*

Hedvig: *¿Y Norstad? ¿Dónde estaba cuando el… accidente?*

Dr. Rorlund: *Se embadurnó el cuerpo con cebollinos y se tiró a la alberca.*

Hedvig (para sí): *Jamás me casaré.*

Dr. Rorlund: *¿Cómo dice?*

Hedvig: *Nada. Venga, doctor. Ya es hora de lavarle los calzoncillos… de lavarle los calzoncillos a todo el mundo…*

Hedvig, una de las primeras mujeres auténticamente «modernas», no puede sino burlarse cuando el Dr. Rorlund le sugiere correr arriba y abajo por el lugar hasta que Norstad consienta en que le ahormen el sombrero. Guarda un estrecho parecido con la propia hermana de Lovborg, Hilda, una mujer neurótica y dominante casada con un irascible marino finlandés, que acabó por arponearla. Lovborg adoraba a Hilda, y fue por su influencia que Lovborg abandonó su hábito de hablar con el bastón.

La segunda gran «heroína» de la obra de Lovborg aparece en su drama de lujuria y celos *Mientras los tres nos desangramos*. Moltvick Dorf, el domador de anchoas, descubre que la enfermedad innombrable de su padre ha sido heredada por su hermano Eyeowulf. Dorf acude a los tribunales, invocando que la enfermedad es suya por derecho, pero el juez Manders apoya la reivindicación de Eyeowulf. Netta Hoknquist, la bella y arrogante actriz, pretende persuadir a Dorf de que chantajee a Eyeowulf amenazándole con revelar a las autoridades que en cierta ocasión falsificó la firma de un pingüino en una póliza de seguros. Luego, en el acto segundo, escena 4:

Dorf: *Oh, Netta. ¡Todo está perdido! ¡Perdido!*

Netta: *Para un hombre pusilánime, tal vez, pero no para un hombre que tenga… valor.*

Dorf: *¿Valor?*

Netta: *De decirle al pastor Smathers que no confíe en volver a andar y que el resto de su vida tendrá que dar brincos por dondequiera que vaya.*

Dorf: *¡Netta! ¡No puedo!*

Netta: *¡Ja! ¡Claro que no! Debí comprenderlo.*

Dorf: *El pastor Smathers tiene fe en Eyeowulf. Compartieron un chicle una vez. Sí, antes de que yo naciese. Oh, Netta…*

Netta: *Deja de gimotear. El banco jamás concederá la hipoteca sobre el pretzel de Eyeowulf. Y ya se ha comido la mitad.*

Dorf: *Netta, ¿qué pretendes sugerir?*

Netta: *Nada que miles de esposas no hagan por sus maridos. Hablo de poner a Eyeowulf en salmuera.*

Dorf: *¿Adobar a mi propio hermano?*

Netta: *¿Por qué no? ¿Qué le debes?*

Dorf: *¡Tomar medidas tan drásticas! Netta, ¿por qué no dejarle conservar la enfermedad innombrable de Padre? Tal vez pudiéramos llegar a un compromiso. Tal vez me dejaría tener los síntomas.*

Netta: *Compromiso, ¡ja! Tu mentalidad de clase media me pone enferma! ¡Oh, Moltvick, me hastía tanto este matrimonio! Me hastían tus ideas, tus maneras, tus conversaciones. Y tu hábito de ponerte plumas para cenar.*

Dorf: *¡Oh! ¡También mis plumas, no!*

Netta (con desprecio): *Voy a decirte algo que únicamente tu madre y yo sabemos. Eres un liliputiense.*

Dorf: *¿Qué?*

Netta: *Todo cuanto hay en la casa está hecho a escala. Sólo mides trece centímetros.*

Dore: *¡No, no! ¡Me vuelven los dolores!*

Netta: *¡Sí, Moltvick!*

Dore: *¡Mis rótulas… están vibrando!*

Netta: *Qué asco de enano.*

Dore: *Netta, Netta, abre los postigos…*

Netta: *Los cerraré.*

Dorf: *¡Luz! Moltvick necesita luz…*

Para Lovborg, Moltvick representaba a la vieja, decadente y moribunda Europa. Netta, por su parte, era lo nuevo… la cruel, vibrante y darwiniana fuerza de la naturaleza que azotaría a Europa a lo largo de los cincuenta años siguientes y que halla su más profunda expresión en las canciones de Maurice Chevalier. La relación entre Netta y Moltvick es un reflejo de la pareja que formaron Lovborg y Siri Brackman, una actriz que le sirvió de constante inspiración durante las ocho horas que duró su matrimonio.

Lovborg volvió a casarse después varias veces, pero siempre con maniquís de grandes almacenes.

Evidentemente, el personaje femenino más plenamente conseguido de todas las obras de Lovborg es la señora Sanstad de *Peras maduras*, el último drama naturalista del autor. (Después de *Peras maduras*, intentó la experiencia de una pieza expresionista en la que todos los personajes se llaman Lovborg, pero no tuvo aceptación, y en los tres años que le quedaban de vida no se logró persuadirle de que saliera de un cesto). *Peras maduras* puede equipararse con sus mayores obras, y la conversación final entre la señora Sanstad y su nuera, Berte, tal vez resulte hoy más a propósito que nunca:

Berte: *¡Así que le gusta cómo hemos arreglada la casa! Fue muy difícil, contando sólo con el sueldo de un ventrílocuo.*

Sra. Sanstad: *La casa es… aprovechable.*

Berte: *¡Vaya! ¿Sólo aprovechable?*

Sra. Sanstad: *¿De quién fue la idea del alce de raso rojo?*

Berte: *Caramba, de su hijo. Henrick es un decorador nato.*

Sra. Sanstad (con brusquedad): *¡Henrick es un bobo!*

Berte: *¡No!*

Sra. Sanstad: *¿Sabías que no se enteró de lo que era la nieve hasta la semana pasada?*

Berte: *¡Eso es mentira!*

Sra. Sanstad: *Mi idolatrado hijo. Sí, Henrick… el mismo que fue a la cárcel por pronunciar mal la palabra «diptongo».*

Berte: *¡No!*

Sra. Sanstad: *Sí. ¡Y tenía entonces un esquimal con él en la habitación!*

Berte: *¡No quiero oírlo!*

Sra. Sanstad: *¡Claro que sí, mi querido ruiseñor! ¿No es así cómo te llama Henrick?*

Berte (llora): *¡Me llama ruiseñor! ¡Sí, y a veces zorzal! ¡E hipopótamo!*

(Las dos mujeres lloran impúdicamente.)

Sra. Sanstad: *¡Berte, querida Berte!… ¡Las orejeras de Henrick no son suyas! Son propiedad de un gremio.*

Berte: *Tenemos que ayudarle. Hay que decirle que nunca volará agitando los brazos.*

Sra. Sanstad (ríe de pronto): *Henrick lo sabe todo. Le conté lo que pensabas del arco de sus pies.*

Berte: *¡Bueno! ¡Me ha engañado!*

Sra. Sanstad: *Llámalo como quieras. Se ha ido a Oslo.*

Berte: *¡Oslo!*

Sra. Sanstad: *Con su geranio.*

Berte: *Ya veo. Ya… veo. (Se pierde tras la puerta corredera en la parte superior del escenario.)*

Sra. Sanstad: *Sí, mi pequeño ruiseñor, por fin está fuera de tus garras. El mes próximo, a estas horas, Henrick podrá convertir en realidad el sueño de toda su vida… llenar su sombrero de ceniza. ¡Y tú imaginabas que podrías tenerle enjaulado aquí! ¡No! ¡Henrick es una criatura salvaje, un hijo de la naturaleza! Como un ratón maravilloso… o una garrapata. (Suena un disparo. La señora Sanstad corre a la habitación vecina. Oímos un grito. Luego vuelve, pálida y desencajada.) Muerta… Es afortunada. Yo… he de irme. Sí, está anocheciendo… muy deprisa. Tan deprisa, y yo con todos los garbanzos por ordenar.*

La señora Sanstad es la venganza de Lovborg contra su madre. Mujer también de espíritu crítico, se inició en la vida como trapecista de circo; su padre, Nils Lovborg, era la bala de cañón humana. Los dos se conocieron en el aire y se casaron antes de llegar al suelo. El rencor invadió lentamente al matrimonio, y hacia la época en que Lovborg tenía seis años, entre sus padres se cruzaban disparos a diario. Esta atmósfera cobró su tributo a un muchacho sensible como Jorgen, quien pronto empezó a padecer sus famosos «humores» y «angustias», los cuales le incapacitaron durante varios años de pasar ante un pollo asado sin quitarse el sombrero. Años más tarde, contó a unos amigos que estuvo en tensión todo el tiempo que escribió *Peras maduras*, y en varias ocasiones creyó escuchar la voz de su madre que le preguntaba direcciones para ir a Staten Island.

La puta de Mensa

Cuando se es investigador privado, uno ha de aprender a confiar en sus corazonadas. Por eso en el momento en que un tipo tembloroso como un flan llamado Word Babcok entró en mi oficina y puso las cartas sobre la mesa, debí haber hecho caso del escalofrío glacial que sacudió mi espinazo.

—¿Kaiser? —preguntó—. ¿Kaiser Lupowitz?

—Eso es lo que pone en mi licencia —admití.

—Tiene que ayudarme. Me están haciendo un chantaje. ¡Por favor!

Se agitaba como el animador de una orquesta de rumba. Le empujé un vaso por encima de la mesa y la botella de whisky que guardo a mano con propósitos no medicinales.

—¿Qué le parece si se tranquiliza y me lo cuenta todo?

—¿No… no se lo dirá luego a mi mujer?

—Hablemos claro, Word. No puedo hacerle promesas.

Intentó servirse un trago, pero el tintineo podía oírse al otro lado de la calle, y la mayor parte del licor fue a parar a sus zapatos.

—Soy un honrado trabajador —explicó—. Mantenimiento de máquinas. Construyo y reparo vibradores. Ya sabe… esos aparatitos tan divertidos que dan un calambre al estrechar la mano.

—¿Y bien?

—A muchos ejecutivos les gusta. Sobre todo a lo largo de Wall Street.

—Vaya al grano.

—Ahí voy precisamente. Pero ya sabe que el camino… es difícil. Oh, no es lo que está pensando. Mire, Kaiser, soy fundamentalmente un intelectual. Uno se puede buscar todas las furcias que quiera, claro. Pero mujeres inteligentes de verdad… no resultan fáciles de encontrar a corto plazo.

—Continúe.

—Bueno, oí hablar de una chica. Dieciocho años. Estudiante en Vassar. Por una cantidad, te viene y discute el tema que sea… Proust, Yeats, antropología. Un intercambio de ideas. ¿Comprende dónde voy a parar?

—No exactamente.

—Mi mujer es algo grande, de veras, no me entienda mal. Pero no es capaz de discutir sobre Pound conmigo. O sobre Eliot. Yo no lo sabía cuando me casé con ella. Mire, necesito a una mujer cuya mente me estimule. Kaiser. Y no me importa pagar por eso. No busco ningún enredo… quiero una experiencia intelectual rápida, y luego quiero que la chica se largue. Dios mío. Kaiser, soy un hombre casado y feliz.

—¿Cuánto tiempo dura esto?

—Seis meses. Cuando me vienen las ganas, llamo a Flossie. Es una *madame*, y tiene un título de doctor en literatura comparada. Ella me envía a una intelectual, ¿comprende?

Así que era uno de esos tipos cuya flaqueza son las mujeres con cerebro. Sentí lástima del pobre imbécil. Imaginé que habría muchos individuos en su situación, hambrientos de unas migajas de comunicación intelectual con el sexo opuesto y por la que pagarían un precio exorbitante.

—Ahora amenaza con contárselo a mi esposa —gimió.

—¿Quien?

—Flossie. Escondieron un magnetofón en la habitación del motel. Me grabaron en cinta mientras discutía *La tierra yerma y Estilos de voluntad radical*, y, bueno, estaba llegando a algunas conclusiones.

Quieren diez de los grandes o se lo contarán a Carla. ¡Kaiser, tiene que ayudarme! Carla se moriría si llegará a enterarse de que no me enciende el quinqué.

El viejo tinglado de la prostitución. Había oído rumores de que los chicos de jefatura se traían algo entre manos en relación con un grupo de mujeres instruidas, pero de momento estaban sin ninguna pista.

—Llame a Flossie, quiero hablar con ella.

—¿Cómo?

—Me haré cargo de su caso, Word. Pero cobro cincuenta dólares al día, más los gastos. Tendrá que reparar un montón de vibradores.

—Nunca será más de diez de los grandes, estoy seguro —comentó con una sonrisa, mientras cogía el teléfono para marcar un número.

Le guiñé un ojo cuando me tendió el auricular. Estaba empezando a caerme bien. Unos segundos más tarde respondió una voz sedosa, y le expliqué mis deseos.

—Tengo entendido que puede usted ayudarme a conseguir una hora de charla agradable.

—Claro que sí, guapo. ¿Quiere algo en concreto?

—Me gustaría discutir sobre Melville.

—¿Moby Dick o las novelas cortas?

—¿Qué diferencia hay?

—El precio. Eso es todo. El simbolismo se cobra aparte.

—¿Por cuánto me saldría?

—Cincuenta, tal vez unos cien por Moby Dick. ¿Le gustaría una discusión comparada… Melville y Hawthome? Se lo podría dejar por cien.

—Me parece bien —contesté, y le di el número de una habitación en el Plaza.

—¿Prefiere una morena o una rubia?

—Sorpréndame —le dije, y colgué.

Me afeité y engullí unas tazas de café negro, mientras repasaba los esquemas de literatura del Monarch College. Apenas había pasado una hora cuando sonaron unos golpes en la puerta. La abrí, y en el umbral se erguía una joven pelirroja metida en sus amplios pantalones como dos cucharadas grandes de helado de vainilla.

—Hola, soy Sheny.

Sabían realmente cómo satisfacer las fantasías de uno. Pelo largo suelto, bolsa de cuero, pendientes de plata, sin maquillaje.

—Me sorprende que hayas podido llegar hasta aquí vestida de ese modo —observé—. El detective suele distinguir a las intelectuales.

—Con un billete de cinco no distingue nada.

—¿Empezamos? —propuse, empujándola hacia el sofá.

Encendió un cigarrillo y fue derecha al grano.

—Creo que podríamos comenzar considerando Billy Budd como una justificación que Melville sugiere de los caminos de Dios hacia el hombre, *il n'est pas?*

—Interesante, aunque no desde un punto de vista miltoniano.

Era una finta. Me interesaba ver si valía para el oficio.

—No. A *El paraíso perdido* le falta la subestructura de pesimismo. —Valía.

—Cierto, cierto. Dios mío, tienes razón —murmuré.

—Creo que Melville reafirmó las virtudes de la inocencia en un sentido ingenuo, pero aún así sofisticado, ¿no estás de acuerdo?

La dejé continuar. Apenas tenía diecinueve años, pero mostraba ya la ductilidad encallecida de la pseudo intelectual. Desgranaba sus ideas con labia, pero en el fondo era todo mecánico. Cada vez que yo le brindaba una intuición, ella fingía placer:

—Oh, sí. Kaiser. Sí, chico, es muy profundo. Una comprensión platónica del cristianismo… ¿por qué no me habré dado cuenta antes?

Hablamos alrededor de una hora, hasta que ella dijo que tenía que irse. Cuando se levantó, le tendí un billete de cien.

—Gracias, cariño.

—Puede haber muchos más.

—¿Qué quieres decir?

Había picado su curiosidad. Volvió a sentarse.

—Supongamos que quisiera… organizar una fiesta —anuncié.

—¿Qué clase de fiesta?

—Supongamos que quisiera tener una charla sobre Noam Chomsky con dos chicas.

—Oh, caramba.

—Si prefieres dejarlo correr…

—Tendrás que hablar con Flossie —dijo—. Eso cuesta mucho.

Era el momento de apretarle las clavijas. Lucí mi insignia de investigador privado y le informé que había caído en una trampa.

—¿Qué?

—Soy un poli, preciosa, y discutir Melville por dinero es un 802. Te va a salir una buena temporada.

—¡Asqueroso!

—Será mejor que confieses, muñeca, a menos que prefieras contar tu historia en la oficina de Alfred Kazin, y no creo que le haga muy feliz escucharla.

La chica se echó a llorar.

—No me entregues, Kaiser —imploró—. Necesitaba el dinero para acabar el doctorado. Me negaron una beca. Dos veces. Oh, Dios mío.

Lo soltó todo… la historia completa. Educación Central Park West. Campos de verano socialistas. Brandéis. Era igual que todas esas chicas que ves haciendo cola delante del Elgin o del Thalia, o que escriben con lápiz *«Sí, muy cierto»* en el margen de algún libro sobre Kant. Sólo que en alguna parte del trayecto había hecho un viraje equivocado.

—Necesitaba dinero en efectivo. Una amiga me contó que conocía a un individuo casado cuya esposa no era muy profunda. Estaba chiflado por Blake. Ella no podía satisfacerle. Yo dije que bueno, que por una cantidad podía hablar de Blake con él. Me sentí muy nerviosa al principio. Tuve que fingir casi todo el tiempo. A él no le importó. Mi amiga me dijo que había otros. Oh, no es la primera vez que me atrapan. Me pescaron leyendo «Commentary» en un coche aparcado, y otra vez me pararon y me registraron en Tanglewood. Si ahora me cogen por tercera vez iré a la cárcel.

—Entonces llévame hasta Flossie.

Se mordió el labio y dijo:

—La librería universitaria Hunter es una tapadera.

—¿Sí?

—Como esas barberías que camuflan centros de apuestas en la trastienda. Ya lo verás.

Hice una breve llamada a jefatura, y luego le dije a la chica:

—Está bien, muñeca. Puedes irte tranquilamente. Pero no salgas de la ciudad.

Inclinó su rostro hasta el mío con gratitud.

—Puedo conseguirte fotos de Dwight Macdonald leyendo —ofreció.

—Otra vez será.

Entré en la librería universitaria Hunter. El dependiente, un joven de ojos sensitivos, me salió al encuentro.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Estoy buscando una edición especial de *Avisos a mí mismo*. Tengo entendido que el autor ha hecho imprimir varios miles de ejemplares en panes de oro para los amigos.

—Tendré que comprobarlo —respondió—. Tenemos línea directa con la casa de Mailer.

Le miré fijamente.

—Sherry me envía —anuncié.

—Oh, en este caso pase a la trastienda —indicó.

Apretó un botón. Una pared de libros se abrió, y penetré como un tonto en el bullicioso palacio de los placeres regentado por Flossie.

Paredes empapeladas de rojo y una decoración victoriana marcaban el tono. Muchachas pálidas y nerviosas con gafas de montura negra y pelo corto yacían indolentemente en sofás, hojeando clásicos Penguin provocativamente. Una rubia de ancha sonrisa me lanzó un guiño, indicando con la cabeza una habitación de arriba, y dijo:

—Wallace Stevens, ¿eh?

Pero no se trataba únicamente de experiencias intelectuales… lo que se vendía allí eran también experiencias emotivas. Por cincuenta pavos, me dijeron, te podías «comunicar guardando las distancias». Por un centenar, una chica te prestaba sus discos de Bártok, cenaba contigo y te dejaba mirar mientras sufría un ataque de angustia. Por ciento cincuenta, podías escuchar la radio de FM con unas gemelas. Por tres billetes, tenías el servicio

completo: una hebrea morena y delgada fingía ligar contigo en el Museo de Arte Moderno, te dejaba leer su tesis, te metía en una discusión a gritos en el pub de Elaine sobre los conceptos de Freud acerca de la mujer, y luego simulaba el suicidio que tú eligieses… la velada perfecta, para ciertos individuos. Bonito negocio. Gran ciudad, Nueva York. —¿Te gusta mi juguete? —preguntó una voz a mi espalda.

Me volví y de pronto me encontré frente a frente con el cañón de un 38. Soy hombre de estómago bien templado, pero esta vez me dio un vuelco. Era Flossie, sin duda. La voz era la misma, pero Flossie era un hombre. Su rostro estaba cubierto por una máscara.

—No se lo va a creer —prosiguió—. Ni siquiera tengo título universitario. Me expulsaron por malas calificaciones.

—¿Es por eso que lleva máscara?

—Ideé una intrincada maquinación para apoderarme de «The New York Review of Beoks», pero para eso tenía que hacerme pasar por Lionel Trilling. Fui a México para curarme. Hay un médico en Juárez que presta a la gente los rasgos de Trilling… por una buena cantidad. Pero algo salió mal. Me sacó parecido a Auden, con la voz de Mary McCarthy. Por eso crucé la frontera de la ley.

Con presteza, antes de que su dedo pudiese apretar el gatillo, me puse en acción. Lanzándome hacia delante, hice chocar un codo contra su mandíbula y me apoderé del revólver mientras caía. Se derrumbó como una tonelada de ladrillos. Gemía aún cuando llegó la policía.

—Buen trabajo, Kaiser —aprobó el sargento Holntós—. Cuando acabemos con ese tipo, el F.B.I. quiere tener una charla con él. Un pequeño asunto relacionado con jugadores de ventaja y una edición anotada del *Infierno de Dante*. Sacadlo fuera, muchachos.

Más avanzada la noche, busqué a una vieja conocida mía que se llamaba Gloria. Era rubia. Y se había graduado *cum laude*. La diferencia está en que su título era de educación física. ¡Qué alivio!

Muerte

(Una comedia)

Se levanta el telón sobre KLEINMAN, dormido en su cama a las dos de la madrugada. Llaman a la puerta, hasta que al fin, con gran esfuerzo y determinación, se levanta.

KLEINMAN: *¿Huh?*

VOCES: *¡Abre! ¡Eh… vamos, sabemos que estás ahí! ¡Abre!*

KLEINMAN: *¿Huh? ¿Qué?*

VOCES: *¡Vamos, abre!*

KLEINMAN: *¿Qué? ¡Esperen! (Enciende la luz.) ¿Quién está ahí?*

VOCES: *¡Venga, abre! ¡Vamos!*

KLEINMAN: *¿Quién es?*

VOZ: *Vamos, Kleinman… deprisa.*

KLEINMAN: *Hacker… es la voz de Hacker. ¿Hacker?*

VOZ: *¿Kleinman, abrirás de una vez?*

KLEINMAN: *Ya voy, ya voy. Estaba durmiendo… ¡esperad!* (Tartamudeando, con gran esfuerzo y torpeza. Mira el reloj.) *Dios mío, son mas de las dos y media… ¡Ya voy, esperad un momento!* (Abre la puerta y entran media docena de hombres.)

HANK: *Por el amor de Dios, Kleinman, ¿eres sordo?*

KLEINMAN: *Estaba durmiendo. Son las dos y media. ¿Qué ocurre?*

AL: *Te necesitamos. Vístete.*

KLEINMAN: *¿Que?*

SAM: *Vamos, Kleinman. No tenemos toda la noche.*

KLEINMAN: *Pero, ¿qué es esto?*

AL: *Vamos, muévete.*

KLEINMAN: *Moverme, ¿a dónde? Hacker, son las dos y media de la madrugada.*

HACKER: *Está bien, despabílate.*

KLEINMAN: *¿Qué ocurre?*

JOHN: *No te hagas el ignorante.*

KLEINMAN: *¿Quién se está haciendo el ignorante? Estaba durmiendo a pierna suelta. ¿Qué creéis que estaba haciendo a las dos y media de la madrugada… bailar?*

HACKER: *Necesitamos a todos los hombres aprovechables.*

KLEINMAN: *¿Para qué?*

VÍCTOR: *¿Qué pasa contigo, Kleinman? ¿Dónde andabas que no sabes lo que está ocurriendo?*

KLEINMAN: *¿De qué estáis hablando?*

AL: *Del Comité de Vigilancia.*

KLEINMAN: *¿Qué?*

AL: *Del Comité de Vigilancia.*

JOHN: *Pero con un plan concreto esta vez.*

HACKER: *Y bien trabajado.*

SAM: *Un plan estupendo.*

KLEINMAN: *Ejem, ¿quiere explicarme alguien por qué estáis aquí? Estoy en calzoncillos y tengo frío.*

HACKER: *Digamos que necesitamos toda la ayuda que podamos encontrar. Y ahora vístete.*

VÍCTOR(Amenazador): *Y deprisa.*

KLEINMAN: *Está bien, ya me visto ¿Puedo saber a qué viene todo esto, por favor?* (Empieza a ponerse los pantalones con aprensión.)

JOHN: *Han descubierto al asesino. Dos mujeres le vieron entrando en el parque.*

KLEINMAN: *¿Qué asesino?*

VÍCTOR: *Kleinman, no es momento para charlas.*

KLEINMAN: *Pero, ¿quién está charlando? ¿De qué asesino habláis? Venís aquí a importunarme… estaba durmiendo tranquilamente…*

HACKER: *El asesino de Richardson… el asesino de Jampel.*

AL: *El asesino de Mary Quilty.*

SAM: *El maníaco.*

HANK: *El estrangulador.*

KLEINMAN: *¿Cuál maníaco? ¿Cuál estrangulador?*

JOHN: *El mismo que mató al chico de Eisler y que estranguló a Jensen con una cuerda de piano.*

KLEINMAN: *¿Jensen?… ¿El vigilante nocturno?*

HACKER: *El mismo. Le sorprendió por detrás. Surgió silenciosamente y le echó una cuerda de piano al cuello. Estaba azul cuando lo encontraron. Se le había helado la saliva en la comisura de los labios.*

KLEINMAN: (Mira en torno a la habitación.) *Ya, bueno, mirad, tengo que ir mañana a trabajar…*

VÍCTOR: *Vamos, Kleinman. Tenemos que detenerle antes de que mate otra vez.*

KLEINMAN: *¿Nosotros? ¿Vosotros y yo?*

HACKER: *La policía por lo visto no puede con el caso.*

KLEINMAN: *Bueno, entonces deberíamos de escribir una carta y quejarnos. Será lo primero que haga por la mañana.*

HACKER: *Están haciendo todo cuanto pueden, Kleinman. Están desconcertados.*

SAM: *Todo el mundo está desconcertado.*

AL: *¿No pretenderás decirnos que no sabias nada de todo esto?*

JOHN: *Es difícil de creer.*

KLEINMAN: *Bueno, la verdad es… estamos en plena temporada… Tenemos mucho trabajo…* (Nadie acepta como cierta su ingenuidad.) *No puedo tomarme ni un descanso para almorzar… y me chifla comer… Hacker os dirá que me chifla comer.*

HACKER: *Pero hace tiempo ya que dura este horrible asunto. ¿No sigues las noticias?*

KLEINMAN: *No tengo oportunidad.*

HACKER: *Todos están aterrados. La gente no sale a la calle por las noches.*

JOHN: *La calle es lo de menos. A las hermanas Simón las asesinaron en su propia casa por no echar el cerrojo. Les abrieron el cuello de oreja a oreja.*

KLEINMAN: *Creí que hablabais de un estrangulador.*

JOHN: *Kleinman, no te pases de listo.*

KLEINMAN: *A…ahora que lo decís, podría poner yo un cerrojo nuevo en la puerta.*

HACKER: *Es horrible. Nadie sabe cuándo matará de nuevo.*

KLEINMAN: *¿Y cuándo empezó esto? No sé por qué nadie me ha comentado nada.*

HACKER: *Primero hubo un cadáver, luego otro, luego más. La ciudad está dominada por el pánico. Todos menos tú.*

KLEINMAN: *Bueno. Pues tranquilízate, ahora ya me domina el pánico.*

HACKER: *Lo difícil en el caso de un loco está en que no existe motivo. Nada donde agarrarse.*

KLEINMAN: *A las victimas… ¿las robaron o las violaron o… les hicieron cosquillas?*

VICTOR: *Sólo las estrangularon.*

KLEINMAN: *Hasta Jensen… Es tan fuerte.*

SAM: *Era fuerte. Ahora es azul y le cuelga la lengua.*

KLEINMAN: *Azul… Un mal color para un hombre de cuarenta años… ¿Y no hay ninguna pista? ¿Un cabello… o alguna huella digital?*

HACKER: *Sí. Encontraron un cabello.*

KLEINMAN: *¿Entonces? Hoy todo lo que necesitan es un cabello. Lo miran por el microscopio. Y en un abrir y cerrar de ojos, el criminal está bajo cerrojos. ¿De qué color es?*

HACKER: *Del tuyo.*

KLEINMAN: *Del mi… no me miréis… No se me ha caído ninguno recientemente. Yo… Mirad, no hay que perder la cabeza. El secreto está en conservar la lógica.*

HACKER: *Uh-huh.*

KLEINMAN: *A veces hay una pista en las víctimas… como que todas sean enfermas o todas sean calvas… o enfermas calvas.*

JOHN: *¿Nos cuentas lo que tienen en común?*

SAM: *Eso es. El chico de Eisler y Mary Quilty y Jensen y Jampel…*
KLEINMAN: *Si yo supiera algo más del caso…*
AL: *Si él supiera algo más del caso. No tienen nada en común. Sólo que antes todos estaban vivos y ahora todos están muertos. Eso es lo que tienen en común.*
HACKER: *Tiene razón. Nadie está a salvo, Kleinman. Si es eso lo que estás pensando.*
AL: *¡Probablemente quiere tranquilizarse!*
JOHN: *Sí.*
SAM: *No hay línea lógica, Kleinman.*
VÍCTOR: *No se trata únicamente de enfermeras.*
AL: *Nadie es inmune.*
KLEINMAN: *No pretendía tranquilizarme. Estaba haciendo una simple pregunta.*
SAM: *Bueno, no hagas tantas preguntas. Tenemos trabajo que hacer.*
VÍCTOR: *Estamos preocupados. Alguien va a ser el siguiente.*
KLEINMAN: *Mirad, yo no sirvo para esas cosas. ¿Qué experiencia tengo yo de cazar hombres? Seré un estorbo. Dejadme hacer un donativo. Esto será mi aportación. Dejadme suscribir unos cuantos dólares…*
SAM (Encuentra un cabello en el buró.): *¿Qué es esto?*
KLEINMAN: *¿Qué?*
SAM: *Esto. En tu peine. Es un cabedlo.*
KLEINMAN: *Es que lo uso para peinarme.*
SAM: *El color es idéntico al del cabello que encontró la policía.*
KLEINMAN: *¿Te has vuelto loco? Es un cabello negro. Hay millones de cabellos negros por ahí. ¿Por qué lo guardas en un*

sobre? Qué… es una cosa muy corriente. Mírale… (Señala a JOHN.)*… su cabello es negro.*

JOHN: (Agarra a KLEINMAN.) *¡¿De qué pretendes acusarme, eh, Kleinman?!*

KLEINMAN: *Pero, ¿quién está acusando? Ha puesto mi cabello en un sobre. ¡Devuélveme ese cabello!* (Coge el sobre, pero JOHN se lo arrebata.)

JOHN: *¡Dejadle solo!*

SAM: *Estoy cumpliendo con mi deber.*

VÍCTOR: *Tiene razón. La policía ha pedido a los ciudadanos toda su colaboración.*

HACKER: *Sí. Ahora tenemos un plan.*

KLEINMAN: *¿Qué clase de plan?*

AL: *Podemos contar contigo, ¿no?*

VÍCTOR: *Oh, contamos con Kleinman. Forma parte del plan.*

KLEINMAN: *¿Formo parte del plan? ¿Y cuál es el plan?*

JOHN: *Se te informará, no te preocupes.*

KLEINMAN: *¿Para qué necesita él mi cabello en ese sobre?*

SAM: *Vístete ya y encontrémonos abajo. Y date prisa. Estamos perdiendo el tiempo.*

KLEINMAN: *Está bien, pero ¿por qué no me contáis algo del plan?*

HACKER: *Apresúrate, Kleinman, por el amor de Dios. Es un caso de vida o muerte. Es mejor que te vistas. Hace frío ahí fuera.*

KLEINMAN: *Está bien, está bien… habladme del plan. Cuando conozca el plan podré pensar algo.* (Pero salen, dejando que KLEINMAN se vista con nerviosa torpeza.)

KLEINMAN: *¿Dónde diablos andará el calzador?… Esto es ridículo… Despertar a un hombre en mitad de la noche y con tan horribles noticias. ¿Para qué estamos pagando un cuerpo de policía? Estoy durmiendo plácidamente en mi cama caliente y un minuto después me veo complicado en un plan, con un maníaco homicida que aparece detrás tuyo y…*

ANNA (Una vieja siniestra, entra con una vela, sin ser vista, sorprendiendo a KLEINMAN.): *¿Kleinman?*

KLEINMAN (Se vuelve, con un susto de muerte.): *¿¡¡Quién está ahí!!?*

ANNA: *¿Qué?*

KLEINMAN: *¡Por el amor de Dios, no me des esos sustos!*

ANNA: *Oí voces.*

KLEINMAN: *Había unos hombres aquí. De repente formo parte de un comité de vigilancia.*

ANNA: *¿Ahora?*

KLEINMAN: *Parece ser que hay un asesino suelto… no se puede esperar a mañana. Es un ave nocturna.*

ANNA: *Ah, el maníaco.*

KLEINMAN: *Si lo sabías, ¿por qué no me lo dijiste?*

ANNA: *Porque cada vez que intentaba hablarte de ello no querías escucharme.*

KLEINMAN: *¿Quién no quería?*

ANNA: *Estás siempre tan ocupado con el trabajo… y tus pasatiempos.*

KLEINMAN: *¿No te importa que estemos en plena temporada?*

ANNA: *Te expliqué que había un crimen sin resolver, que había dos crímenes sin resolver, que había seis crímenes sin resolver… y todo*

lo que contestaste fue: «Luego, luego».

KLEINMAN: *Porque elegiste momentos muy poco oportunos para contármelo.*

ANNA: *¿Sí?*

KLEINMAN: *Mi fiesta de cumpleaños. Me lo estaba pasando bien, estaba abriendo los regalos, cuando apareciste tú con esa cara larga diciendo: «¿Has leído el periódico? ¿Has visto que han degollado a una chica?» ¿No podías elegir un momento más adecuado? Un hombre trata de divertirse un poco… y entra la voz del juicio final.*

ANNA: *Mientras no se trate de algo agradable, ningún momento es el adecuado.*

KLEINMAN: *A propósito, ¿dónde está mi corbata?*

ANNA: *¿Para qué necesitas corbata? ¿No vas a cazar a un maníaco?*

KLEINMAN: *¿Te importa?*

ANNA: *¿Qué es, una cacería formal?*

KLEINMAN: *¿Sé yo acaso con quién me voy a encontrar? ¿Y si está mi jefe abajo?*

ANNA: *Estoy segura de que vestirá con descuido.*

KLEINMAN: *Fíjate en qué clase de personas están reclutando para perseguir a un asesino. Yo soy viajante.*

ANNA: *No dejes que te sorprenda por detrás.*

KLEINMAN: *Gracias, Anna, le advertiré que dijiste que me pusiera siempre delante.*

ANNA: *Bueno, no es preciso que te pongas tan sarcástico. Hay que cogerle.*

KLEINMAN: *Pues entonces que le coja la policía. Me da miedo bajar. Hace frío y está oscuro.*

ANNA: *Sé un hombre por una vez en tu vida.*

KLEINMAN: *Muy fácil para ti decir eso, porque te vuelves a la cama. ¿Y si el asesino llega hasta esta casa y entra por la ventana?*

KLEINMAN: *Ese es tu problema.*

ANNA: *Si me ataca, le echaré pimienta.*

KLEINMAN: *¿Le echarás qué?*

ANNA: *Duermo teniendo siempre a mano un poco de pimienta, y si se acerca a mí le echaré pimienta en los ojos.*

KLEINMAN: *Bien pensado, Anna. Créeme, si entra aquí, tú y la pimienta estaréis en el techo.*

ANNA: *Lo tengo todo cerrado con dos vueltas.*

KLEINMAN: *Hm, quizá sea mejor que coja un poco de pimienta.*

ANNA: *Toma esto.* (Le tiende un amuleto.)

KLEINMAN: *¿Qué es esto?*

ANNA: *Un amuleto que protege del mal. Se lo compré a un mendigo lisiado.*

KLEINMAN (Lo mira, poco impresionado.): *Bien. Dame sólo un poco de pimienta.*

ANNA: *Oh, no te preocupes. No estarás solo ahí abajo.*

KLEINMAN: *Eso es verdad. Tienen un plan muy bueno.*

ANNA: *¿Cuál?*

KLEINMAN: *No lo sé todavía.*

ANNA: *¿Y cómo sabes que es tan bueno?*

KLEINMAN: *Porque es obra de los mejores cerebros de la ciudad. Créeme, saben lo que se llevan entre manos.*

ANNA: *Eso espero, por tu propio bien.*

KLEINMAN: *Bueno, ten la puerta bien cerrada y no abras a nadie… ni siquiera a mí, a menos que esté gritando: «¡Abre la puerta!». Entonces la abres a toda prisa.*

ANNA: *Buena suerte, Kleinman.*

KLEINMAN (Mira por la ventana lá noche oscura.): *Mira ahí afuera… Está tan oscuro…*

ANNA: *No veo a nadie.*

KLEINMAN: *Ni yo tampoco. Tú pensabas que habría grupos de ciudadanos con antorchas o algo…*

ANNA: *Bueno, con tal de que tengan un plan…* (Pausa.)

KLEINMAN: *Anna…*

ANNA: *¿Sí?*

KLEINMAN (Mirando hacia la oscuridad.): *¿Has pensado alguna vez en morirte?*

ANNA: *¿Por qué iba a pensar en morirme? ¿Por qué, tú sí?*

KLEINMAN: *Generalmente no, pero cuando lo hago, no me estrangulan ni me cortan el cuello.*

ANNA: *Confío en que no.*

KLEINMAN: *Pienso en morirme de un modo más agradable.*

ANNA: *Hay muchos modos agradables, créeme.*

KLEINMAN: *¿Como cuáles?*

ANNA: *¿Como cuáles? ¿Me preguntas un modo agradable de morir?*

KLEINMAN: *Sí.*

ANNA: *Me lo pensaré.*

KLEINMAN: *Sí.*

ANNA: *Veneno.*

KLEINMAN: *Veneno. Eso es horrible.*

ANNA: *¿Por qué?*

KLEINMAN: *¿Estás de broma? Te dan convulsiones.*

ANNA: *No necesariamente.*

KLEINMAN: *¿Sabes de lo que estás hablando?*

ANNA: *Cianuro de potasio.*

KLEINMAN: *Oh… eres una experta. No me pescarás con veneno. ¿Tienes idea de lo que pasa si te comes una almeja en malas condiciones?*

ANNA: *Eso no es veneno. Es intoxicación.*

KLEINMAN: *¿Y quién quiere intoxicarse?*

ANNA: *¿Cómo quieres morir entonces?*

KLEINMAN: *De viejo. Dentro de muchos años. Cuando llegue al término del largo viaje de la vida. En una cama confortable rodeado de parientes… cuando tenga noventa años.*

ANNA: *Pero eso no es más que un sueño. Es obvio, en cualquier momento te puede partir el cuello en dos un maniático homicida… o te puede degollar… no cuando tengas noventa años, sino ahora.*

KLEINMAN: *Es tan confortante discutir estas cosas contigo, Anna.*

ANNA: *Bueno, estoy preocupada por ti. Mira ahí abajo. Hay un asesino suelto e infinidad de sitios para esconderse en una noche tan oscura… callejones, portales, el paso elevado del tren… Nunca le verás en las tinieblas… una mente enferma, que acecha en la noche con una cuerda de piano…*

KLEINMAN: *Ya que insistes… ¡me vuelvo a la cama!*

VOZ: *¡Vamos, Kleinman!*

KLEINMAN: *Ya voy, ya voy.* (Le da un beso a ANNA.) *Te veré luego.*

ANNA: *Ten cuidado por donde vas.*

(KLEINMAN Sale, reuniéndose con Al, que se ha quedado para que todo vaya como es debido.)
KLEINMAN: *No comprendo porqué de repente tengo una responsabilidad mía.*
AL: *Estamos todos metidos en el asunto.*
KLEINMAN: *Con la suerte que tengo, seré yo el que lo encuentre. ¡Oh, se me ha olvidado la pimienta!*
AL: *¿Qué?*
KLEINMAN: *¿Eh donde se han metido todos?*
AL: *Están en lo suyo. Una coordinación correcta es esencial para el buen desarrollo del plan.*
KLEINMAN: *¿Y en qué consiste este estupendo plan?*
AL: *Ya lo sabrás.*
KLEINMAN: *¿Cuándo pensáis explicármelo? ¿Después de que le hayáis cogido?*
AL: *No seas tan impaciente.*
KLEINMAN: *Mira… es muy tarde y estoy muerto de frío. Por no hablar de los nervios.*
AL: *Hacker y los demás han tenido que marcharse, pero me encargaron que te dijera que recibirás instrucciones tan pronto como sea posible y resulte beneficioso para el plan.*
KLEINMAN: *¿Hacker dijo eso?*
AL: *Sí.*
KLEINMAN: *¿Y qué hago yo ahora fuera de mi casa y de mi cama caliente?*
AL: *Esperar.*
KLEINMAN: *¿Qué?*
AL: *Las instrucciones.*

KLEINMAN: *¿Qué instrucciones?*

AL: *De que ha llegado tu tumo.*

KLEINMAN: *Me vuelvo a casa.*

AL: *¡No! No te atrevas. Un paso en falso en este momento podría ser fatal para la vida de todos nosotros. ¿Crees que quiero acabar convertido en un cadáver?*

KLEINMAN: *Entonces explícame el plan.*

AL: *No puedo hacerlo.*

KLEINMAN: *¿Por qué no?*

AL: *Porque no lo conozco.*

KLEINMAN: *Mira, hace mucho frío y…*

AL: *Cada uno de nosotros conoce únicamente una pequeña parte del plan global en un momento dado —su propia misión— y a nadie le está permitido revelar su función a otra persona. Es una precaución en caso de que el maníaco descubra el plan. Si cada cual desempeña su propio papel debidamente, el proyecto entero evolucionará hacia una conclusión satisfactoria. Mientras tanto, el plan no se puede divulgar por negligencia ni confesar bajo amenaza o coacción. Cada uno puede dar cuenta solamente de una parte mínima, que carecería de sentido para el maníaco aunque consiguiese tener acceso a él. ¿Hábil?*

KLEINMAN: *Brillante. No sé adonde voy y me vuelvo a casa.*

AL: *No puedo decirte más. ¿Y si eres tú el que ha asesinado a toda esa gente?*

KLEINMAN: *¿Yo?*

AL: *El asesino puede ser cualquiera de nosotros.*

KLEINMAN: *Bueno, no he sido yo. Yo no voy por ahí matando gente en plena temporada.*

AL: *Lo siento, Kleinman.*

KLEINMAN: *¿Y qué hago yo entonces? ¿Cuál es mi misión?*

AL: *Yo de tí haría un esfuerzo y trataría de colaborar hasta que mi misión fuese clara.*

KLEINMAN: *¿Colaborar cómo?*

AL: *Es difícil de especificar.*

KLEINMAN: *¿No podrías darme una pista? Empiezo a sentirme igual que un bobo.*

AL: *Las cosas pueden parecer caóticas, pero no lo son.*

KLEINMAN: *Pero os disteis mucha prisa en sacarme de la cama. Ahora que estoy aquí y dispuesto, se van todos.*

AL: *Tengo que irme.*

KLEINMAN: *¿Qué era entonces tan urgente…? ¿Irte? ¿Qué quieres decir?*

AL: *Mi trabajo aquí ha terminado. Me esperan en otro sitio.*

KLEINMAN: *Esto significa que yo me quedaré aquí en la calle.*

AL: *Tal vez.*

KLEINMAN: *Nada de tal vez. Si estamos juntos y tú te vas, yo me quedo solo. Eso es aritmética.*

AL: *Ten cuidado.*

KLEINMAN: *¡Oh. no, no pienso quedarme aquí solo! i Estás de broma! ¡Hay un loco suelto por ahí! ¡Yo no me entiendo bien con los locos! Soy un individuo muy lógico.*

AL: *El plan no permite que estemos juntos.*

KLEINMAN: *Mira, no hagamos de esto un idilio. No tenemos que estar juntos nosotros. Con doce hombres fuertes cualesquiera me conformo.*

AL: *He de irme.*

KLEINMAN: *No quiero quedarme aquí solo. Hablo en serio.*

AL: *Ten cuidado, ¿eh?*

KLEINMAN: *Mira, me tiembla la mano… ¡y no te has ido todavía! Si te vas, me temblará todo el cuerpo.*

AL: *Kleinman, otras vidas dependen de ti. No nos falles*

KLEINMAN: *No debisteis contar conmigo. ¡Le tengo pánico a la muerte! ¡Haría cualquier cosa con tal de no morir'*

AL: *Buena suerte.*

KLEINMAN: *¿Y qué hay del maníaco? ¿Ha habido alguna noticia roas? ¿Se le ha vuelto a ver?*

AL: *La policía vio a una silueta enorme y aterradora merodeando por la fábrica de hielo. Pero nadie sabe con certeza.*

(Sale. Se escuchan sus pasos cada vez más débiles)

KLEINMAN: *¡Con eso tengo bastante! ¡Me mantendré lejos de la fábrica de hielo!* (Solo. Efectos sonoros de viento.) *Oh chico, no hay nada como una noche en la ciudad. No sé por qué no podía esperar en mi casa hasta que me dieran una misión concreta. ¿¡Qué es ese ruido!? El viento… el viento tampoco es amenazador. Me puede traer una señal. Bueno, tengo que conservar la calma… Cuentan conmigo… He de tener los ojos bien abiertos y si veo algo sospechoso avisaré inmediatamente a los otros… Sólo que no hay otros… Tengo que acordarme de hacer más amigos en la próxima oportunidad que tenga… Tal vez si subo una manzana o dos me encontraré con alguno de los otros… ¿A qué distancia podrán estar? A menos que sea eso lo que buscan. Tal vez sea una parte del plan. Tal vez Hacker me tenga bajo algún tipo de vigilancia de modo que, si ocurre algo, todos puedan acudir en mi ayuda…* (Rie nerviosamente.) *Estoy seguro de que no me han dejado solo para*

que vagabundee por las calles a mi aire. Tienen que comprender que yo no puedo competir con un asesino demente. Un maníaco tiene la fuerza de diez hombres y yo tengo la fuerza de medio… A menos que me estén utilizando como señuelo… ¿Es posible que hagan eso? ¿Dejarme aquí fuera como un cordero?… El asesino se abalanza sobre mí y todos aparecen rápidamente para cogerle… a menos que aparezcan lentamente… Mi cuello nunca fue robusto. (Una negra silueta sale corriendo en último término.) *¿Qué ha sido eso? Tal vez debería regresar… Ahora estoy lejos ya de donde salí… ¿Cómo van a encontrarme para darme mis instrucciones? Y no sólo eso, estoy yendo hacia una parte de la ciudad que no conozco… entonces ¿qué? Sí… será mejor que dé la vuelta sobre mis pasos antes de que me pierda por las buenas…* (Oye pasos lentos y amenazadores que se le acercan.) *Oh, oh… Esos pasos… El maníaco tendrá pies probablemente… Dios mío, sálvame…*

MÉDICO: *Kleinman, ¿eres tú?*

KLEINMAN: *¿Qué? ¿Quién es?*

MÉDICO: *Soy el médico.*

KLEINMAN: *Me has dado un susto. Dime, ¿has sabido algo de Hacker o de los otros?*

MÉDICO: *¿Acerca de tu participación?*

KLEINMAN: *Sí. El tiempo pasa y voy dando vueltas por ahí como un estúpido. Tengo los ojos bien abiertos, quiero decir, pero si supiera lo que he de hacer…*

MÉDICO: *Hacker mencionó algo acerca de ti.*

KLEINMAN: *¿Qué?*

MÉDICO: *No consigo recordarlo.*

KLEINMAN: *Magnífico. Soy el hombre olvidado.*

MÉDICO: *Creo que le oí decir algo. No estoy seguro.*

KLEINMAN: *Mira, ¿por qué no hacemos la ronda juntos? Por si ocurre algo.*

MÉDICO: *Sólo puedo caminar un rato contigo. Luego tengo otras cosas que hacer.*

KLEINMAN: *Es gracioso ver a un médico levantado en mitad de la noche… Ya sé que a vosotros os fastidia telefonear desde casa. Ja, ja, ja, ja.* (El MÉDICO no ríe.) *Está muy fría la noche…* (Nada.) *Ejem, bueno… ¿crees que le descubriremos esta noche?* (Nada.) *Supongo que tendrás una función importante dentro del plan, ¿verdad? Mira, yo no conozco aún la mía.*

MÉDICO: *Mi interés es puramente científico.*

KLEINMAN: *No lo pongo en duda.*

MÉDICO: *Ésta es una oportunidad única de aprender algo sobre la naturaleza de su locura. ¿Por qué es de esa manera? ¿Qué puede impulsar a un hombre hacia ese tipo de comportamiento antisocial? ¿Existen otras cualidades poco comunes en él? A veces los mismos estímulos que provocan que un maníaco asesine, le inspiran fines sumamente creativos. Se trata de un fenómeno muy complejo. También me gustaría saber si es loco de nacimiento o su demencia ha sido causada por alguna enfermedad o accidente que haya dañado su cerebro o por la tensión acumulada de circunstancias adversas. Hay un millón de hechos por descubrir. Por ejemplo, ¿por qué ha elegido expresar sus impulsos a través del acto criminal? ¿Lo hace por su propia voluntad o porque imagina oír voces? Ya sabes que en otras épocas se consideraba al loco movido por inspiración divina. Vale la pena examinar todo esto para que conste.*

KLEINMAN: *Claro, pero tenemos que cogerle primero.*

MÉDICO: *Sí, Kleinman, si de mí dependiera, me quedaría solo para estudiar a esta criatura escrupulosamente, para hacerle la disección hasta el último cromosoma. Me gustaría observar cada una de sus células en el microscopio. Ver de qué está compuesto. Analizar sus secreciones. Descomponer su sangre, explorar su cerebro minuciosamente, hasta que yo comprenda al ciento por ciento qué es exactamente en cada uno de sus aspectos.*

KLEINMAN: *¿Puedes conocer realmente a una persona? Quiero decir, conocerla… no saber acerca de ella, sino conocerla… quiero decir, conocerla de veras… hasta donde se pueda conocer… hablo de conocer a una persona… ¿sabes lo que entiendo por conocer? Conocer. Conocer de verdad. Conocer. Conocimiento. Conocer.*

MÉDICO: *Kleinman, eres un imbécil.*

KLEINMAN: *¿Entiendes lo que estoy diciendo?*

MÉDICO: *Haz tu trabajo y yo haré el mío.*

KLEINMAN: *No sé cuál es mi trabajo.*

MÉDICO: *Entonces no critiques.*

KLEINMAN: *¿Quién está criticando?* (Se oye un grito. Se sobresaltan.) *¿Qué ha sido eso?*

MÉDICO: *¿Oíste pasos detrás nuestro?*

KLEINMAN: *He oído pasos detrás mío desde que tenía ocho años.* (Otro grito.)

MÉDICO: *Alguien viene.*

KLEINMAN: *Tal vez no le gustó eso que dijimos de hacerle la disección.*

MÉDICO: *Mejor será que te vayas de aquí, Kleinman.*

KLEINMAN: *Con sumo placer.*

MÉDICO: *¡Deprisa! ¡Por aquí!*
KLEINMAN: *Esto da a un callejón sin salida.*
MÉDICO: *¡Sé lo que me hago!*
KLEINMAN: *¡Ya, pero quedaremos atrapados y nos matarán!*
MÉDICO: *¿Vas a discutir conmigo? ¡Soy médico!*
KLEINMAN: *Pero yo sé que esto… es un callejón sin salida. ¡No hay forma de salir!*
MÉDICO: *Adiós, Kleinman. ¡Haz lo que te parezca!* (Corre hacia el callejón sin salida.)
KLEINMAN (Llamándole.): *¡Espera… lo siento!* (Ruido de alguien que se acerca.) *¡He de conservar la calma! ¿Salgo corriendo o me escondo? ¡Saldré corriendo y me esconderé!* (Corre y tropieza con una MUJER joven.) *¡Uuuuuf!*
GINA: *¡Oh!*
KLEINMAN: *¿Quién eres?*
GINA: *¿Y quién eres tú?*
KLEINMAN: *Kleinman. ¿Oíste gritos?*
GINA: *Sí, y me asusté. No sé de dónde venían.*
KLEINMAN: *No importa. Lo principal es que eran gritos, y los gritos nunca traen nada bueno.*
GINA: *¡Estoy asustada!*
KLEINMAN: *¡Salgamos de aquí!*
GINA: *No puedo ir muy lejos. Tengo que hacer algo.*
KLEINMAN: *¿Estás en el plan también?*
GINA: *¿Y tú no?*
KLEINMAN: *Todavía no. Por lo visto no consigo descubrir qué es lo que tendría yo que hacer. ¿No habrás oído algo acerca de mí por casualidad?*

GINA: *Tú eres Kleinman.*

KLEINMAN: *Exactamente.*

GINA: *He oído algo acerca de un Kleinman. No recuerdo qué.*

KLEINMAN: *¿Sabes dónde está Hacker?*

GINA: *Hacker ha sido asesinado.*

KLEINMAN: *¡¿Qué?!*

GINA: *Creo que ha sido Hacker.*

KLEINMAN: *¿Hacker ha muerto?*

GINA: *No estoy segura de si dijeron Hacker o algún otro.*

KLEINMAN: *¡Nadie está seguro de nada! ¡Nadie sabe nada! ¡Esto sí que es un plan! ¡Estamos cayendo como moscas!*

GINA: *Tal vez no fuera Hacker.*

KLEINMAN: *Vayámonos de aquí. Me fui de donde tenía que haberme quedado, y me estarán buscando probablemente, y con la suerte que tengo me echarán la culpa si el plan fracasa.*

GINA: *No consigo recordar quién es el muerto. Hacker o Maxwell.*

KLEINMAN: *Te diré la verdad, es difícil seguir la pista. ¿Y qué está haciendo una mujer joven como tú por la calle? Este es un trabajo de hombres.*

GINA: *Estoy acostumbrada a ir de noche por la calle*

KLEINMAN: *¿Ah?*

GINA: *Bueno, soy una prostituta.*

KLEINMAN: *No fastidies. Caray, nunca me encontré antes con ninguna… Creí que erais más altas.*

GINA: *¿Te he confundido?*

KLEINMAN: *Si he de decirte la verdad, soy muy provinciano.*

GINA: *¿Sí?*

KLEINMAN: *Yo, ejem… nunca estoy levantado a estas horas. Te lo aseguro, nunca. Deben de ser las tantas. A menos que me ponga enfermo o algo… pero salvo casos extremos de náusea, duermo como un niño recién nacido.*
GINA: *Bueno, el caso es que estás en la calle y en plena noche.*
KLEINMAN: *Sí.*
GINA: *Se ven cantidades de estrellas.*
KLEINMAN: *Realmente, estoy muy nervioso. Preferiría estar en casa en la cama. Todo es extraño por la noche. Todas las tiendas están cerradas. No hay tráfico. Se puede andar por donde uno quiera… Nadie te detiene…*
GINA: *Eso es bueno, ¿no?*
KLEINMAN: *Ejem… es una sensación rara. No existe la civilización… Podría quitarme los pantalones y bajar corriendo desnudo por la calle principal.*
GINA: *Ub-huh.*
KLEINMAN: *No lo haría, quiero decir. Pero podría.*
GINA: *Para mí la ciudad de noche es tan fría y negra y vacía. Debe de ser algo así como estar en el espacio exterior.*
KLEINMAN: *Nunca me ha importado el espacio exterior.*
GINA: *Pero si estás en el espacia exterior. Somos esa bola grande y redonda que flota en el espacio… No se puede distinguir qué es lo que está arriba y qué es lo está abajo.*
KLEINMAN: *¿Y te parece eso bueno? Yo soy un hombre a quien le gusta saber qué es lo que está arriba y qué es lo que está abajo y dónde está el cuarto de baño.*
GINA: *¿Crees que existe vida en alguna de esos billones de estrellas que hay ahí arriba?*

KLEINMAN: *Personalmente no lo sé. Aunque he oído decir que puede haber vida en Marte, pero el tipo que me lo contó se dedica a los géneros de punto.*

GINA: *Y todo eso funciona siempre.*

KLEINMAN: *¿Cómo va a funcionar siempre? Más pronto o más tarde tendrá que pararse. ¿No és cierto? Quiero decir que más pronto o más tarde tiene que acabarse y hay, ejem… una pared o algo… es lo lógico.*

GINA: *¿Estás diciendo que el universo es finito?*

KLEINMAN: *No estoy diciendo nada. No quiero que me metan en líos. Quiero saber qué es lo que estoy haciendo.*

GINA (Señalando.): *Allí está Géminis… los gemelos… y Orion… el cazador…*

KLEINMAN: *¿Dónde ves gemelos? Apenas se parecen.*

GINA: *Mira aquella estrella pequeña de allí… tan sola. Apenas se la ve.*

KLEINMAN: *¿Sabes a qué distancia debe de estar? No me gustaría decírtelo.*

GINA: *Estamos viendo la luz que esa estrella dejó hace millones de años. Sólo ahora llega hasta nosotros.*

KLEINMAN: *Entiendo lo que quieres decir.*

GINA: *¿Sabías que esa luz viaja a 300.000 kilómetros por segundo?*

KLEINMAN: *Demasiado deprisa si me lo preguntas. Me gusta disfrutar de las cosas. Ahora ya no queda tiempo para el todo.*

GINA: *Todo cuanto sabemos es que esa estrella desapareció hace millones de años y que esa luz, viajando a 300.000 kilómetros por segundo, ha necesitado millones de años para llegar hasta nosotros.*

KLEINMAN: *¿Tratas de decirme que esa estrella puede no estar ahí?*
GINA: *Eso es.*
KLEINMAN: *¿Aun cuando la estoy viendo con mis propios ojos?*
GINA: *Eso es.*
KLEINMAN: *Eso me inquieta mucho, porque cuando veo algo con mis propios ojos, me gusta pensar que está ahí. Quiero decir que, si eso es verdad, todos podrían estar lo mismo… todos fundidos… Pero vamos a llegar tarde a las noticias.*
GINA: *Kleinman, ¿quién sabe lo que es real?*
KLEINMAN: *Es real lo que puedes tocar con tus manos.*
GINA: *¿Oh?* (Él la besa: ella le corresponde apasionadamente.) *Son seis dólares, por favor.*
KLEINMAN: *¿Por qué?*
GINA: *Te lo has pasado bien, ¿no?*
KLEINMAN: *Un poco, sí…*
GINA: *Bueno, estoy trabajando.*
KLEINMAN: *Sí, pero seis dólares por un beso de nada. Por seis dólares me podría comprar una bufanda.*
GINA: *Está bien, dame cinco dólares.*
KLEINMAN: *¿No besas nunca de balde?*
GINA: *Kleinman, esto es un negocio. Por diversión, beso a mujeres.*
KLEINMAN: *¿Mujeres? Qué coincidencia… yo también.*
GINA: *Tengo que irme.*
KLEINMAN: *No quería insultarte…*
GINA: *Y no lo has hecho. Tengo que irme.*
KLEINMAN: *¿Quieres alguna cosa?*

GINA: *Tengo una misión que llevar a cabo. Buena suerte. Confío en que descubras lo que tienes que hacer.*

KLEINMAN (Gritando tras ella): *¡No pretendía comportarme como un animal… soy realmente una de las personas más simpáticas que conozco!* (Y se queda solo, mientras los pasos de ella se desvanecen.) *Bueno, esto ha ido ya bastante lejos. Me voy a casa y ya está. Sólo que mañana volverán a aparecer para preguntarme dónde estaba. Dirán «el plan salió mal, Kleimnan, y la culpa es tuya.» ¿Por qué culpa mía? Ahí está la diferencia. Encontrarán una salida. Necesitarán una cabeza de turco. Esa es probablemente mi parte en el plan. Siempre me echan la culpa cuando nada sale bien. Yo…* (Oye un gemido.) *¿Qué? ¡¿Quién es?!*

MÉDICO (Se arrastra hacia la escena, mortalmente herido.): *Kleinman*

KLEINMAN: *¡Doctor!*

MÉDICO: *Me estoy muriendo.*

KLEINMAN: *Voy a buscar un médico…*

MÉDICO: *Yo soy médico.*

KLEINMAN: *Sí, pero un médico que se muere.*

MÉDICO: *Es demasiado tarde… me atrapó… No había sitio para correr.*

KLEINMAN: *¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien venga enseguida! ¡Socorro!*

MÉDICO: *No chilles, Kleinman… No querrás que el asesino te encuentre.*

KLEINMAN: *¡Ya no me importa! ¡Socorro!* (Luego, al pensar que el asesino puede encontrarle, baja la voz.) *Socorro… ¿Y quién es? ¿Pudiste verle bien?*

MÉDICO: *No, sólo de pronto una puñalada por detrás.*

KLEINMAN: *Es una lástima que no te apuñalase por delante. Le habrías visto.*

MÉDICO: *Me estoy muriendo, Kleinman…*

KLEINMAN: *No es nada personal.*

MÉDICO: *Qué frase tan estúpida.*

KLEINMAN: *¿Qué frase quieres que diga? Sólo trataba de mantener la conversación…*

(Un hombre entra corriendo.)

HOMBRE: *¿Qué ocurre? ¿Alguien ha pedido socorro?*

KLEINMAN: *El doctor se está muriendo… Vé a buscar ayuda… ¡Espera! ¿Has oído algo acerca de mí?*

HOMBRE: *¿Quién eres?*

KLEINMAN: *Kleinman.*

HOMBRE: *Kleimnan… Kleimnan… Te están buscando… Es importante.*

KLEINMAN: *¿Qué es?*

HOMBRE: *Algo relacionado con tu misión.*

KLEINMAN: *Por fin*

HOMBRE: *Les diré que te he visto.*

(Sale corriendo.)

MÉDICO: *Kleinman, ¿crees en la reencarnación?*

KLEINMAN: *¿En qué?*

MÉDICO: *Reencarnación… que una persona vuelva a la vida convertida en otra cosa.*

KLEINMAN: *¿Como qué?*

MÉDICO: *Ejem… uh… otra cosa viviente…*

KLEINMAN: *¿Qué quiere decir? ¿Como un animal?*

MÉDICO: *Sí.*

KLEINMAN: *¿Quieres decir que puedes volver a la vida convertido en una rana?*

MÉDICO: *Déjalo estar, Kleinman, no he dicho nada.*

KLEINMAN: *Escucha, todo es posible, pero cuesta imaginarse que, si un hombre es presidente de una gran empresa en esta vida, va a volver convertido en una ardilla listada.*

MÉDICO: *Las tinieblas se acercan.*

KLEINMAN: *Mira, ¿por qué do me dices cuál es tu parte en el plan? Ya que estarás fuera de servicio, puedo hacerme cargo yo, porque hasta el momento no he conseguido averiguar cuál es mi misión.*

MÉDICO: *Mi misión no te servirá de nada. Soy el único que puede llevarla a cabo.*

KLEINMAN: *Por el amor de Dios, no sé si estamos demasiado bien organizados o demasiado poco.*

MÉDICO: *No nos falles, Kleinman. Te necesitamos.* (Muere.)

KLEINMAN: *¿Doctor? ¿Doctor? Oh, Dios mío… ¿Qué voy a hacer? Al demonio con todo. ¡Me voy a casa! Que queden toda la noche corriendo como chiflados. En plena temporada. Nadie va a explicarme nada. Y no quiero que me echen la culpa de todo. Bueno, ¿y por qué iban a echarme la culpa? Acudí cuando me llamaron. Nada me encargaron que hiciera.*

(Entra un POLICÍA con el HOMBRE que fue a pedir auxilio.)

HOMBRE: *¿Hay algún moribundo por aquí?*

KLEINMAN: *Yo me estoy muriendo.*

POLICÍA: *¿Tú? ¿Y él?*

KLEINMAN: *Ya está muerto.*

POLICÍA: *¿Era amigo tuyo?*

KLEINMAN: *Me quitó las amígdalas.*

(El POLICÍA se arrodilla para inspeccionar el cuerpo.)

HOMBRE: *Yo estuve muerto una vez.*

KLEINMAN: *¿Perdón?*

HOMBRE: *Muerto. He estado muerto. Durante la guerra. Herido. Estaba sobre una mesa de operaciones. Los cirujanos se afanaban para salvarme la vida. De pronto, me perdieron… se me paró el pulso. Todo había terminado. Uno de ellos, me contaron luego, tuvo la presencia de ánimo de darme un masaje en el corazón. Luego se puso a latir otra vez, y volví a la vida, pero por unos instantes estuve oficialmente muerto… Desde el punto de vista de la ciencia, también… muerto… pero hace mucho tiempo. Por eso siento simpatía cuando veo a uno de esos tipos.*

KLEINMAN: *¿Y cómo era?*

HOMBRE: *¿El qué?*

KLEINMAN: *Estar muerto. ¿Viste algo?*

HOMBRE: *No. Era sencillamente… nada.*

KLEINMAN: *¿Recuerdas si había vida después?*

HOMBRE: *No.*

KLEINMAN: *¿Mi nombre no aparecía?*

HOMBRE: *No había nada. No hay nada después, Kleinman. Nada.*

KLEINMAN: *No quiero ir. Aún no. Ahora no. No quiero que lo que le sucedió a él me suceda a mí. Atrapado en un callejón… apuñalado… los otros estrangulados… también Hacker… por ese demonio.*

HOMBRE: *Hacker no fue asesinado por el maníaco.*

KLEINMAN: *¿No?*

HOMBRE: *Hacker fue asesinado por conspiradores.*
KLEINMAN: *¿Conspiradores?*
HOMBRE: *La otra facción.*
KLEINMAN: *¿Qué otra facción?*
HOMBRE: *Sabes lo de la otra facción, ¿verdad?*
KLEINMAN: *¡Yo no sé nada! Estoy perdido en la noche.*
HOMBRE: *Unos cuantos. Shepherd y Willis. Nunca estuvieron conformes en cómo planteaba Hacker el problema.*
KLEINMAN: *¿Qué?*
HOMBRE: *Bueno, Hacker no había conseguido resultados precisamente.*
KLEINMAN: *Bueno, la policía tampoco.*
POLICÍA (Levantándose.): *Los conseguiremos, pese a todo. Si los puñeteros paisanos se mantienen al margen.*
KLEINMAN: *Creí que necesitabais ayuda.*
POLICÍA: *Ayuda, sí. Confusión y pánico, no. Pero no te preocupes. Tenemos un par de pistas y estamos examinando datos en las computadoras. Tenemos los mejores cerebros electrónicos. Son incapaces de cometer un error. Veremos cuánto tiempo podrá resistir frente a ellos ese maníaco.*
(Se arrodilla.)
KLEINMAN: *¿Entonces quién mató a Hacker?*
POLICÍA: *Hay una facción que se opone a Hacker.*
KLEINMAN: *¿Quiénes? ¿Shepherd y Willis?*
POLICÍA: *Muchos se han pasado a su bando. Créeme. He oído que incluso otro grupo se ha desgajado del nuevo.*
KLEINMAN: *¿Otra facción?*

POLICÍA: *Con algunas nuevas y brillantes ideas para atrapar a ese demonio. Es lo que necesitamos, ¿verdad? ¡Ideas diferentes! Si un plan no consigue resultados prácticos, surgen otros. Es natural. ¿O eres opuesto a las ideas nuevas?*

KLEINMAN: *¿Yo? No… pero ellos asesinaron a Hacker…*

POLICÍA: *Porque él no daba su brazo a torcer. Por su obstinada insistencia en que su estúpido plan era el único factible. Pese al hecho de que nada estaba ocurriendo.*

KLEINMAN: *¿Entonces es que hay varios planes? ¿O qué?*

POLICÍA: *Exacto. Y confío que no estarás metido en el plan de Hacker. Aunque muchos lo están todavía.*

KLEINMAN: *Ni siquiera conozco el plan de Hacker.*

POLICÍA: *Estupendo. Entonces quizá seas útil para nosotros.*

KLEINMAN: *¿Quiénes sois vosotros?*

POLICÍA: *No te hagas el inocente.*

KLEINMAN: *¿Quién se hace el inocente?*

HOMBRE: *Vamos.*

KLEINMAN: *No. No sé lo que ocurre.*

HOMBRE (Amenaza con un cuchillo a KLEINMAN.): *Hay vidas en juego, estúpida sabandija, elige.*

KLEINMAN: *Ejem… agente… Alguacil…*

POLICÍA: *Ahora quieres prestarnos ayuda, pero hace una semana éramos tontos, porque no capturábamos al asesino.*

KLEINMAN: *No hay crítica por mi parte.*

HOMBRE: *Elige, gusano.*

POLICÍA: *A nadie le importa que trabajemos contra reloj. Que las confesiones de chiflados lluevan sobre nosotros. Un lunático tras otro que pretende ser el asesino e implora un castigo.*

HOMBRE: *Tus vacilaciones me inclinan a cortarte el cuello.*

KLEINMAN: *Estoy dispuesto a poner manos a la obra. Decidme únicamente qué tengo que hacer.*

HOMBRE: *¿Estás con nosotros o con Hacker?*

KLEINMAN: *Hacker ha muerto.*

HOMBRE: *Tiene seguidores. O tal vez prefieras unirte a un grupo disidente. ¿Eh?*

KLEINMAN: *¡Si al menos alguien quisiera explicarme lo qué pretende cada grupo! ¿Entendéis lo que quiero decir? Jamás llegué a conocer el plan de Hacker. No conozco vuestro plan. No conozco a ningún grupo disidente.*

HOMBRE: *Es muy ignorante, ¿verdad, Jack?*

POLICIA.: *Si¿Lo sabe todo hasta que llega el momento de actuar. Me das asco.*

(Entran los restos del grupo de HACKER.)

HANK: *Con que aquí estás, Kleinman. ¿Dónde diablos has estado?*

KLEINMAN: *¿Yo? ¿Dónde habéis estado vosotros?*

SAM: *Te fuiste por ahí justo cuando te necesitábamos.*

KLEINMAN: *Nadie me dijo una palabra.*

HOMBRE: *Kleinman está con nosotros ahora.*

JOHN: *¿Es verdad eso, Kleinman?*

KLEINMAN: *¿Verdad el qué? Ya no sé donde está la verdad.*

(Entran varios HOMBRES. Pertenecen a otro grupo.)

BILL: *¡Eh, Frank! ¿Tienes problemas con esos tipos?*

FRANK: *No. Aunque quisieran no podrían.*

AL: *¿No?*

FRANK: *No.*

AL: *Le habríamos atrapado ya de estar vosotros en vuestro puesto, muchachos.*

FRANK: *No estábamos de acuerdo con Hacker. Su plan no servía para nada.*

DON: *Sí. Nosotros cogeremos a ese asesino. Déjanoslo a nosotros.*

JOHN: *No vamos a dejaros nada. Vámonos, Kleinman*

FRANK: *No estarás liado con esos tipos, ¿verdad?*

KLEINMAN: *¿Yo? Soy neutral. Estaré con quien tenga el mejor plan.*

HENRY: *No hay neutrales, Kleinman.*

HOMBRE: *Estás con nosotros o con ellos.*

KLEINMAN: *¿Cómo voy a elegir si no conozco las alternativas? ¿Una son peras? ¿Otra son manzanas? ¿Son las dos mandarinas?*

FRANK: *Matémosle ahora.*

SAM: *No vais a matar a nadie más.*

FRANK: *¿No?*

SAM: *No. Y cuando atrapemos a ese maníaco, alguien tendrá que pagar por lo de Hacker.*

KLEINMAN: *Mientras andamos aquí discutiendo, el maníaco puede estar asesinando a alguien. El objetivo es cooperar.*

HOMBRE: *Dile eso a ellos.*

FRANK: *Aquí lo único que cuenta son los resultados.*

DON: *Quitemos de en medio a esos canallas ahora. De lo contrario se interpondrán en nuestro camino y embrollarán las pistas.*

AL: *Inténtalo, gran hombre.*

BILL: *Haremos algo más que intentarlo.*

(Esgrimen navajas y porras.)

KLEINMAN: *Compañeros… muchachos…*

FRANK: *¡Elige ahora, Kleinman, éste es el momento!*

HENRY: *Te conviene elegir bien, Kleinman. Sólo habrá un vencedor.*

KLEINMAN: *Nos mataremos entre nosotros mismos y el maníaco seguirá suelto. ¿No os dais cuenta?… No se dan cuenta.*

(Empieza la lucha. De pronto todos se detienen y levantan la vista. Entra serpenteando en escena una procesión solemne, de aire religioso, encabezada por un ACÓLITO.)

ACÓLITO: *¡El asesino! ¡Hemos localizado al maníaco!* (Cesa la lucha, murmullos.) *¿Qué pasa?* (Sonido: bong, bong. Entra un grupo con HANS SPIRO que olfatea y resopla.)

POLICÍA: *Es Spiro, el telépata. Le hemos hecho intervenir en el caso. Es un vidente.*

KLEINMAN: *¿De veras? Le irá muy bien en las carreras de caballos.*

POLICÍA: *Ha resuelto asesinatos por encargo. Lo único que necesita es algo que pueda oler y tocar. Me leyó el pensamiento en jefatura. Sabía con quien acataba de acostarme.*

KLEINMAN: *Con tu mujer.*

POLICÍA (Tras una mirada asesina a KLEINMAN.): *Miradle, chicos. Ha nacido con poderes sobrenaturales.*

ACÓLITO: *El señor Spiro, el vidente, está a punto de descubrir al asesino. Abrid paso, por favor.* (SPIRO avanza olfateando.) *El señor Spiro desea olfatearte.*

KLEINMAN: *¿A mí?*

ACÓLITO: *Sí.*

KLEINMAN: *¿Para qué?*

ACÓLITO: *Con su deseo basta.*

KLEINMAN: *No quiero que me olfateen.*

FRANK: *¿Tienes algo que ocultar?*

(OTROS /asienten ad-lib.)

KLEINMAN: *No, pero me pone nervioso.*

POLICÍA: *Adelante. Olfatéale.*

(SPIRO olfatea. KLEINMAN se siente incómodo.)

KLEINMAN: *¿Qué está haciendo? No tengo nada que ocultar. Mi chaqueta probablemente huele un poco a alcanfor. ¿Verdad? Eh, ¿quieres dejar de olfatearme? Me pone nervioso.*

POLICÍA: *¿Nervioso, Kleinman?*

KLEINMAN: *Nunca me ha gustado que me olfateen.* (SPIRO aumenta la intensidad de sus aspiraciones.) *¿Qué pasa? ¿Qué estáis mirando? ¿Qué? Ah, ya sé, se me cayó un poco de salsa de la ensalada en los pantalones… Por eso hay un olor débil… no es nada terrible… Fue con salsa de la casa en el restaurante Wilson… Me gusta el bistec… poco hecho, no… Bueno, sí, poco hecho. Quiero decir que crudo no… Ya sabéis, lo pides poco hecho y te lo traen sangrante…*

SPIRO: *Este hombre es un criminal.*

KLEINMAN: *¿Qué?*

AL: *¿Kleinman?*

SPIRO: *Sí, Kleinman.*

POLICÍA: *¡No!*

ACÓLITO: *¡El señor Spiro lo ha conseguido otra vez!*

KLEINMAN: *¿De qué estáis hablando? ¿Sabéis de lo que estáis hablando?*

SPIRO: *Aquí está el individuo culpable.*

KLEINMAN: *Te has vuelto loco, Spiro… ¡Este hombre es un lunático!*

HENRY: *Conque eras tú, Kleinman.*

FRANK (Gritando.) *¡Eh… aquí! ¡Aquí! ¡Le hemos atrapado!*

KLEINMAN: *¡¿Qué estáis haciendo?!*

SPIRO: *No hay duda. Es concluyente.*

BILL: *¿Por qué lo has hecho, Kleinman?*

KLEINMAN: *¿Hacer el qué? ¿Vais a creer a ese tipo? ¿Sólo porque me ha olfateado?*

ACÓLITO: *El poder sobrenatural del señor Spiro nunca le ha fallado todavía.*

KLEINMAN: *Ese tipo es un impostor. ¡¿Qué tiene que ver con esto e1 olfato?!*

SAM: *Así que Kleinman es el criminal.*

KLEINMAN: *No… amigos… ¡Todos vosotros me conocéis!*

JOHN: *¿Por qué lo has hecho, Kleinman?*

FRANK: *Sí.*

AL: *Lo ha hecho porque está loco. Como una regadera.*

KLEINMAN: *¿Que yo estoy loco? ¡Mirad cómo voy vestido!*

HENRY: *No pretendáis entenderle. Su cabeza ya no rige.*

BILL: *Es lo que pasa con los locos. Pueden conservar la lógica en todo menos en una cosa… su lado débil, su punto de enajenación.*

SAM: *Y Kleinman es siempre tan lógico.*

HENRY: *Demasiado lógico.*

KLEINMAN: *¿Todo esto es una broma, verdad? Porque si no es una broma voy a echarme a llorar.*

SPIRO: *Una vez más quiero dar gracias al Señor por el especial don que Él ha tenido a bien concederme.*

JOHN: *¡Vamos a atarle ahora mismo!*

(Consenso general.}

KLEINMAN: *¡No os acerquéis! ¡No me gusta que me aten!*

GINA (La prostituta.): *¡Intentó atacarme! ¡Me agarró de repente!*

KLEINMAN: *Yo te di seis dólares!*

(Le agarran.)

BILL: *¡Aquí traigo una soga!*

KLEINMAN: *¿Qué vais a hacer?*

FRANK: *Vamos a limpiar esta ciudad de una vez para siempre.*

KLEINMAN: *Vais a colgar a un hombre inocente. Sería incapaz de hacerle daño a una mosca… bueno, una mosca quizá…*

POLICÍA: *No podemos colgarle sin juicio.*

KLEINMAN: *Claro que no. Tengo ciertos derechos.*

AL: *¿Y qué me dices de los derechos de las víctimas, eh?*

KLEINMAN: *¿Qué víctima? ¡Quiero a mi abogado! ¡Ya me oís! ¡Quiero a mi abogado! ¡Ni siquiera tengo abogado!*

POLICÍA: *¿Cómo te declaras, Kleinman?*

KLEINMAN: *Inocente, ¡Completamente inocente! No he sido ni ahora ni nunca un asesino homicida. Nunca me ha interesado ni como pasatiempo.*

HENRY: *¿Qué has hecho para contribuir a la captura del asesino?*

KLEINMAN: *¿Te refieres al plan? Nadie me ha contado cuál es.*

JOHN: *¿No crees que tienes la responsabilidad de averiguarlo por ti mismo?*

KLEINMAN: *¿Cómo? Cada vez que lo pregunté, me contestaron con una copa y una canción.*

AL: *Es responsabilidad tuya, Kleinman.*

FRANK: *Exacto. Sería distinto de haber sólo un plan.*

BILL: *claro. Nosotros ofrecimos un plan alternativo.*

DON: *Y había otros planes además. Tendrías que haber sacado algo en limpio.*

SAM: *¿Es por eso que te costaba elegir? ¿Porque tú no querías elegir?*

KLEINMAN: *¿Elegir entre qué? Explicadme el plan. Permitidme ayudaros. Utilizadme.*

POLICÍA: *Es un poco tarde para eso.*

HENRY: *Kleinman, has sido juzgado y se te declara culpable. Serás colgado del cuello hasta que mueras. ¿Cuál es tu última voluntad?*

KLEINMAN: *Sí. Preferiría que no se me colgara del cuello.*

HENRY: *Lo lamento, Kleinman. No podemos hacer nada.*

ABE (Entra muy excitado.): *¡Deprisa… venid deprisa!*

JOHN: *¿Qué ocurre?*

ABE: *Tenemos al asesino acorralado detrás del almacén.*

AL: *Eso es imposible. Kleinman es el asesino.*

ABE: *No. Le descubrieron cuando quiso estrangular a Edith Cox. Ella le identificó. Apresuraos. Necesitamos refuerzos.*

SAM: *¿Es alguien que conozcamos?*

ABE: *No. ¡Es un forastero, pero va a escaparse!*

KLEINMAN: *¿Lo veis? ¿Lo veis? Estabais todos a punto de colgar a un hombre inocente.*

HENRY: *Perdónanos, Kleinman.*

KLEINMAN: *Claro. En cuanto se os acaban las ideas, salís corriendo a buscar una soga.*

SPIRO: *Tiene que haber algún error.*

KLEINMAN: *¿Y tú? ¡Te crecerá la nariz como a Pinocho!* (Salen todos corriendo.) *Es bueno saber quiénes son tus amigos. ¡Me voy a*

casa! ¡Ya no quiero saber nada de todo esto!… Estoy cansado, tengo frío… alguna noche ¿Y ahora dónde estoy?… Chico, no daría dos centavos por mi sentido de la orientación… No. eso no está bien…Tendría que descansar un momento, recuperar fuerzas… El miedo me ha mareado un poco… (Un ruido.) *Oh, Dios mío… ¿qué pasa ahora»*

MANÍACO: *¿Kleinman?*

KLEINMAN: *¿Quién eres?*

MANIACO (Que se parece a Kleinman.): *El asesino homicida. ¿Puedo sentarme? Estoy agotado.*

KLEINMAN: *¿Qué?*

MANIACO: *Todos me están persiguiendo… No hago más que correr por los callejones y entrar y salir por los portales. Estoy huyendo por toda la ciudad… y ellos parecen creer que eso me divierte.*

KLEINMAN: *¿Eres… el asesino?*

MANÍACO: *Claro.*

KLEINMAN: *¡Tengo que salir de aquí!*

MANÍACO: *No te excites. Voy armado.*

KLEINMAN: *¿Vas… vas a matarme?*

MANÍACO: *Naturalmente. Es mi especialidad.*

KLEINMAN: *Estás… estás loco.*

MANÍACO: *Claro que estoy loco. ¿Crees que una persona cuerda andaría por ahí matando gente? Y no robo a nadie. Es la verdad. Jamás me he llevado un centavo de una sola víctima. Ni siquiera un peine de bolsillo.*

KLEINMAN: *¿Por qué lo haces entonces?*

MANÍACO: *¿Por qué? Porque estoy loco.*

KLEINMAN: *Pero pareces una persona normal.*

MANÍACO: *No te fíes de la apariencia física. Soy un maníaco.*

KLEINMAN: *Ya, pero yo me esperaba una silueta alta, negra, amenazadora…*

MANÍACO: *Esto no es una película. Kleinman. Soy un hombre como tú. ¿Qué quieres que tenga, colmillos?*

KLEINMAN: *Pero has matado a hombres tan altos y fuertes… el doble de grandes que tú…*

MANÍACO: *Claro. Porque les ataco por detrás o espero a que duerman. Oye, yo no me complico la vida.*

KLEINMAN: *Pero, ¿por qué lo haces?*

MANÍACO: *Soy un chiflado. ¿Crees tú que lo sé?*

KLEINMAN: *¿Te gusta?*

MANÍACO: *No es cuestión de gusto. Lo hago.*

KLEINMAN: *¿Y no te das cuenta de que es ridículo?*

MANÍACO: *Si me diera cuenta de eso, estaría cuerdo.*

KLEINMAN: *¿Desde cuándo te sientes así?*

MANÍACO: *Desde siempre que yo recuerde.*

KLEINMAN: *¿No te pueden ayudar?*

MANÍACO: *¿Quiénes?*

KLEINMAN: *Hay médicos… clínicas…*

MANÍACO: *¿Crees tú que los médicos saben algo? Me han visitado muchos médicos. Me han hecho pruebas de sangre, rayos X. No descubrieron mi locura. Eso no sale en la pantalla de rayos X.*

KLEINMAN: *¿Y la psiquiatría? ¿Médicos mentales?*

MANÍACO: *Les engañé a todos.*

KLEINMAN: *¿Huh?*

MANÍACO: *Me comporté como una persona normal. Me enseñaron manchas de tinta… Me preguntaron si me gustaban las chicas. Respondí que claro.*
KLEINMAN: *Esto es terrible.*
MANÍACO: *¿Cuál es tu última voluntad?*
KLEINMAN: *¡No hablas en serio!*
MANÍACO: *¿No quieres escuchar mi risa demente?*
KLEINMAN: *No. ¿Es que no puedes razonar?* (El MANIACO abre dramáticamente una navaja.) *Si matarme no te proporciona ninguna emoción, ¿para qué hacerlo? No es lógico. Deberías de emplear tu tiempo en forma más constructiva… Prueba el golf… ¡conviértete en un loco del golf!*
MANÍACO: *¡Adiós, Kleinman!*
KLEINMAN: *¡Socorro, ¡Socorro! ¡Que me matan!* (Es apuñalado. El MANÍACO sale corriendo.) *¡Ohhh! ¡Ohhh!* (Se forma un pequeño grupo de gente. Oímos: «Se está muriendo. Kleinman se está muriendo… se está muriendo…»)
JOHN: *Kleinman… ¿cómo era el asesino?*
KLEINMAN: *Como yo.*
JOHN: *¿Qué quiere decir, como yo?*
KLEINMAN: *Se parecía a mí.*
JOHN: *Pero Jensen dijo que se parecía a Jensen… alto y rubio. De aire sueco.*
KLEINMAN: *Oooh… ¿Me vas a hacer caso a mí o a Jensen?*
JOHN: *Está bien, no te enfades…*
KLEINMAN: *Bueno, entonces no hables con tanta suficiencia… Se parecía a mí…*
JOHN: *A menos que sea un maestro del disfraz…*

KLEINMAN: *Bueno, seguro que es un maestro de algo, así que será mejor, chicos, que toméis la iniciativa.*

JOHN: *Traedle un poco de agua.*

KLEINMAN: *¿Para qué quiero yo agua?*

JOHN: *Pensé que tendrías sed.*

KLEINMAN: *Morirse no da sed. A menos que te apuñalen después de haber comido arenques.*

JOHN: *¿Tienes miedo de morir?*

KLEINMAN: *No es que tenga miedo de morir, es que no quiero estar aquí cuando ocurra.*

JOHN (Musitando): *Más pronto o más tarde acabará con todos nosotros.*

KLEINMAN (Delirando). *Colaborad… Dios es el único enemigo.*

JOHN: *Pobre Kleinman. Está delirando.*

KLEINMAN: *Oh… oh… ugggnunmíff.*

(Muere.)

JOHN: *Vámonos, tenemos que preparar un plan mejor.* (Empiezan a salir.)

JOHN (Incorporándose una pizca.): *Y otra cosa. Si existe una vida después de la muerte y acabamos todos en el mismo sitio… no me llaméis, yo os llamaré.*

(Expira.)

HOMBRE (Entra corriendo): *¡Acaban de ver al asesino en la vía del tren! ¡Venid corriendo!*

(Todos salen en su persecución y SE APAGAN LAS LUCES.)

Los ensayos de juventud

Ofrecemos algunos de los ensayos de juventud de Woody Allen. No existen ensayos de madurez, porque se le agotaron las ideas. Tal vez al envejecer Allen comprenda mejor la vida y se decida a recoger sus experiencias por escrito, para luego retirarse a su dormitorio y permanecer allí indefinidamente. Al igual que los ensayos dle Bacon, los de Allen son breves y están llenos de pragmática sabiduría, aunque razones de espacio impiden incluir aquí su más profunda manifestación, «Mirando el lado bueno de las cosas».

SOBRE LA IMAGEN DE UN ÁRBOL EN VERANO

De todas las maravillas de la naturaleza, un árbol en verano es quizá la más notable, con la posible excepción de un alce con botines que cante «Abril en París». Considerad las hojas, tan verdes y frondosas (si no lo son, es que algo anda mal). Ved cómo las ramas se yerguen hacia el cielo como si dijeran: «Aunque no soy más que una rama, me gustaría cobrar Seguridad Social». ¡Y las especies! ¿Es ese árbol un abeto o un chopo? ¿O una sequoia gigante? No, no, temo que es un olmo majestuoso y que una vez más has hecho el asno. Naturalmente, reconocerías todos los árboles en un momento si fueses una criatura de la naturaleza como el pájaro carpintero, pero entonces sería demasiado tarde y no conseguirías poner en marcha el coche.

Pero ¿por qué un árbol resulta mucho más deleitable que, digamos, un riachuelo murmurador? ¿O cualquier cosa que murmure, en cuanto tal? Porque su magnífica existencia es testimonio mudo de una inteligencia infinitamente mayor que ninguna otra cosa de la tierra, ciertamente en la actual Administración. Como el poeta dice «Sólo Dios puede crear un árbol»… probablemente porque se hace muy cuesta arriba imaginar como se le podría poner la corteza.

En cierta ocasión un leñador se disponía a cortar un árbol, cuando descubrió un corazón grabado en la corteza, con dos nombres en el interior. Tirando el hacha, aserró el tronco en cambio. El quid de esta historia se me escapa, aun que seis meses más tarde el leñador fue multado por enseñarle la numeración romana a un liliputiense.

SOBRE LA JUVENTUD Y LA VEJEZ

La medida auténtica de la madurez no reside en la edad de una persona, sino en cómo reacciona a la primavera en la zona media de sus calzoncillos. ¿Qué importancia tienen los años, sobre todo si tu apartamento es de renta limitada? Lo que hay que tener presente es que cada época de la vida ofrece sus propias satisfacciones, mientras que si estás muerto es difícil encontrar el interruptor de la luz. El problema principal que plantea la muerte, inherentemente, es el temor de que pueda no haber otra vida… un pensamiento deprimente, en particular para aquellos que se han molestado en afeitarse. Asimismo, puede darse el temor de que exista otra vida, pero que nadie sepa dónde se ha metido. En el aspecto positivo, la muerte es una de las pocas cosas que pueden efectuarse estando cómodamente tumbado.

Consideremos, pues: ¿es realmente tan terrible la ancianidad? ¡No, si te has cepillado los dientes con energía! ¿Y por qué no hay tope en el furioso asalto de los años? ¿O un buen hotel por el centro de Indianápolis? Oh, vamos.

En resumen, lo mejor que se puede hacer es comportarse de modo acorde con la propia edad. Si tienes dieciséis años o menos, procura no

quedarte calvo. En el extremo opuesto, si pasas de los ochenta, no hay nada tan bueno para mantenerse en forma como bajar la calle arrastrando los pies con una bolsa de papel marrón y murmurar «El Kaiser me robará el string». Recordadlo, todo es relativo… o debiera serlo. Si no lo es, tendremos que empezar de nuevo.

SOBRE LA FRUGALIDAD

Mientras uno pasa por la vida, es extremadamente importante conservar el capital, y no se debe gastar el dinero en simplezas, como licor de pera o un sombrero de oro macizo. El dinero no lo es todo, pero es mejor que la salud. A fin de cuentas, no se puede ir a la carnicería y decirle al carnicero: «Mira qué moreno estoy, y además no me resfrío nunca», y suponer que va a regalarte su mercancía. (A menos, naturalmente, que el carnicero sea un idiota.) El dinero es mejor que la pobreza, aunque sólo sea por razones financieras. No es que con él se pueda comprar la felicidad. Tomad el caso de la hormiga y la cigarra: la cigarra se divirtió todo el verano, mientras la hormiga trabajaba y ahorraba. Cuando llegó el invierno, la cigarra no tenía nada, pero la hormiga se quejaba de dolores en el pecho. La vida es dura para los insectos. Y no creáis que los ratones se lo pasan muy bien tampoco. La cuestión es que todos necesitamos un nido en el que refugiamos, pero no mientras se lleve un traje bueno.

Para terminar, tengamos presente que es más fácil gastar dos dólares que ahorrar uno. Y por el amor de Dios no invirtáis dinero con ninguna agencia de bolsa en la que uno de los socios se llame Casanova.

SOBRE EL AMOR

¿Es mejor ser el amante que el amado? Ninguna de las dos cosas, si tu índice de colesterol sobrepasa de 6(K). Por amor, naturalmente, entiendo el amor romántico… el amor entre el hombre y la mujer, antes que el que existe entre madre e hijo, o entre un niño y su perro, o entre dos jefes de personal.

Lo asombroso es que cuando uno está enamorado experimente un impulso de cantar. Hay que resistirlo a toda costa, y debe procurarse también que el macho ardiente no «recite» las letras de las canciones. Ser amado, ciertamente, es distinto de ser admirado, como se puede admirar a uno de lejos, pero para amar realmente a alguien resulta esencial estar en la misma habitación con la persona, abrazándose debajo de las sábanas.

Para ser un amante realmente bueno, por lo tanto, uno tiene que ser fuerte y, sin embargo, suave. ¿Fuerte hasta qué punto? Supongo que con ser capaz de levantar veinte kilos basta. Téngase presente también que para el amante la amada es siempre el más bello objeto imaginable, si bien para un extraño resultará indistinguible de cualquier variedad de salmónidos. La belleza está en el ojo del observador. En el caso de que el observador sea corto de vista, deberá preguntar a la persona más cercana qué chicas son bien parecidas. (De hecho, las más lindas resultan casi siempre las más aburridas, y ese es el porqué de que ciertas personas no crean en Kos.)

«Las alegrías del amor sólo un instante duran». cantó el trovador, «pero las penas del amor siempre perduran». Esta fue casi una canción del verano, pero la melodía se parece demasiado a la de «Yankee Doodle Dandy».

SORBE RETOZAR POR LOS ARBUSTOS Y RECOGER VIOLETAS

Eso no tiene nada de divertido y recomendaría cualquier otro tipo de actividad. Procura visitar a un amigo enfermo. En el caso de que sea imposible, vé un espectáculo o métete en una bañera caliente para leer. Cualquier cosa es mejor que retozar por los arbustos con una de esas sonrisas estúpidas y metiendo flores en una cesta. Cuando te quieras dar cuenta, estarás dando brincos de un lado para otro. ¿Y en cualquier caso ¿qué vas a hacer con las violetas una vez recogidas? «Bueno, ponerlas en un florero», me dirás. Vaya una respuesta tonta. En lo sucesivo llamas a la florista y las encargas por teléfono. Que retoce ella por los arbustos, para eso se le paga. De este modo, si estalla una tormenta eléctrica o rueda por el suelo un panal de abejas, será la florista la que sea arrastrada al monte Sinaí.

De lo anterior no deduzcas, consecuentemente, que soy insensible a los goces de la naturaleza, aunque he llegado a la conclusión de que como puro esparcimiento no hay nada como pasar cuarenta y ocho horas en la Ciudad de Gomaespuma Foam a mitad de agosto. Pero esto ya es otra historia.

Una guía breve, pero útil, de la desobediencia cívica

Al perpetrar una revolución, hay que satisfacer dos requisitos: que haya alguien o algo contra qué rebelarse, y que alguien salga a la calle de facto y lleve a cabo la rebelión. La indumentaria acostumbra a ser informal y ambas partes pueden acomodarse en lo que se refiere a hora y lugar, pero si una de las facciones no se presenta, es probable que la empresa entera fracase. En la revolución china de 1650 ninguno de los bandos compareció y perdieron el depósito.

Las personas o partidos contra los que se efectúa la rebelión se denominan los «opresores» y se les puede reconocer fácilmente en cuanto parecen ser los únicos que se lo pasan bien. Los «opresores», por lo general, llevan traje, poseen terrenos, y tienen la radio puesta hasta altas horas de la noche sin que nadie se lo vitupere a gritos. Su ocupación consiste en mantener el status quo, una circunstancia en la que todo permanece igual, aunque puede darse el caso de que quieran pintar cada dos años.

Cuando los «opresores» se vuelven demasiado estrictos, tenemos lo que se llama un estado policíaco, que prohíbe toda señal de disentimiento, tal como reír entre dientes, presentarse con corbata de lazo, o llamadle «chato» al alcalde. Las libertades civiles se ven restringidas grandemente en un estado policíaco, y la libre expresión es desconocida, aunque puede estar permitido hacer muecas en último extremo. Las opiniones críticas del gobierno tampoco son toleradas, especialmente las referidas a cómo bailan

sus miembros. La libertad de prensa se ve también coartada y el partido en el poder «dirige» las noticias, permitiendo a los ciudadanos escuchar únicamente ideas políticas aceptables y tanteos de béisbol que no provoquen desasosiego.

Los grupos que se rebelan se conocen como los «oprimidos» y se les suele ver en grupos dando vueltas y refunfuñando o pretendiendo que tienen dolor de cabeza. (Hay que señalar que los opresores jamás intentan rebelarse ni convertirse en oprimidos, en cuanto les traería consigo un cambio de ropa interior.)

Algunos ejemplos famosos de revoluciones son:

La Revolución Francesa, en la que los campesinos asumieron el poder por la fuerza y cambiaron con presteza todas las cerraduras de las puertas de Palacio, a fin de que los nobles no pudiesen volver a entrar. Luego organizaron una fiesta y se dieron el gran banquete. Cuando finalmente los nobles reconquistaron el palacio, se les obligó a limpiarlo todo y se descubrieron numerosas manchas y quemaduras de cigarrillo.

La Revolución Rusa que se incubó durante años y estalló de pronto al comprender los siervos por fin que el Czar y el Tsar eran la misma persona.

Debe señalarse que, cuando concluye una revolución, los «oprimidos» con frecuencia asumen el poder y comienzan a actuar igual que los «opresores». Por supuesto, a partir de entonces es muy difícil conseguir que se pongan al teléfono y el dinero prestado para cigarrillos y chicle durante la lucha puede también darse por perdido.

Métodos de Desobediencia Cívica:

Huelga de Hambre. En ella los oprimidos renuncian al alimento mientras no sean satisfechas sus exigencias. Los políticos solapados acostumbran a ponerles bizcochos al alcance de la mano o tal vez queso de

cabra, pero hay que resistir. Si el partido en el poder consigue que el huelguista coma, por lo general le cuesta poco trabajo sofocar la insurrección. Si consigue que coma y además que pague la cuenta, ha triunfado en toda la línea. En el Pakistán, se dominó una huelga de hambre cuando el gobierno presentó una ternera cordón bleu excepcionalmente sabrosa que las masas hallaron demasiado atrayente como para rehusarla, pero tales platos de gourmet son raros.

El problema que plantea la huelga de hambre es que al cabo de unos cuantos días se puede estar francamente hambriento, sobre todo cuando camiones con altavoces han sido pagados para desfilar por la calle anunciando, «Um… qué pollo tan bueno… ummm… y los guisantes… ummm…».

Una variante de la huelga de hambre para aquellos cuyas convicciones políticas no sean tan radicales, es dejar de comer cebollinos. Este gesto insignificante, si se lleva a cabo como es debido, puede influir grandemente en un gobierno, y es de todos sabido que la insistencia del Mahatma Gandhi en comerse la ensalada sin aliñar obligó al gobierno británico a numerosas concesiones. Otras cosas que se pueden dejar además de la comida son: el whist, sonreír y apoyarse sobre un solo pie imitando a la cigüeña.

Sentada. Se efectúa el traslado al lugar previsto y se procede a sentarse, pero hay que estar sentado todo el tiempo. De otro modo, como se estaría es en cuclillas, una postura que carece de significado político a menos que el gobierno se halle en cuclillas también. (Esto no es frecuente, aunque un gobierno ocasionalmente se acuclillará si hace frío.) El quid está en permanecer sentado hasta lograr las concesiones, pero, al igual que en el caso de la huelga de hambre, el gobierno puede apelar a medios sutiles para hacer que el huelguista se levante. Se le puede decir: «Bueno, todo el mundo fuera, vamos a cerrar». O bien: «¿Le importaría levantarse un momento? Nos gustaría conocer su estatura.»

Manifestaciones y marchas. El aspecto clave de una manifestación es que tiene que ser visible. De allí el término «manifestación». Si una persona se manifiesta con carácter privado en su domicilio, no constituye técnicamente una manifestación sino meramente «una acción estúpida» o «comportarse como un asno».

Un ejemplo típico de manifestación fue la Fiesta del Té de Boston, en el que americanos ultrajados, disfrazados de indios, tiraron al puerto té inglés. Más tarde indios disfrazados de americanos ultrajados tiraron ingleses auténticos al puerto. A continuación, ingleses disfrazados de té se tiraron al puerto entre sí. Finalmente, mercenarios alemanes ataviados únicamente con vestuario de «Las Troyanas» saltaron al puerto sin razón aparente.

Al manifestarse, resulta útil llevar una pancarta que exponga la propia postura. Algunas de las posturas sugeridas son: 1) bajar los impuestos, 2) subir los impuestos, y 3) no sonreír más a los persas.

Otros métodos de Desobediencia Cívica:

Plantarse delante del ayuntamiento y salmodiar la palabra «pudding» hasta que las reivindicaciones sean satisfechas.

Taponar el tráfico introduciendo un rebaño de ovejas en la zona comercial.

Telefonear a miembros del establishment para cantarles: «Bess, tú eres ahora mi único amor».

Vestirse de policía y luego ponerse a saltar a la comba.

Fingirse una alcachofa y pellizcar a la gente cuando pase.

Duelo de ingenio con el inspector Ford

EL CASO DEL HOMBRE DE MUNDO ASESINADO

El inspector Ford irrumpió en el estudio. Caído en el suelo se hallaba el cuerpo de Clifford Wheel, que aparentemente había sido golpeado por la espalda con un mazo de croquet. La posición del cuerpo indicaba que la víctima había sido sorprendida mientras le cantaba «Sorrento» a su pez de colores. Las pruebas indicaban que se había producido una terrible lucha, dos veces interrumpida por llamadas telefónicas, una que fue una equivocación y otra que ofrecía a la víctima lecciones de baile.

Antes de morir, Wheel había mojado un dedo en el tintero para garrapatear un mensaje: «¡Drásticas Rebajas de Otoño! ¡Que Nadie Deje de Aprovecharlas!» —Un hombre de negocios hasta el fin —murmuró Ivés, su criado, cuyos zapatos de exagerados tacones, detalle curioso, le hacían cinco centímetros más bajo.

La puerta que daba a la terraza estaba abierta y unas huellas partían de allí para luego bajar al vestíbulo y desparecer en un cajón.

—¿Dónde se hallaba usted cuando ocurrió, Ivés?

—En la cocina. Fregando los platos —respondió Ivés, sacando de la cartera un poco de espuma para corroborar su declaración.

—¿Oyó usted algo?

—El señor estaba en el estudio con unos cuantos hombres. Discutían acerca de quién era el más alto. Me pareció oír que el señor Wheel se ponía

a cantar una canción tirolesa, mientras el señor Mosley, su socio, gritaba: «¡Dios mío, me estoy quedando calvo!». Después sólo sé que sonó un glissando de arpa y la cabeza del señor Wheel cayó rodando al césped. Oí que el señor Mosley le amenazaba. Decía que si el señor Wheel le tocaba su pomelo otra vez, no le garantizaría un crédito bancario. Creo que él le mató.

—¿La puerta de la terraza se abre desde dentro o desde fuera? —preguntó a Ivés el inspector Ford.

—Desde fuera. ¿Por qué?

—Justamente tal como sospechaba. Porque ahora sé que fue usted, y no Mosley, quien mató a Clifford Wheel.

¿Cómo lo descubrió el inspector Ford?

Según la disposición de la casa, Ivés no pudo haberse deslizado por detrás de su señor. Habría tenido que deslizarse por delante de él, momento en el que el señor Wheel hubiera dejado de cantar «Sorrento» para descargar el mazo sobre Ivés, un ritual observado por ambos en numerosas ocasiones.

UN ENIGMA SINGULAR

Aparentemente, Walker se había suicidado. Una dosis excesiva de somnífero. Sin embargo, algo no encajaba para el inspector Ford. Tal vez era la posición del cuerpo. Se hallaba metido dentro del televisor, asomado a la pantalla. En el suelo había una enigmática nota del suicida: «Querida Edna: me pica el traje de lana, así que he decidido quitarme la vida. Procura que nuestro hijo complete su corrupción. Te lego toda mi fortuna, con la excepción del solideo que, por la presente, lego al planetarium. Por favor no llores por mí, pues me alegro de estar muerto y lo prefiero con mucho a pagar el alquiler. Adiós, Henry. P. S. Tal vez no sea el momento oportuno de tocar el tema, pero tengo todos los motivos para creer que tu hermano está saliendo con una gallina de Cornualles»

Edna Walker se mordió nerviosamente el labio inferior.

—¿Qué conclusión saca usted, inspector?

El inspector Ford consideró el frasco de somníferos que había en la mesita de noche.

—¿Desde cuándo padecía su marido de insomnio?

—Desde hacía años. Era psicólogo. Tenía miedo de que, si cerraba los ojos, el ayuntamiento le pintase el cuerpo con una raya blanca.

—Ya comprendo. ¿Tenía enemigos?

—En realidad no. Exceptuando unos zíngaros que regentaban un salón de té en las afueras de la ciudad. Mi marido les insultó una vez poniéndose orejeras y saltando a la pata coja ante el establecimiento en su día de sabbath.

El inspector Ford advirtió un vaso de leche medio vacío sobre la mesa del despacho. Estaba caliente todavía

—Señora Walker, ¿está su hijo ahora en la universidad?

—Me temo que no. Le expulsaron la semana pasada por conducta inmoral. Fue una sorpresa para nosotros. Le descubrieron tratando de sumergir a un enano en salsa tártara. Estas cosas no se toleran en una institución cristiana.

—Y una cosa que no tolero yo es el crimen. Su hijo queda detenido.

¿Cómo descubrió el inspector Ford que el hijo de Walker era el asesino?

El cadáver del señor Walker llevaba dinero en efectivo en los bolsillos. Un hombre que va a suicidarse se aseguraría de llevarse la tarjeta de crédito para firmar las facturas, y no se preocuparía de nada más.

LA GEMA ROBADA

La vitrina de cristal estaba rota y el Zafiro Bellini había desaparecido. Las únicas pistas halladas en el museo eran un cabello rubio y una docena de huellas digitales, todas pequeñas. El guarda explicó que estaba de vigilancia cuando una figura vestida de negro le atacó por detrás y le golpeó en la cabeza con unas notas para una charla. Un momento antes de perder el conocimiento, le pareció oír cómo una voz masculina decía: «Jerry, llama a tu madre», pero no estaba seguro. En apariencia, el ladrón había entrado por la claraboya y había bajado por la pared con botas de succión, como una

mosca humana. El personal del museo disponía en permanencia de un enorme matamoscas para tales eventualidades, pero esta vez les habían dado un chasco.

—¿Para qué querrá alguien el Zafiro Bellini? —preguntó el conservador del museo—. ¿No se habrá enterado de que está maldito?

—¿Ha dicho usted algo de una maldición? —saltó rápido el inspector Ford.

—El zafiro primitivamente fue propiedad de un sultán que falleció en misteriosas circunstancias, cuando una mano brotó de un bol de sopa que estaba comiendo y le estranguló. El propietario siguiente fue un lord inglés al que su esposa encontró un día plantado cabeza abajo en una maceta. No se supo nada de la joya por algún tiempo; luego, años más tarde, apareció en posesión de un millonario de Texas, que se cepillaba los dientes cuando de pronto se incendió. No compramos el zafiro hasta el mes pasado, pero la maldición parece continuar todavía, porque, poco después de obtenerlo, el patronato en peso del museo se puso en fila india y bailando la conga se precipitó por un acantilado.

—Bien —exclamó el inspector Ford—. la joya tal vez traiga desgracia, pero es de mucho valor, y si quieren recuperarla, vayan a la charcutería Handleman y detengan a Leonard Handleman. Hallarán el zafiro en su bolsillo.

¿Cómo descubrió el inspector Ford quién había robado la joya?

El día anterior, Leonard Handleman había comentado: «Chico, si pudiera echarle mano a un zafiro así de grande, podría dejar la charcutería.»

EL ACCIDENTE MACABRO

—Acabo de matar a mi marido —sollozó Cynthia Freem junto al cuerpo del hombre fornido que yacía en la nieve.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó el inspector Ford, sin andarse por las ramas.

—Estábamos cazando. A Quincy le gustaba cazar, igual que a mí. Nos separamos momentáneamente. Vi moverse los arbustos. Creo que imaginé

que se trataba de una marmota. Disparé. Era demasiado tarde. Al quitarle el pellejo, comprendí que estábamos casados.

—Hmmm —murmuró el inspector Ford, observando las pisadas en la nieve—. Debe de ser usted muy buena tiradora. Le acertó justo entre las cejas.

—Oh, no, tuve suerte. Realmente soy una aficionada en este tipo de cosas.

—Ya veo.

El inspector Ford examinó lo que llevaba el muerto. En el bolsillo llevaba un string, así como una manzana de 1904 e instrucciones sobre lo que ha de hacerse en caso de despertar al lado de un armenio.

—Señora Freem, ¿ha sido éste el primer accidente de caza de su marido?

—El primero fatal, sí. Aunque una vez, en las Montañas Rocosas del Canadá, un águila se le llevó el certificado de nacimiento.

—¿Su marido llevaba siempre bisoñé?

—No realmente. Solía llevarlo encima y lo sacaba si le contradecían en una discusión. ¿Por qué?

—Parece un tipo excéntrico.

—Lo era.

—¿Es por eso que usted le asesinó?

¿Cómo descubrió el inspector Ford que no había sido un accidente?

Un cazador de experiencia como Quincy Freem jamás hubiera salido a cazar ciervos en ropa interior. En realidad la señora Freem le había apaleado hasta matarle cuando estaba jugando a hacer manitas, e intentó luego simular un accidente de caza arrastrando un cuerpo hasta el bosque y dejando junto a él un ejemplar de «Caza y Fauna». Con las prisas, se olvidó de vestirle. El porqué el difunto estaba jugando a hacer manitas en ropa interior permanece en el misterio.

EL SECUESTRO EXTRAVAGANTE

Medio muerto de inanición, Kermit Kroll entró tambaleándose en el salón de la casa de sus padres, quienes le esperaban ansiosos en compañía del inspector Ford.

—Gracias por pagar el rescate, familia —exclamó Kermit—. Nunca creí salir vivo de allí.

—Cuénteme lo que pasó —dijo el inspector Ford.

—Iba hacia el centro para que me ahormasen el sombrero cuando se paró un sedán y dos hombres me preguntaron si.quería ver a un caballo que sabía recitar la Declaración de Gettysburg. Contesté que bueno y subí. Luego ya no sé más excepto que me dieron cloroformo y que me desperté atado a una silla y con los ojos vendados.

El inspector Ford examinó la nota de rescate: «Queridos mamá y papá: Dejad 50.000 dólares en una bolsa debajo del puente de Decatur Street. Si no hay puente en Decatur Street, por favor construid uno. Me tratan bien, tengo alojamiento y buena comida, aunque ayer por la noche las almejas de lata estaban demasiado cocidas. Enviad el dinero rápidamente, porque si no se sabe de vosotros dentro de varios días, el hombre que ahora me hace la cama me estrangulará. Os quiere, Kermit. P. S. Esto no es una broma. Adjunto una broma para que podáis apreciar la diferencia.»

—¿Se le ocurre alguna idea acerca de dónde le tenían encerrado?

—No. Oía sólo un ruido extraño fuera de la ventana.

—¿Extraño?

—Sí. ¿Conoce el ruido que hace el arenque cuando se le cuenta una mentira?

—Hmmm —murmuró el inspector Ford—. ¿Y cómo consiguió escapar por fin?

—Les dije que quería ir al béisbol, pero que tenía sólo una entrada. Me dijeron que bueno, con la condición de que llevase la venda puesta y prometiera volver a casa antes de medianoche. Así lo hice, pero al tercer cuarto de hora los Gigantes llevaban mucha ventaja, así que me fui y me vine para acá.

—Muy interesante —exclamó el inspector Ford—. Ahora sé que este secuestro ha sido fingido. Creo que lo ha preparado usted para repartirse el

dinero.

¿Cómo lo descubrió el inspector Ford?

Aunque Kermit Kroll vivía aún con sus padres, éstos contaban ochenta años y él sesenta. Unos secuestradores de verdad jamás raptarían a un niño de sesenta años, ya que no tiene sentido.

El genio irlandés

Viscoso e Hijos anuncia la próxima publicación de *Los poemas anotados* de Sean O'Shawn, el gran poeta irlandés, considerado por muchos estudiosos como el más incomprensible y por tanto el más sutil de su tiempo. Por abundar el poeta en referencias muy personales, todo intento de aproximación a la obra de O'Shawn requiere un conocimiento íntimo de su vida, que, según los especialistas, ni él mismo tuvo.

Les ofrecemos un fragmento de este excelente libro.

Más allá del Icor
Zarpemos. Zarpemos con el
Mentón de Fogarty hacia Alejandría,
Mientras los hermanos Beamish
Se precipitan con risotadas a la torre,
Orgullosamente exhibiendo las encías.
Un millar de años ha pasado desde que
Agamenón exclamase: «No abráis
Las puertas, quién demonios necesita
Un caballo de madera tan grande?»
¿Dónde está la relación? Sólo en
Que Shaunnesy, con su apestoso
Aliento, no quiso pedir un

Aperitivo con el menú aunque
Tenía derecho a hacerlo.
Y el bueno de Bixby, a pesar de su
Semejanza con un pájaro carpintero,
no consiguió que sin el ticket
Le devolviera Sócrates su ropa interior.
Parnell sabía la respuesta, pero
Nadie le formularía la pregunta.
Nadie, excepto el viejo Lafferty, cuya
Broma de lapislázuli indujo a
Toda una generación a tomar
Lecciones de samba.
Cierto, Homero era ciego y eso
Justifica por qué salía con aquellas
Extrañas mujeres.
Pero Egno y los Druidas proporcionan
Mudo testimonio a la busca por el hombre
De libres modificaciones.
Blake también soñó con eso, y
O'Higgins, a quien el traje
Robaron en lo más arduo de su empeño.
La civilización tiene forma de
Círculo y se repite a sí misma, mientras que
La cima del O'Leary tiene forma de
Trapezoide.
¡Regocijaos! ¡Regocijaos! Y llamad a vuestra
Madre de vez en cuando.

Zarpemos. O'Shawn era muy aficionado a navegar, aunque nunca lo había hecho por mar. De niño soñaba con ser capitán de barco, pero renunció más tarde, cuando le explicaron lo que eran los tiburones. Su

hermano mayor James, sin embargo, se enroló en la Marina Inglesa, pero fue degradado por venderle ensalada de coles a un contramaestre.

Mentón de Fogarty. Indudablemente una referencia a George Fogarty, quien convenció a O'Shawn de que se hiciera poeta y le aseguró de que a pesar de ello le invitarían a fiestas. Fogarty publicó una revista para dar a conocer nuevos poetas que, si bien su circulación se limitaba a su madre, tuvo un impacto internacional.

Fogarty era un irlandés rubicundo y jovial cuya idea de la diversión consistía en tumbarse en la plaza pública para imitar a unas tenacillas. Finalmente, sufrió un colapso nervioso y fue detenido por comerse un par de pantalones en Viernes Santo.

El mentón de Fogarty era objeto de grandes burlas porque era diminuto hasta el punto de la inexistencia, y en el velatorio de Jim Kelly le confió a O'Shawn: «Daría cualquier cosa por un mentón más grande, y si no lo encuentro pronto acabaré por cometer alguna temeridad». Fogarty, dicho sea de paso, fue amigo de Bemard Shaw y en una ocasión le fue permitido tocarle la barba al comediógrafo, con tal de que se marchase.

Alejandría. Las referencias al Oriente Medio aparecen en la obra entera de O'Shawn, y su poema que empieza «Hacia Belén entre la espuma de cerveza…» versa cáusticamente sobre el negocio de hostelería visto a través de los ojos de una momia.

Los hermanos Beamish. Dos hermanos subnormales que intentaron ir de Belfast a Escocia echándose mutuamente al correo.

Liam Beamish fue al colegio de los jesuitas con O'Shawn, pero le expulsaron por vestirse de castor. Quincy Beamish era el más introvertido de los dos y llevó un cojín en la cabeza hasta los cuarenta y un años.

Los hermanos Beamish solían tomarla con O'Shawn y por lo general se le comían el bocadillo antes de que pudiese hacer nada. Aun así, O'Shawn les recuerda con afecto, y en su mejor soneto, *«Mi amor es como un yak grande, muy grande»*, aparecen simbólicamente en forma de mesas de té.

La torre. Al abandonar O'Shawn la casa de sus padres, se instaló en una torre al sur de Dublín. Era una torre muy baja, de un metro y medio de altura, es decir, un par de centímetros más baja que O'Shawn. Compartía

esta vivienda con Harry O'Connel, un amigo con pretensiones literarias, cuyo drama en verso *Almizcle de buey* fue retirado bruscamente de cartel al envenenarse con cloroformo la compañía.

O'Connel ejerció una gran influencia en el estilo de O'Shawn y fundamentalmente le convenció de que no era preciso que todos los poemas empezasen: *«Rojas son las rosas, azules son las violetas.»*

Orgullosamente exhibiendo las encías. Los hermanos Beamish tenían unas encías excepcionalmente buenas. Liam Beamish podía quitarse la dentadura postiza y masticar pistachos, lo que hizo a diario durante dieciséis años hasta que alguien le explicó que no existía tal profesión.

Agamenón. O'Shawn estaba obsesionado por la guerra de Troya. Le era imposible creer que un ejército pudiese ser tan estúpido como para aceptar un regalo de sus enemigos en tiempo de guerra. Sobre todo cuando se acercaron al caballo de madera y oyeron risitas ahogadas en su interior. Este episodio le traumatizó según parece y a lo largo de su vida no hubo regalo que no examinase muy cuidadosamente, llegando hasta el punto de enfocar con una linterna unos zapatos que le regalaron por su cumpleaños gritando: «¿Hay alguien ahí? ¿Eh? ¡Salga inmediatamente!».

Shaunnesy. Michael Shaunnesy, un escritor místico y ocultista, que convenció a O'Shawn de que habría otra vida después de la muerte para aquellos que llevasen el string más pequeño.

Shaunnesy creía también que la luna influía en las acciones y que cortarse el cabello durante un eclipse total provocaba la esterilidad. O'Shawn apreciaba mucho a Shaunnesy y dedicó buena parte de su vida a estudiar el ocultismo, aunque nunca llevó a cabo su meta definitiva de conseguir entrar en una habitación por el ojo de la cerradura.

La luna aparece con enorme frecuencia en los últimos poemas de O'Shawn, quíen le contó a James Joyce que uno de sus placeres mayores era sumergir el brazo en mostaza durante una noche de luna

La alusión a la negativa de Shaunnesy a tomar un aperitivo se refiere probablemente a la ocasión en que los dos hombres cenaron juntos en Innisfree y Shaunnesy le tiró garbanzos con una paja a una dama obesa que se hallaba en desacuerdo con sus puntos de vista sobre el embalsamiento.

Bixby. Eamon Bixby. Un fanático político que preconizó la ventriloquia como remedio para los males del mundo. Fue un gran estudioso de Sócrates, pero disentía del filósofo griego en su concepto de la «buena vida», el cual consideraba Bixby imposible a menos que todo el mundo tuviera el mismo peso.

Parnell sabía la respuesta. La respuesta a que O'Shawn se refiere es «Latón» y la pregunta es «¿Cuál es la exportación principal de Bolivia?». Que nadie formulase a Pamell esta pregunta es comprensible, si bien en cierta ocasión se le desafió a que nombrase el mayor cuadrúpedo peludo existente y contestó «el pollo», por lo cual fue objeto de severas críticas.

Lafferty. El pedicuro de John Millington Synge. Un personaje fascinante que tuvo una apasionada aventura con Molly Bloom mientras no descubrió que era un personaje ficticio.

A Lafferty le entusiasmaban las bromas y una vez, con crema de maíz y huevo, le aplanó a Synge el arco de los pies. De resultas Synge empezó a caminar de una manera peculiar, y sus seguidores le imitaron, confiados de que, si copiaban sus andares, también ellos escribirían comedias de valor. De ahí los versos: *«indujo a/ Toda una generación a tomar/ Lecciones de samba»*.

Homero era ciego. Homero es un símbolo de T. S. Eliot, a quien O'Shawn consideraba un poeta de «inmensa extensión, pero muy escasa envergadura».

Los dos hombres se conocieron en Londres en los ensayos de *Asesinato en la catedral* (que se titulaba entonces *Las piernas de un millón de dólares*). O'Shawn persuadió a Eliot de que se quitara las patillas y que olvidase toda veleidad que pudiese abrigar de convertirse en bailarina española. Ambos compusieron luego un manifiesto para declarar los fines de la «nueva poesía», uno de los cuales consistía en escribir menos poemas que versaran sobre conejos.

Egno y los Druidas. O'Shawn estaba influido por la mitología céltica, y su poema que comienza *«No vistáis al desnudo, al desnudo, al desnudo…»*, cuenta cómo los dioses de la antigua Irlanda convirtieron a dos amantes en una colección de la Encyclopaedia Britannica.

Libres modificaciones. Probablemente alude al deseo de O'Shawn de «modificar la raza humana», que consideraba fundamentalmente depravada, en especial los jockeys. O'Shawn fue ante todo un pesimista, y opinaba que nada bueno saldría de la humanidad hasta que la temperatura del cuerpo descendiese a partir de los 37º C, exorbitante en su opinión.

Blake. O'Shawn era un místico y, al igual que Blake, creía en las fuerzas invisibles. Esta creencia se arraigó en él cuando su hermano Ben fue fulminado por un rayo mientras lamía un sello de correos. El rayo no consiguió matar a Ben, lo que atribuyó O'Shawn a la Providencia, pero transcurrieron diecisiete años antes de que su hermano pudiera meter de nuevo la lengua dentro de la boca.

O'Higgins. Patrick O'Higgins fue quien le presentó a O'Shawn a Polly Flaherty, quien se convertiría en esposa del poeta tras un noviazgo de diez años, durante el cual no hicieron los dos otra cosa que verse a escondidas y jadear mutuamente. Polly jamás comprendió el alcance del genio de su marido y confió a los íntimos su opinión de que sería recordado no por sus poemas sino por su hábito de emitir un penetrante alarido antes de comer manzanas.

La cima del O'Leary. El monte O'Leary, donde O'Shawn se declaró a Polly un momento antes de que ella cayese rodando. O'Shawn la visitó en el hospital y conquistó sn corazón con su poema *«Sobre la descomposición de la carne»*.

Llamad a vuestra madre. En su lecho de muerte, la madre de O'Shawn, Bridget, rogó a su hijo a que abandonase la poesía y se convirtiera en viajante de aspiradores. O'Shawn no pudo prometerle tal cosa y la angustia y el remordimiento le atormentaron el resto de su vida, aunque en la Conferencia Internacional de la Poesía, en Ginebra, les vendió a W. H. Auden y a Wallace Stevens un Hoover a cada uno.

Dios

(Una comedia)

ESCENA: Atenas. Aproximadamente el año 500 a. de C. Dos griegos meditabundos en el centro de un enorme anfiteatro vacío. Crepúsculo. Uno es el ACTOR; el otro, el A UTOR. Ambos están pensativos y desconcertados. Deberían interpretarles dos payasos buenos y vulgares.

ACTOR: *Nada… sencillamente nada…*

AUTOR: *¿Qué?*

ACTOR: *No tiene sentido. Es vacío.*

AUTOR: *El final.*

ACTOR: *Naturalmente. ¿Qué estamos discutiendo? Estamos discutiendo el final.*

AUTOR: *Siempre estamos discutiendo el final.*

ACTOR: *Porque es imposible.*

AUTOR: *Reconozco que es poco satisfactorio.*

ACTOR: *¿¡Poco satisfactorio!? Ni siquiera resulta creíble. Cuando se escribe una obra el truco está en empezar por el final. Se busca un final sólido y bueno, y luego se escribe hacia atrás.*

AUTOR: *Ya intenté eso. Me salió una obra que no tenía principio*

ACTOR: *Eso es absurdo.*

AUTOR: *¿Absurdo? ¿Qué es absurdo?*

ACTOR: *Toda obra ha de tener un principio, un centro y un final.*

AUTOR: *¿Por qué?*

ACTOR (Seguro de sí mismo.): *Porque todo en la naturaleza posee un principio, un centro y un final.*

AUTOR: *¿Y un círculo?*

ACTOR (Piensa.): *Está bien… Un círculo no tiene principio, centro, ni final… pero tampoco tiene nada de gracioso.*

AUTOR: *Diabetes, piensa un final. Estrenamos dentro de tres días.*

ACTOR: *Yo no. No voy a estrenar este rábano. Tengo una reputación como actor, unos seguidores… Mi público espera verme en algo digno de mí.*

AUTOR: *Me permito recordarte que eres un actor hambriento y sin trabajo, a quien generosamente consiento que salga en mi obra para apoyar su reaparición.*

ACTOR: *Hambriento, sí… sin trabajo, quizás… Que busca una reaparición, tal vez… pero ¿borracho?*

AUTOR: *Yo no he dicho nunca que fueras un borracho*

ACTOR: *No, pero soy también un borracho.*

AUTOR (En un golpe repentino de inspiración.): *Y si tu personaje sacase una daga de su túnica y en un arrebato frenético de frustración se desgarrara los ojos hasta quedarse ciego?*

ACTOR: *Sí, es una gran idea. ¿No has comido nada hoy?*

AUTOR: *¿Qué es lo que te parece mal?*

ACTOR: *Es deprimente. El público lo verá y…*

AUTOR: *Ya sé… hará ese sonido extraño con los labios.*

ACTOR: *Se llama silbar.*

AUTOR: *¡Por una vez que quiero ganar el concurso! Aunque sólo sea una vez, antes de que mi vida se extinga, quiero que mi obra se lleve el primer premio. Además, no es la vasija de anisado lo que me importa, es el honor.*

ACTOR (Repentinamente inspirado.): *¿Y si el rey de pronto cambiase de actitud? Esta es una idea positiva.*

AUTOR: *Nunca haría tal cosa.*

ACTOR (Tratando de convencerle.): *¿Y si la reina le convenciera?*

AUTOR: *Ni hablar. Es una zorra.*

ACTOR: *Pero si el ejército troyano se rindiera…*

AUTOR: *Ha de luchar hasta la muerte.*

ACTOR: *¿También si Agamenón se volviese atrás en su promesa?*

AUTOR: *No va con su naturaleza.*

ACTOR: *Pero yo podría levantarme de pronto y luchar.*

AUTOR: *Va en contra de tu personaje. Eres un cobarde… un esclavo insignificante y ruin con la inteligencia de un gusano. ¿Por qué crees que te he dado el papel?*

ACTOR: *¡Te acabo de ofrecer seis finales distintos!*

AUTOR: *Cada uno más torpe que el anterior.*

ACTOR: *Lo que es torpe es la obra.*

AUTOR: *Los seres humanos no actúan de esta manera. No va con su naturaleza.*

ACTOR: *¿Qué significa eso de su naturaleza? Nos hemos atascado en un final imposible.*

AUTOR: *Mientras el hombre sea un animal racional, yo no puedo, como dramaturgo, permitir que un personaje haga en la escena lo que no haría jamás en la vida real.*

ACTOR: *¿Me permites recordarte que no existimos en la vida real?*

AUTOR: *¿Qué quieres decir?*

ACTOR: *¿Te das cuenta de que somos personajes en una obra que se representa ahora mismo en algún teatro de Broadway? No te enfades conmigo, yo no la he escrito.*

AUTOR: *Somos personajes de una obra y pronto vamos a ver mi obra… que es una obra dentro de una obra. Y nos están viendo.*

ACTOR: *Sí. Resulta sumamente metafísico, ¿verdad?*

AUTOR: *¡No sólo es metafísico, es estúpido!*

ACTOR: *¿Preferirías quizá estar entre los espectadores?*

AUTOR (Mirando al público.): *Decididamente no. Mírales.*

ACTOR: *¡Entonces sigamos con lo nuestro!*

AUTOR (Murmura.): *Han pagado para entrar.*

ACTOR: *¡Hepatitis, te estoy hablando!*

AUTOR: *Ya lo sé, el problema está en el final.*

ACTOR: *Siempre está en el final.*

AUTOR (Se dirige de pronto al público.): *¿Alguno de vosotros sugiere algo?*

ACTOR: *¡Deja de hablar con el público! Ojalá no hubiese dicho nada del público.*

AUTOR: *Es extravagante, ¿no? Somos dos antiguos griegos en Atenas y estamos a punto de ver una obra que yo he escrito y que tú interpretas, y ellos han venido de Queens o algún otro lugar horrible como ese y nos están viendo en la obra de otra persona. ¿Y si no fueran más que personajes de otra obra? ¿Y alguien les estuviera viendo? ¿O si nada existiese y todos nosotros somos únicamente un sueño de alguien? ¿O, lo que sería peor, no existiese más que aquel individuo gordo de la tercera fila?*

ACTOR: *Ahí quería yo ir a parar. ¿Y si el universo no es racional y las personas no son inmutables? Entonces podríamos cambiar el final sin tener que sujetamos a conceptos establecidos. ¿Me entiendes?*

AUTOR: *Naturalmente que no. (Al público.) ¿Le entendéis vosotros? Es un actor. Come en Sardi.*

ACTOR: *Interpretar personajes no tendría normas determinadas y se podrían elegir los que se quisiera. Yo no tendría que ser el esclavo sólo porque tú lo escribiste así, yo podría elegir convertirme en un héroe.*

AUTOR: *Entonces no hay obra.*

ACTOR: *¿No hay obra? Bueno, nos veremos en Sardi.*

AUTOR: *¡Diabetes, lo que sugieres es el caos!*

ACTOR: *¿La libertad es caos?*

AUTOR: *¿La libertad es caos? Hmmm… Ardua cuestión.* (Al público.) *¿La libertad es caos? ¿Ha estudiado alguien filosofía por aquí?*

(Una CHICA del público contesta.)

CHICA: *Yo.*

AUTOR: *¿Quién?*

CHICA: *La verdad es que saqué el título de gimnasia, pero he estudiado filosofía.*

AUTOR: *¿Quieres subir aquí?*

ACTOR: *¿Qué demonios estás haciendo?*

CHICA: *¿Importa que haya sido en la universidad de Brooklyn?*

AUTOR: *¿Universidad de Brooklyn? No, aprovecharemos lo que haya.*

(La CHICA se abre paso hasta el escenario.)

ACTOR: *¡Yo me largo!*

AUTOR: *¿Qué te pasa?*

ACTOR: *Estamos en una obra. ¿Quién es esa chica?*

AUTOR: *¡Dentro de cinco minutos empieza el Festival de Teatro de Atenas, y aún no tengo final para mi obra!*

ACTOR: *¿Y entonces?*

AUTOR: *Se han suscitado serias cuestiones filosóficas. ¿Existimos? ¿Existen ellos?* (Indicando al público.) *¿Cuál es la verdadera naturaleza del carácter humano?*

CHICA: *Hola. Me llamo Doris Levine.*

AUTOR: *Yo me llamo Hepatitis y éste es Diabetes. Somos antiguos griegos.*

DORIS: *Yo soy de Eureka, California.*

ACTOR: *¡Échala del escenario!*

AUTOR (Mirándola bien de arriba a abajo, ya que es guapa.): *Está muy buena.*

ACTOR: *¿Y eso qué tiene que ver?*

DORIS: *El problema filosófico fundamental es: Si un árbol se cae en el bosque y nadie está cerca para oírlo… ¿como sabremos que hace ruido?*

(Todos se miran, desconcertados.)

ACTOR: *¿Y a quién le importa? Estamos en la calle 42.*

AUTOR: *¿Irías a la cama conmigo?*

ACTOR: *¡Déjala tranquila!*

DORIS (Al ACTOR.): *No te metas en lo que no te importa.*

AUTOR (Llamando a alguien entre bastidores.): *¿Podemos bajar el telón? Sólo por cinco minutos…* (Al público.) *No se muevan será un momento.*

ACTOR: *¡Esto es insultante! ¡Absurdo!* (A DORIS.) *¿No tienes ninguna amiga?*
DORIS: *Claro.* (Llamando a alguien del público.) *Diana, ¿quieres venir aquí?… Creo que he ligado con un par de griegos.* (No hay respuesta.) *Es muy tímida.*
ACTOR: *Bueno, tenemos que representar una obra. Voy a decírselo al autor.*
AUTOR: *¡Yo soy el autor!*
ACTOR: *Me refiero al autor original.*
AUTOR (En voz baja al ACTOR.): *Diabetes, creo que me la podré tirar.*
ACTOR: *¿Qué quieres decir con tirar? ¿Quieres decir acostarte… con toda esa gente mirando?*
AUTOR: *Haré bajar la cortina. Además ahí habrá unos cuantos que lo hacen. No muchos, probablemente.*
ACTOR: *Idiota, tú eres ficticio, ella es judía… ¿sabes cómo saldrán los niños?*
AUTOR: *Ven, tal vez consigamos que su amiga suba aquí.* (El ACTOR se dirige a la izquierda del escenario para telefonear.) *¿Diana? Se te presenta la ocasión de salir con…* (Da el nombre de un actor real.) *Es un actor muy conocido… ha hecho montañas de anuncios para televisión.*
ACTOR (Al teléfono.): *Línea, por favor.*
DORIS: *No quiero crear problemas.*
AUTOR: *Problema ninguno. Lo único es que aquí hemos perdido el contacto con la realidad, según parece.*
DORIS: *¿Quién sabe lo que es realmente la realidad?*
AUTOR: *Tienes toda la razón, Doris.*

DORIS (Filosóficamente.): *Las personas creen tantas veces comprender la realidad cuando no hacen otra cosa realmente que corresponder a su «falsificacidad».*

AUTOR: *Siento un deseo por ti que estoy convencido de que es real.*

DORIS: *¿Es real el sexo?*

AUTOR: *Aunque no lo fuese, es sin embargo una de las mejores actividades falsas a que puede dedicarse una persona.*

(La abraza, pero ella retrocede.)

DORIS: *No. Aquí no.*

AUTOR: *¿Por qué no?*

DORIS: *No lo sé. Es mi frase.*

AUTOR: *¿Nunca te has acostado con un personaje ficticio?*

DORIS: *La vez que estuve más cerca fue con un italiano.*

ACTOR (Está al teléfono. Se oye una fiesta al otro extremo del hilo, a través de un filtro.) *¿Oiga?*

TELÉFONO (Voz de camarera.): *Residencia del señor Allen, ¿diga?*

ACTOR: *¿Podría hablar con el señor Allen?*

Voz de CAMARERA: *¿Quién le llama, por favor?*

ACTOR: *Uno de los personajes de su obra.*

CAMARERA: *Un momento. Señor Allen, un personaje ficticio al teléfono.*

ACTOR (A los otros.): *Ahora veremos qué pasa con vosotros, tortolitos.*

Voz de WOODY: *¿Diga?*

ACTOR: *¿Señor Allen?*

WOODY: *¿Sí?*

ACTOR: *Soy Diabetes.*

WOODY: *¿Quién?*

ACTOR: *Diabetes. Soy un personaje creado por usted.*

WOODY: *Oh, sí… Ya recuerdo, eres un personaje mal dibujado… demasiado de una sola pieza.*

ACTOR: *Gracias.*

WOODY: *Oye… ¿no se está representando la obra ahora?*

ACTOR: *Por eso le llamo. Hay una chica desconocida en escena y no se va y Hepatitis de pronto se ha puesto caliente con ella.*

WOODY: *¿Qué aspecto tiene?*

ACTOR: *Es guapa, pero no pertenece a la obra.*

WOODY: *¿Rubia?*

ACTOR: *Morena… de pelo largo.*

WOODY: *¿Piernas bonitas?*

ACTOR: *Sí.*

WOODY: *¿Buenas tetas?*

ACTOR: *Estupendas.*

WOODY: *Que no se mueva de ahí, ahora voy.*

ACTOR: *Estudia filosofía. Pero no tiene idea de nada… un típico producto de la cafetería de la universidad de Brooklyn.*

WOODY: *Es gracioso, empleé esta frase en Sueños de seductor para describir a una chica.*

ACTOR: *Confío en que hiciese reír más.*

WOODY: *Que se ponga.*

ACTOR: *¿Al teléfono?*

WOODY: *Claro.*

ACTOR (A DORIS.): *Es para ti.*

DORIS (Susurra.): *Le he visto en el cine. No quiero hablar con él.*

ACTOR: *Ha escrito la obra.*

DORIS: *Es pretenciosa.*

ACTOR (Al teléfono.): *No quiere hablar con usted. Dice que la obra es pretenciosa.*

WOODY: *Oh, cielos. Está bien, vuélveme a llamar y me cuentas cómo termina la obra.*

ACTOR: *De acuerdo.*

(Cuelga, y luego se rasca la cabeza dos veces, al darse cuenta de lo dicho por el autor.)

DORIS: *¿Puedo hacer un papel en la obra?*

ACTOR: *No lo entiendo. ¿Eres una actriz o una chica que interpreta a una actriz?*

DORIS: *Yo siempre quise ser actriz. Mamá quería que fuese enfermera. Papá pensaba que debía casarme con alguien de la buena sociedad.*

ACTOR: *¿Y qué haces para ganarte la vida?*

DORIS: *Trabajo en una compañía que fabrica platos de poco fondo para restaurantes chinos.*

(Un GRIEGO entra desde bastidores.)

TRIQUINOSIS: *Diabetes, Hepatitis. Yo soy. Triquinosis.* (Saludos ad-lib.) *Acabo de tener una discusión con Sócrates en la Acrópolis, y me han demostrado que no existo, así que me siento trastornado. Por cierto, corre la voz de que necesitáis un final para vuestra obra. Creo que tengo la solución.*

AUTOR: *¿De veras?*

TRIQUINOSIS (Señalando a DORIS.): *¿Quién es?*

DORIS: *Doris Levine.*

TRIQUINOSIS: *No serás de Eureka, California.*

DORIS: *Sí.*

TRIQUINOSIS: *¿Conoces a los Rappaport?*

DORIS: *¿Myron Rappaport?*

TRIQUINOSIS (Asintiendo.): *Trabajábamos los dos para el partido liberal.*

DORIS: *Qué coincidencia.*

TRIQUINOSIS: *Tú tuviste una aventura con el alcalde Lindsay.*

DORIS: *Eso quería yo… él no.*

AUTOR: *¿Cuál es el final?*

TRIQUINOSIS: *Eres más guapa de lo que me imaginaba.*

DORIS: *¿De veras?*

TRIQUINOSIS: *Me gustaría irme a la cama contigo ahora mismo.*

DORlS: *Hoy es mi noche. (*TRIQUINOSIS la toma por la muñeca apasionadamente.) *Por favor. Soy virgen. ¿Es ésta mi frase?*

(El APUNTADOR sale de entre bastidores con el libro; lleva jersey.)

APUNTADOR: *«Por favor. Soy virgen.» Sí.* (Sale.)

AUTOR: *¿Qué hay de ese dichoso final?*

TRIQUINOSIS: *¿Huh? Oh* (Grita.) *¡Compañeros!*

(Entran varios GRIEGOS arrastrando una complicada máquina.)

AUTOR: *¿Qué diablos es esto?*

TRIQUINOSIS: *El final de tu obra.*

ACTOR: *No comprendo.*

TRIQUINOSIS: *Esta máquina, que he estado construyendo durante seis meses en el taller de mi cuñado, es la respuesta.*

AUTOR: *¿Cómo?*

TRIQUINOSIS: *En la escena final… cuando todo parece perdido y Diabetes, el humilde esclavo, se halla en la más desesperada de las situaciones…*

ACTOR: *¿Qué?*

TRIQUINOSIS: *Zeus, Padre de los Dioses, desciende dramáticamente de lo alto y, blandiendo sus rayos, trae la salvación a un agradecido pero débil grupo de mortales.*
DORIS: *Deus ex machina.*
TRIQUINOSIS: *¡Eh!… Ese es un nombre estupendo para ese chisme!*
DORIS: *Mi padre trabaja para la Westinghouse.*
AUTOR: *Sigo sin entenderlo.*
TRIQUINOSIS: *Espera a ver ese chisme en acción. Hace volar a Zeus. Voy a ganar una fortuna con este invento. Sófocles ha pagado un depósito por uno. Eurípides quiere dos.*
AUTOR: *Pero esto cambia el significado de la obra.*
TRIQUINOSIS: *No hables hasta que veas la demostración. Colitis, métete en el arnés volador.*
COLITIS: *¿Yo?*
TRIQUINOSIS: *Haz lo que te digo. No lo vas a creer.*
COLITIS: *Ese chisme me da miedo.*
TRIQUINOSIS: *Lo dice en broma… Muévete, idiota, estamos a punto de hacer una venta. Él lo hará. Ja, ja…*
COLITIS: *No me gustan las alturas.*
TRIQUINOSIS: *¡Métete ahí! Deprisa. ¡Vamos! ¡Métete en tu traje de Zeus! Una demostración.*
(Sale mientras COLITIS protesta.)
COLITIS: *Quiero llamar a mi agente.*
AUTOR: *Así que dices que Dios aparece al final y lo arregla todo.*
ACTOR: *¡Me gusta! ¡Eso es lo que el público paga por ver!*
DORIS: *Tiene razón. Es como aquellas películas bíblicas de Hollywood.*

AUTOR (Deteniéndose en el centro de la escena con aire un poco demasiado dramático.): *Pero si Dios lo arregla todo,, el hombre no es responsable de sus actos.*

ACTOR: *No me sorprende que te inviten a tan pocas fiestas.*

DORIS: *Pero sin Dios, el universo no tiene sentido. La vida no tiene sentido. Nosotros no tenemos sentido.* (Pausa mortal.) *Siento un repentino e irresistible impulso de acostarme con alguien.*

AUTOR: *Ahora no estoy de humor.*

DORIS: *¿De veras?* (Al público.) *¿Querría alguien del público acostarse conmigo?*

ACTOR: *¡Basta ya!* (Al público.) *No lo dice en serio, amigos.*

AUTOR: *Estoy deprimido.*

ACTOR: *¿Qué te atormenta?*

AUTOR: *No sé si creo en Dios.*

DORIS (Al público.): *Lo digo en serio.*

ACTOR: *Si no hay Dios, ¿quién ha creado el universo?*

AUTOR: *No estoy seguro aún.*

ACTOR: *¿Qué significa eso de que no estás seguro aún? ¿Cuándo vas a saberlo?*

DORIS: *¿Hay alguien ahí que quiera ir a la cama conmigo?*

HOMBRE (Se levanta entre el público.): *Yo me acostaré con esa chica si nadie más quiere.*

DORIS: *¿Lo hará, señor?*

HOMBRE: *¿Qué os pasa a todos?; Una chica tan hermosa como esa! ¿No hay ningún hombre con sangre en las venas aquí? Sois todos un hatajo de neoyorkinos, izquierdistas, judíos, intelectuales, comunistas, liberales…*

(LORENZO MILLER sale de entre bastidores. Lleva traje de calle.)

LORENZO: *¡Siéntese! ¿Quiere sentarse?*

HOMBRE: *Está bien, está bien.*

AUTOR: *¿Quién eres tú?*

LORENZO: *Lorenzo Miller. Este público es creación mía. Soy escritor.*

AUTOR: *¿Qué quieres decir?*

LORENZO: *Yo escribí que un numeroso grupo de personas de Brooklyn, Queens, Manhattan y Long Island van al Golden Theater para ver una obra. Y ahí están.*

DORIS (Señalando d público.): *¿Quieres decir que son ficticios también?* (LORENZO asiente.) *¿No son libres de hacer lo que les venga en gana?*

LORENZO: *Ellos creen que lo son, pero siempre hacen lo que está previsto.*

MUJER (De pronto una MUJER se levanta del público, muy enojada.) *¡Yo no soy ficticia!*

LORENZO: *Lo siento, señora, pero así es.*

MUJER: *Pero si tengo un hijo en la escuela de comercio de Harvard.*

LORENZO: *Su hijo es una creación mía, es ficticio. Y no es que sea sólo ficticio, es homosexual.*

HOMBRE: *Ya le enseñaré yo lo ficticio que soy. Voy a salir de este teatro y hacer que me devuelvan el dinero. Esta obra es una estupidez. De hecho, no es una obra. Cuando voy al teatro, quiero ver algo que tenga argumento —con un principio, un centro y un final— y no esta mierda. Buenas noches.* (Sale enojado por un pasillo.)

LORENZO (Al público.): *No es un personaje muy bueno. Lo he escrito muy irritable. Más tarde se siente culpable y se pega un tiro.* (Suena una detonación.) *¡Más tarde!*
HOMBRE (Vuelve a entrar con una pistola humeante.): *Lo siento, ¿he disparado demasiado pronto?*
LORENZO: *¡Fuera de aquí!*
HOMBRE: *Estaré en Sardi.*
(Sale.)
LORENZO (Entre el público, hablando con varias de las personas presentes.): *¿Cuál es su nombre, señor? Uh-huh.* (Diálogo improvisado, en función de lo que el público diga.) *¿De dónde viene? ¿No es encantador? Estupendo personaje. Hay que recordarle que se vista de otra manera. Más adelante esta mujer abandona a su marido por ese tipo. Difícil de creer, ya lo sé. Oh… miren a ese individuo. Viola después a aquella señora.*
AUTOR: *Es espantoso ser ficticio. Somos todos tan limitados.*
LORENZO: *Sólo por los límites del dramaturgo. Tú tienes la desgracia de estar escrito por Woody Allen. Imagínate si te llega a escribir Shakespeare.*
AUTOR: *No puedo aceptarlo. Soy un hombre libre y no necesito que aparezca Dios volando para salvar mi obra. Soy un buen escritor.*
DORIS: *¿Quieres ganar el Festival de Teatro de Atenas, no?*
AUTOR (De pronto dramático.): *Sí. Quiero ser inmortal. No quiero morir y ser olvidado. Quiero que mis obras sigan viviendo mucho tiempo después de que mi envoltura física haya desaparecido. ¡Quiero que las generaciones futuras sepan que he existido! Por favor, no permitáis que sea un punto insignificante, que se pierde en*

la eternidad, Gracias, señoras y caballeros. Me honro en aceptar este Premio Tony y agradezco a David Merrick…

DORIS: *A mí no me importa lo que diga nadie, soy real.*

LORENZO: *En realidad no.*

DORIS: *Pienso, luego existo. O mejor aún, siento… siento un orgasmo.*

LORENZO: *¿Lo tienes?*

DORIS: *Constantemente.*

LORENZO: *¿De veras?*

DORIS: *Con mucha frecuencia.*

LORENZO: *¿Sí?*

DORIS: *La mayor parte de las veces, sí.*

LORENZO: *¿Sí?*

DORIS: *Al menos la mitad de las veces.*

LORENZO: *No.*

DORIS: *¡Sí! Con algunos hombres.*

LORENZO: *Difícil de creer.*

DORIS: *No es necesariamente a través de la relación sexual. Suele ser oral…*

LORENZO: *Uh-huh.*

DORIS: *Y lo finjo también, naturalmente. No quiero insultar a nadie.*

LORENZO: *¿Has tenido un orgasmo alguna vez?*

DORIS: *No. En realidad, no.*

LORENZO: *Porque ninguno de nosotros es real.*

AUTOR: *Pero si no somos reales, no podemos morir.*

LORENZO: *No. A menos que el autor decida matamos.*

AUTOR: *¿Y por qué haría tal cosa?* (De entre batidores, sale. BLANCHE DUBOIS.)

BLANCHE: *Porque, tesoro, satisface eso que llaman su… sensibilidad estética.*

AUTOR (Todos se vuelven hacia ella.): *¿Quién eres?*

BLANCHE: *Blanche. Blanche DuBois. Significa «blancos bosques». No os levantéis, por favor… Sólo pasaba por aquí.*

DORIS: *¿Qué haces aquí?*

BLANCHE: *Buscar un refugio. Sí, en este viejo teatro… No pude evitar el oír vuestra conversación. ¿Podría tomar una coca-cola con un poco de bourbon?*

ACTOR (Aparece. No advertimos que se había marchado.): *¿Quieres una tónica?*

AUTOR: *¿Dónde demonios estabas?*

ACTOR: *Fui al baño.*

AUTOR: *¿En mitad de la obra?*

ACTOR: *¿Qué obra?* (A BLANCHE.) *Explícale que somos todos limitados.*

BLANCHE: *Me temo que es muy cierto. Muy cierto y muy penoso. Por eso me escapé de mi obra. Salí huyendo. Oh, no es porque el señor Tennessee Williams no sea un gran escritor, pero hijo… me puso en medio de una pesadilla. La última cosa que recuerdo, es que se me llevaban dos desconocidos, y uno llevaba una camisa de fuerza. En cuanto salimos de casa de los KoWalski, me desasí y eché a correr. Tengo que encontrar otra obra, una obra en la que Dios exista… en alguna parte donde pueda descansar por fin. Por eso debes ponerme en tu obra y hacer que Zeus, el joven y hermoso Zeus, triunfe con sus rayos.*

AUTOR: *¿Has probado en el baño?*

TRIQUINOSIS (Entra.): *Listos para la demostración.*

BLANCHE: *Una demostración. Maravilloso.*

TRIQUINOSIS (Gritando a alguien fuera de escena.): *¿Listos ahí fuera? Muy bien. Es el final de la obra. La situación es desesperada para el esclavo. Todos le han abandonado. Se pone a rezar. Adelante.*

ACTOR: *Oh, Zeus. Gran dios. Somos desorientados e indefensos mortales. Te imploro que seas misericordioso y cambien nuestras vidas.* (Nada ocurre.) *Ejem… gran Zeus.*

TRIQUINOSIS: *¡Vamos, compañeros! Por amor del cielo.*

ACTOR: *Oh, gran Dios.*

(De pronto estallan fabulosos truenos y relámpagos. El efecto es maravilloso: ZEUS baja, enarbolando majestuoso sus rayos.)

COLITIS (Como ZEUS.): *¡Yo soy Zeus, Dios de Dioses! ¡Autor de milagros! ¡Creador del universo! ¡Traigo salvación para todos!*

DORIS: *¡Espera a que en la Westinghouse vean esto!*

TRIQUINOSIS: *Bueno, Hepatitis, ¿qué te parece?*

AUTOR: *¡Me encanta! Es mejor de lo que me esperaba. Es dramático, es brillante. ¡Voy a ganar el festival! Soy un triunfador. Resulta tan religioso. ¡Mira, estoy temblando! ¡Doris!*

(La abraza.)

DORIS: *Ahora no.*

(Se produce un mutis general, un cambio de luz…)

AUTOR: *Tengo que hacer unos cambios inmediatamente.*

TRIQUINOSIS: *Te alquilo mi Dios-máquina por veintiséis cincuenta la hora.*

AUTOR (A LORENZO.): *¿Puedes presentar mi obra?*

LORENZO: *Claro, adelante con ello.* (Todos salen. LORENZO se queda detrás y mira al público. Mientras habla, entra un CORO griego y se sienta al fondo del anfiteatro. Vestido de blanco, naturalmente.) *Buenas noches y sean bienvenidos al Festival de Teatro de Atenas.* (Sonido: ovaciones.) *Les ofrecemos un gran espectáculo esta noche. Una nueva obra de Hepatitis de Rodas, titulada «El Esclavo».* (Sonido: ovaciones.) *Con la actuación estelar de Diabetes como el esclavo, con Colitis como Zeus, Blanche DuBois, y Doris Levine de Eureka, California.* (Ovaciones.) *Este espectáculo es una gentileza del Restaurante El Cordero de Gregory Londos. Justo enfrente del Partenón. Que sus cabellos no se transformen en las serpientes de la Medusa si buscan un sitio para cenar fuera de casa. Prueben el restaurante El Cordero de Gregory Londos. Y recuerden, a Homero le gustó… y era ciego.* (Sale. DIABETES interpreta el papel del esclavo FIDIPIDES que. Justo en este momento aparece con otro ESCLAVO GRIEGO, mientras el CORO empieza a narrar la acción.)

CORO: *Congresos, oh griegos, y escuchad la historia de Fidípides… ese hombre tan prudente, tan apasionado, embebido en las grandezas de Grecia,*

DIABETES: *Lo que yo digo es: ¿qué vamos a hacer con un caballo tan grande?*

AMIGO: *Pero si quieren dárnoslo de balde.*

DIABETES: *¿Y qué? ¿A quién le hace falta?… ¿Qué demonios vamos a hacer con él? Si fuera un caballo bonito… Advierte lo que te digo, Cratino… como estadista griego, yo no me fiaría jamás de los troyanos. ¿Te has fijado en que nunca se toman un día libre?*

AMIGO: *¿No sabes lo de Cíclope? Le ha salido una infección en el ojo.*

VOZ FUERA DE ESCENA: *¡Fidípides! ¿Dónde estás, maldito esclavo?*

DIABETES: *¡Ya voy, amo!*

AMO: *Fidípides… ah, aquí estás. Tienes mucho que hacer. Hay que vendimiar la uva, hay que reparar mi carro, hay que coger agua del pozo… y tú por ahí haciendo el zangandongo.*

DIABETES: *No hacía el zangandongo, amo, estaba hablando de política.*

AMO: *¡Un esclavo hablando de política! ¡Ja, ja!*

CORO: *Ja, ja… Esta sí que es buena.*

DIABETES: *Lo siento, amo.*

AMO: *Tú y la esclava hebrea nueva limpiad la casa. Espero invitados. Luego haz todo lo demás que te he dicho.*

DIABETES: *¿La hebrea nueva?*

AMO: *Doris Levine.*

DORIS: *¿Me llamaban?*

AMO: *Hay que limpiar. Vamos. Apresuraos.*

CORO: *Pobre Fidípides. Un esclavo. Y como todos los esclavos ansia una cosa.*

DIABETES: *Ser más alto.*

CORO: *Ser libre.*

DIABETES: *No quiero ser libre.*

CORO: *¿No?*

DIABETES: *Me gusta tal como estoy. Sé lo que se espera de mí. Se me mantiene. No tengo que elegir nada. Nací esclavo y moriré esclavo. No siento angustia.*

CORO: *Buuu… buuu…*

DIABETES: *¿Ah y qué sabéis vosotros, chicos del coro?* (Le da un beso a DORIS, que le aparta.)

DORIS: *No.*

DIABETES: *¿Por qué no? Doris, tú sabes que mi corazón está henchido de amor… o como os gusta decir a vosotros, los hebreos, tengo una cosa para ti.*

DORIS: *No puede ser.*

DIABETES: *¿Por qué no?*

DORIS: *Porque a ti te gusta ser un esclavo y yo no lo soporto. Quiero mi libertad. Quiero viajar y escribir libros, vivir en París, tal vez fundar una revista femenina.*

DIABETES: *¿Y qué tiene de particular la libertad? Es peligrosa. Saber dónde está el sitio de uno es seguro. Date cuenta, Doris, los gobiernos cambian de manos cada semana, los líderes políticos se asesinan entre ellos, las ciudades son saqueadas, la gente es torturada. Si hay una guerra, ¿quién crees que muere? Los que son libres. Pero nosotros estamos a salvo porque no importa quiénes estén en el poder, todos necesitan a alguien que les hagan las faenas de la casa.* (La abraza.)

DORIS: *No. Mientras siga siendo una esclava, no podré disfrutar del sexo.*

DIABETES: *¿No te apetece fingirlo un ratito?*

DORIS: *Déjalo estar.*

CORO: *Pero un buen día las parcas le echan una mano.* (Entran las PARCAS, dos mujeres vestidas de turistas americanas, con abigarradas camisas hawaianas; JENNY lleva colgada del cuello una cámara fotográfica.)

JENNY: *Hola, somos las Parcas, Jenny y Wendy Parcas. Necesitamos que alguien le lleve un mensaje urgente al rey.*

DIABETES: *¿El rey?*

JENNY: *Le prestarías a la humanidad un gran servicio.*

DIABETES: *¿Yo?*

WENDY: *Sí, pero es una misión peligrosa, y aunque seas un esclavo, tienes derecho a decir no.*

DIABETES: *No.*

JENNY: *Pero tendrías ocasión de contemplar el palacio en toda su grandeza.*

WENDY: *Y la recompensa es tu libertad.*

DIABETES: *¿Mi libertad? Sí, bueno, me encantaría ayudaros, pero tengo un asado en el homo.*

DORIS: *Yo lo llevaré.*

JENNY: *Es demasiado peligroso para una mujer.*

DIABETES: *Corre muy deprisa.*

DORIS: *Fidípides, ¿cómo puedes negarte?*

DIABETES: *Cuando se es un cobarde, ciertas cosas resultan muy fáciles.*

WENDY: *Te lo rogamos… por favor…*

JENNY: *El destino de la humanidad está en la balanza.*

WENDY: *Aumentaremos la recompensa. Libertad para ti y para toda persona de tu elección.*

JENNY: *Más una cubertería de plata de dieciséis piezas.*

DORIS: *Fidípides, ésta es nuestra oportunidad.*

CORO: *Decídete, tontorrón.*

DIABETES: *¿Una misión peligrosa seguida de libertad personal? Me entran náuseas.*

WENDY (Le tiende un sobre.) Lleva este mensaje al rey.

DIABETES: *¿Y por qué no lo lleváis vosotras?*

JENNY: *Salimos para Nueva York dentro de unas horas.*

DORIS: *Fidípides, dijiste que me amabas…*

DIABETES: *Y lo digo.*

CORO: *Vamos, Fidípides, que la obra se hunde.*

DIABETES: *Decisiones, decisiones…* (Suena el teléfono, y contesta.) *¿Diga?*

VOZ DE WOODY: *Lleva ese maldito mensaje al rey de una vez. Nos gustaría a todos irnos de aquí.*

DIABETES (Cuelga.): *Lo haré. Pero sólo porque Woody me lo ha pedido.*

CORO (Canta.): *Pooobre Profesor Higgins…*

DIABETES: *¡Que os equivocáis de obra, idiotas!*

DORIS: *Buena suerte, Fidípides.*

WENDY: *Realmente vas a necesitarla.*

DIABETES: *¿Qué quieres decir?*

WENDY: *A Jenny le encanta gastar bromas.*

DORIS: *Después de que seamos libres iremos a la cama, y quizá por una vez me lo pase bien.*

HEPATITIS (Irrumpe en escena.): *A veces un poco de hierba antes de hacerlo…*

ACTOR: *¡Tú no eres el autor!*

HEPATITIS: *¡Ha sido más fuerte que yo!* (Sale.)

DORIS: *¡Vé!*

DIABETES: *¡Voy!*

CORO: *Y de este modo Fidípides se puso en camino, para llevar un importante mensaje al rey Edipo.*

DIABETES: *¿El rey Edipo?*

CORO: *Sí.*

DIABETES: *He oído decir que vive con su madre.*

(Efectos: viento y relámpagos mientras el ESCLAVO camina penosamente.)

CORO: *Atravesando profundas montañas, franqueando altos valles.*

DIABETES: *Altas montañas y profundos valles. ¿De dónde habrán sacado a este coro?*

CORO: *Y en todo momento a merced de las Furias.*

DIABETES: *Las Furias están cenando con las Parcas. Fueron a Chinatown. A Las Delicias de Hong.*

HEPATITIS: *El restaurante de Sam Wo es mejor.*

DIABETES: *Siempre hay cola en ese restaurante.*

HEPATITIS: *No si preguntas por Lee. Él te buscará mesa, pero tienes que darle propina.*

(HEPATITIS sale.)

DIABETES (Con orgullo.): *Ayer era un asqueroso esclavo, que nunca se había aventurado más allá de la propiedad de su amo. Hoy llevo un mensaje al rey, el rey en persona. Observo el mundo. Pronto seré un hombre libre. Imprevistas posibilidades humanas se abren ante mí. Y por esta razón… siento un incontrolable impulso de renunciar. Oh, bueno…*

(Viento)

CORO: *Los días se hacen semanas, y las semanas meses. Pero Fidípides sigue luchando.*

DIABETES: *¿Por qué no paráis esa maldita máquina de hacer viento?*

CORO: *Pobre Fidípides, hombre mortal.*

DIABETES: *Estoy cansado, aburrido, enfermo. No puedo continuar. Me tiembla la mano…* (El CORO empieza a tararear una versión lenta de «Dixiei›.) *Sólo hay moribundos, guerra y aflicción, hermano contra hermano. El Sur, rico en tradiciones; el Norte, en su mayor parte industrial. El presidente Lincoln, que envía al ejército de la Unión a destruir las plantaciones. La Vieja Casa Solariega. El algodón… bajando por el río…* (HEPATITIS entra y le mira fijamente.) *Un horró, un horró, zeñorita Eva… Ah. no puedo atravezá el río helado. Son el general Beauregard y Robert E. Lee… Ah… (Se da cuenta de que HEPATITIS le está mirando.) Yo… yo… bueno, ha sido más fuerte que yo.*

(HEPATITIS le agarra por el cuello y le empuja hacia un lado.)

HEPATITIS: *¡Cálmate! ¿¡Qué demonios te pasa!?*

DIABETES: *¿Dónde está el palacio? ¡Llevo días dando vueltas! ¿¡Qué clase de obra es ésta!? ¿Dónde diablos está ese maldito palacio? ¿En Bensonhurst?*

HEPATITIS: *¡Llegarás al palacio si dejas de estropearme la obra! ¡Guardia! Ven ahora, materialízate.*

(Un fornido GUARDIA entra.)

GUARDIA: *¿Quién eres?*

DIABETES: *Fidípides.*

GUARDIA: *¿Qué te trae a palacio?*

DIABETES: *¿Palacio? ¿Estoy ya en el palacio?*

GUARDIA: *Sí. Este es el palacio real. La más hermosa edificación de toda Grecia, marmolea, majestuosa, y toda ella de renta limitada.*

DIABETES: *Traigo un mensaje para el rey.*

GUARDIA: *Oh, sí. Te está esperando.*

DIABETES: *Tengo la garganta seca y no he comido en varios días.*

GUARDIA: *Requeriré al rey.*

DIABETES: *¿No podrías requerir también un sándwich de rosbif?*

GUARDIA: *Traeré al rey y un sándwich de rosbif. ¿Cómo lo quieres?*

DIABETES: *En su punto.*

GUARDIA (Saca un cuadernillo y anota.): *Uno en su punto. Va con guarnición.*

DIABETES: *¿Qué tenéis?*

GUARDIA: *Veamos, hoy… zanahorias o una patata asada.*

DIABETES: *Yo la patata asada.*

GUARDIA: *¿Café?*

DIABETES: *Por favor. Y una corbata de lazo a la plancha —si tenéis— y el rey.*

GUARDIA: *Muy bien. (Mieruras sale.) Marchando uno de rosbif con un café.*

(Pasan las PARCAS, tomando fotos.)

JENNY: *¿Te gusta el palacio?*

DIABETES: *Me encanta.*

JENNY (Tendiendo la cámara a su hermana.): *Haznos una los dos juntos.*

(Wendy la toma.)

DIABETES: *Creí que volvíais a Nueva York.*

WENDY: *Ya sabes cómo es el destino.*

JENNY: *Informal. Hay que aceptarlo como viene.* (Tiende una flor al ESCLAVO.)

DIABETES: *Bonita flor.*

(Al olerla, recibe un chorro de agua en un ojo, mientras las PARCAS ríen.)

JENNY: *Lo siento. Ha sido más fuerte que yo.* (Le tiende la mano. DIABETES se la estrecha. Recibe la descarga eléctrica de un vibrador.)

DIABETES: *¡Ahhh!*

(Las PARCAS salen riendo a carcajadas.)

WENDY: *Cómo le gusta gastarle bromas a la gente.*

DIABETES (Al CORO.): *Vosotros sabíais que iba a jugármela.*

CORO: *Es muy jocosa.*

DIABETES: *¿Por qué no me lo advertisteis?*

CORO: *No nos gusta comprometemos.*

DIABETES: *¿No os gusta comprometeros? Enteraos, a una mujer la mataron a puñaladas en el metro, mientras dieciséis personas estaban mirando sin hacer nada por ayudarla.*

CORO: *Lo leímos en el «Daily News», y fue en el autobús.*

DIABETES: *Si alguien hubiera tenido arrestos, tal vez ella estaría aquí hoy.*

MUJER (Entra con un cuchillo clavado en el pecho.): *Aquí estoy.*

DIABETES: *Debí comerme la lengua.*

MUJER: *Soy una mujer que se ha pasado toda la vida trabajando en el Bronx. Estoy leyendo el «Post», y seis gamberros —seis drogadictos —me asaltan y me tiran al suelo.*

CORO: *No fueron seis, fueron tres.*

MUJER: *Tres, seis, ¿qué más da?… tenían un cuchillo, querían mi dinero.*

DIABETES: *Lo mejor era dárselo.*

MUJER: *Ya lo hice. Pero aun así me apuñalaron.*

CORO: *Eso es Nueva York. Les das el dinero y aun así te apuñalan.*

DIABETES: *¿Sólo Nueva York? Es igual en todas partes. Estaba paseando con Sócrates por el centro de Atenas, cuando dos jóvenes de Esparta nos asaltaron detrás de la Acrópolis para quitarnos el dinero.*

MUJER: *¿Y qué pasó?*

DIABETES: *Sócrates les demostró por medio de la lógica que el mal no es otra cosa que la ignorancia de la verdad.*

MUJER: *¿Y?*

DIABETES: *Le rompieron la nariz.*

MUJER: *Sólo confío en que tu mensaje al rey traiga buenas noticias.*

DIABETES: *Así lo espero, por su bien.*

MUJER: *Por tu bien.*

DIABETES: *Cierto y… ¿qué quiere decir eso de por mi bien?*

CORO (En son de burla.): *¡Ja, ja, ja!*

(La luz se hace ominosa.)

DIABETES: *La luz ha cambiado… ¿Qué es esto? ¿Qué pasa si trae malas noticias?*

MUJER: *En la antigüedad, cuando un mensajero llevaba un mensaje al rey, recibía una recompensa si las noticias eran buenas.*

CORO: *Entradas gratis para el cine Loew de la calle 86.*

MUJER: *Pero si las noticias eran malas…*

DIABETES: *No quiero saberlo.*

MUJER: *El rey hacía matar al mensajero.*

DIABETES: *¿Estamos en la antigüedad?*

MUJER: *Por la ropa que llevas ¿qué te parece?*

DIABETES: *Entiendo lo que quieres decir. ¡Hepatitis!*

MUJER: *A veces el mensajero era decapitado… si el rey se hallaba en disposición indulgente.*
DIABETES: *¿Con disposición indulgente te decapitan?*
CORO: *Pero cuando las noticias eran realmente malas…*
MUJER: *Entonces al mensajero se le asaba vivo…*
CORO: *A fuego lento.*
DIABETES: *Hace tanto tiempo que no me han asado a fuego lento, que no consigo recordar si me gusta o no.*
CORO: *Acepta nuestra palabra… no te gustará.*
DIABETES: *¿Dónde está Doris I.evine Si pudiera echarle la mano encima a esa esclava hebrea de Eureka, California…*
MUJER: *No puede ayudarte, está muy lejos de aquí.*
DIABETES: *¡Doris! ¿Dónde demonios estás?*
DORIS (Entre el público.): *¿Qué quieres?*
DIABETES: *¿Qué haces ahí?*
DORIS: *Me aburría la obra.*
DIABETES: *¿Qué quieres decir con que te aburría? ¡Levántate! i Estoy metido en un lío hasta el cuello por tu culpa!*
DORIS (Subiendo.): *Lo siento, Fidípides, ¿cómo iba a saber lo que ocurría en la historia antigua? Yo estudié filosofía.*
DIABETES: *Si las noticias son malas, tendré que morir.*
DORIS: *Ya lo he oído.*
DIABETES: *¿Es esa tu idea de la libertad?*
DORIS: *Un día se gana, otro se pierde.*
DIABETES: *¿Un día se gana, otro se pierde? ¿Eso es lo que te enseñan en la universidad de Brooklyn?*
DORIS: *Oye, chico, vete a paseo.*

DIABETES: *Si las noticias son malas, soy hombre muerto. ¡Un momento! ¡Las noticias! El mensaje. ¡Si lo tengo aquí!* (Busca a tientas, saca un mensaje de un sobre. Lee.) *El premio al Mejor Actor Secundario se concede a…* (Da el nombre del actor que interpreta a HEPATITIS.)

HEPATITIS (Asomándose de pronto.): *Me complace aceptar este Premio Tony y quiero agradecer a David Merrick…*

DIABETES: *¡Lárgate, me he equivocado de mensaje!* (Saca el verdadero.)

MUJER: *Date prisa, llega el rey.*

DIABETES: *Mira si trae mi sándwich.*

DORIS: *¡Deprisa, Fidípides!*

DIABETES (Lee): *El mensaje consiste en una sola palabra.*

DORIS: *¿Sí?*

DIABETES: *¿Cómo lo has adivinado?*

DORIS: *¿Adivinado qué?*

DIABETES: *Que el mensaje es «Sí».*

CORO: *¿Es eso bueno o malo?*

DIABETES: *¿Sí? ¿Sí es afirmación? ¿No? ¿No lo es?* (Comprobándolo.) *¡Sí!*

DORIS: *¿Y si la pregunta fuera: ¿«Tiene purgaciones la reina»?*

DIABETES: *Ya entiendo lo que quieres decir.*

CORO: *¡Su majestad, el rey!*

(Trompetas, entrada espectacular del REY.)

DIABETES: *Mi señor, ¿tiene purgaciones la reina?*

REY: *¿Quién ha pedido este rosbif?*

DIABETES: *He sido yo, mi señor. ¿Son esto zanahorias? Porque yo pedí una patata asada.*

REY: *Las patatas asadas se nos han acabado.*

DIABETES: *Entonces que se lo lleven. Iré ahí enfrente.*

CORO: *El mensaje.* (DIABETES les sisea.) *El mensaje, él trae el mensaje.*

REY: *Humilde esclavo, ¿traes un mensaje para mí?*

DIABETES: *Humilde rey, ejem… sí, en realidad…*

REY: *Bien.*

DIABETES: *¿Podéis hacerme la pregunta?*

REY: *Primero el mensaje.*

DIABETES: *No, primero vos.*

REY: *No, tú.*

DIABETES: *No, vos.*

REY: *No, tú.*

CORO: *Haz que primero hable Fidípides.*

REY: *¿Él?*

CORO: *Sí.*

REY: *¿Y cómo haré?*

CORO: *So maricón, eres el rey.*

REY: *Claro, soy el rey. ¿Cuál es el mensaje?*

(El GUARDIA desenvaina una espada.)

DIABETES: *El mensaje es… sí-no…* (Buscando una idea antes de que sea tarde.) *no-sí… quizá-quizá.*

CORO: *Está mintiendo.*

REY: *El mensaje, esclavo.*

(El GUARDIA pone la espada al cuello de DIABETES.)

DIABETES: *Es una sola palabra, mi señor.*

REY: *¿Una sola palabra?*

DIABETES: *Asombroso, ¿verdad?, porque por el mismo dinero se pueden mandar catorce palabras.*
REY: *Una respuesta de una palabra a mi pregunta de las preguntas. ¿Hay un dios?*
DIABETES: *¿Es esa la pregunta?*
REY: *Esa es… la única pregunta.*
DIABETES (Mira a DORIS con alivio.): *Entonces me enorgullece haceros saber el mensaje. La palabra es sí.*
REY: *¿Sí?*
DIABETES: *Sí.*
CORO: *Sí.*
DORIS: *Sí.*
DIABETES: *Tu tumo.*
MUJER (Cecea.): *Zí.*
(Diabetes la mira con disgusto.)
MUJER: *¡Eso es fabuloso!*
DIABETES: *Ya sé en lo que estáis pensando, una pequeña recompensa para vuestro fiel mensajero… Pero la libertad es más que suficiente… Por otra parte, si insistís en expresar vuestra complacencia, creo que los diamantes resultan siempre de buen gusto.*
REY (Gravemente.): *Si hay un dios, entonces el hombre no es responsable y yo seré sin duda juzgado por mis pecados.*
DIABETES: *¿Perdón?*
REY: *Juzgado por mis pecados, mis crímenes. Mis muy horribles crímenes. Estoy condenado. Este mensaje que me traes me condena para toda la eternidad.*
DIABETES: *¿Yo he dicho sí? Quise decir no.*

GUARDIA (Se apodera del sobre y lee el mensaje.): *El mensaje es sí, mi señor.*

REY: *Imposible concebir peores noticias.*

DIABETES (Cayendo de rodillas.): *Mi señor, no es culpa mía. Soy un simple mensajero, yo no creo el mensaje. Simplemente lo transmito. Es como las purgaciones de su majestad la reina.*

REY: *Serás descuartizado por caballos salvajes.*

DIABETES: *Ya sabía que lo comprenderíais.*

DORIS: *Pero él no es más que el mensajero. No podéis hacerle descuartizar por caballos salvajes. Vuestra costumbre es asarlos a fuego lento.*

REY: *¡Demasiado blando para esa escoria!*

DIABETES: *¿Cuando el hombre del tiempo os anuncia lluvia, hacéis matar al hombre del tiempo?*

REY: *Sí.*

DIABETES: *Ya veo. Bueno. Me he topado con un esquizofrénico.*

REY: *Préndele.*

(El GUARDIA obedece.)

DIABETES: *Esperad, mi señor. Quisiera decir algo en mi defensa.*

REY: *¿Sí?*

DIABETES: *Esto no es más que una obra.*

REY: *Eso es lo que dicen todos. Dame tu espada. Quiero darme el placer de matarle yo mismo.*

DORIS: *No, no… oh, ¿por qué habré provocado yo esto?*

CORO: *No te preocupes, eres joven, ya encontrarás a otro.*

DORIS: *Eso es verdad.*

REY (Alza la espada.): *¡Muere!*

DIABETES: *Oh, Zeus… Dios de Dioses, aparece con tus rayos y sálvame…* (Todos levantan la vista; nada ocurre, pausa penosa.) *Oh, Zeus… ¡¡¡Oh, Zeus!!!*

REY: *¡Y ahora… muere!*

DIABETES: *Oh, Zeus… ¿dónde demonios se habrá metido Zeus?*

HEPATITIS (Entra y mira hacia arriba.): *¡Santo cielo, haced funcionar la máquina! ¡Bajadlo!*

TRIQUINOSIS (Entra por el otro lado.): *¡Se ha atascado!*

DIABETES (Dando el pie otra vez.): *¡Oh, gran Zeus!*

CORO: *A todos los hombres les aguarda la misma suerte.*

MUJER: *¡No voy a quedarme así y consentir que lo maten como me ocurrió a mí en el metro!*

REY: *Préndela.*

(El GUARDIA la agarra y la apuñala.)

MUJER: *¡Ya van dos veces en una semana! Hijo de perra.*

DIABETES: *¡Oh, gran Zeus! ¡Dios…, ayúdame!* (Efectos. Relámpagos… ZEUS es bajado con gran torpeza y se retuerce hasta que vemos que el alambre con que le sujetaban le ha estrangulado. Todos se quedan atónitos.)

HEPATITIS: *¡La máquina no funciona bien! Se ha salido del carril.*

CORO: *¡Dios ha llegado, por fin!*

(Pero está definitivamente muerto.)

DIABETES: *Dios… ¿Dios? ¿Dios? ¿Dios, estás bien? ¿Hay algún médico en la sala?*

MÉDICO (Entre el público.): *Yo soy médico.*

TRIQUINOSIS: *La máquina se ha jodido.*

HEPATITIS: *Psst. Lárgate. Estás estropeando la obra.*

DIABETES: *Dios ha muerto.*

MÉDICO: *¿No tiene seguro?*
HEPATITIS: *Improvisa.*
DIABETES: *¿Qué?*
HEPATITIS: *Improvisa el final.*
TRIQUINOSIS: *Alguien se equivocó de palanca.*
DORIS: *Se ha desnucado.*
REY (Tratando de continuar la obra.): *Ejem… bueno, mensajero… mira lo que has hecho.*
(Blande la espada. DIABETES le sujeta.)
DIABETES (Tomando la espada.): *Yo la cogeré.*
REY: *¿Qué demonios haces?*
DIABETES: *¿Querías matarme, eh? Doris, ven aquí.*
REY: *Fidípides, ¿qué haces?*
GUARDIA: *Hepatitis, se está cargando el final.*
CORO: *¿Qué haces, Fidípides? El rey ha de matarte a ti.*
DIABETES: *¿Quién ha dicho eso? ¿Dónde está escrito? No… yo prefiero matar al rey.*
(Atraviesa al REY, pero la espada es de guardarropía.)
REY: *Dejadme solo… Se ha vuelto loco… ¡Basta!… Me haces cosquillas.*
MÉDICO (Tomándole el pulso a DIOS.): *Está definitivamente muerto. Será mejor que lo saquemos de aquí.*
CORO: *Nosotros no queremos comprometernos.*
(El CORO inicia el mutis, llevándose el cuerpo de DIOS.)
DIABETES: *¡El esclavo ha decidido ser el héroe!*
(Atraviesa al GUARDIA; la espada sigue siendo deguardarropía.)
GUARDIA: *¿Qué diablos haces?*

DORIS: *Te amo, Fidípides.* (Él la besa.) *Te lo ruego, no estoy de humor.*

HEPATITIS: *¡Mi obra… mi obra!* (Al CORO.) *¿Adonde vais?*

REY: *Voy a llamar a mi agente. Sol Mishkin, Trabaja para la William Morris. Él sabrá qué hay que hacer.*

HEPATITIS: *¡Esta es una obra seria que tiene un mensaje! Si se desintegra, el público jamás captará el mensaje.*

MUJER: *El teatro tiene que divertir. Como reza el dicho: «si quieres mandar un mensaje, llama a la Western Union».*

REPARTIDOR DE LA WESTERN UNION (Entra en bicicleta.): *Traigo un telegrama para el público. Es el mensaje del autor.*

DIABETES: *¿Quién es éste?*

REPARTIDOR (Baja de la bicicleta, canta.): *Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz…*

HEPATITIS: *¡Este no es el mensaje!*

REPARTIDOR (Lee el telegrama.): *Perdón, aquí está. Dios ha muerto. Stop. Sois libres de hacer lo que os parezca. Y firma… la compañía de bolas de billar Moskowitz.*

DIABETES: *Desde luego, todo es posible. Yo soy el héroe ahora.*

DORIS: *Y sólo sé que voy a tener un orgasmo. Lo sé.*

REPARTIDOR (Sigue leyendo.): *Doris Levine puede tener definitivamente un orgasmo. Stop. Si ella quiere. Stop.* (La abraza.)

DORIS: *Stop.*

(Por el fondo entra un hombre grosero.)

STANLEY: *¡Stella! ¡Stella!*

HEPATITIS: *Ya no hay realidad. Absolutamente ninguna.*

(GROUCHO MARX atraviesa el escenario persiguiendo a BLANCHE.)

(Un HOMBRE se levanta entre el público.)

HOMBRE: *¡Puesto que todo es posible, esta noche yo no vuelvo a mi casa de Forest Hills! Estoy cansado de trabajar en Wall Street. Estoy harto del túnel de Long Island!*

(Agarra a una MUJER del público. Le rompe la blusa, la persigue pasillo arriba. Puede ser también una acomodadora.)

HEPATITIS: *Mi obra…* (Todos los personajes han salido del escenario, dejando solos a los dos primeros personajes, el autor y el actor, HEPATITIS y DIABETES.) *Mi obra…*

DIABETES: *Era buena obra. Sólo le faltaba un final.*

HEPATITIS: *Pero, ¿qué significa?*

DIABETES: *Nada… sencillamente nada.*

HEPATITIS: *¿Qué?*

DIABETES: *No tiene sentido. Es vacío.*

HEPATITIS: *El final.*

DIABETES: *Naturalmente. ¿Qué estamos discutiendo? Estamos discutiendo el final.*

HEPATITIS: *Siempre estamos discutiendo el final.*

DIABETES: *Porque es imposible.*

HEPATITIS: *Reconozco que es poco satisfactorio.*

DIABETES: *¿¡Poco satisfactorio!? Ni siquiera resulta creíble.* (Las luces empiezan a desvanecerse.) *Cuando se escribe una obra el truco está en empezar por el final. Se busca un final sólido y bueno, y luego se escribe hacia atrás.*

HEPATITIS: *Ya intenté eso. Me salió una obra que no tenía principio.*

DIABETES: *Eso es absurdo.*

HEPATITIS: *¿Absurdo? ¿Qué es absurdo?*

(SE APAGAN LAS LUCES)

Fábulas fantásticas y animales míticos

(Les ofrezco a continuación una muestra de algunas de las creaciones más imaginativas de ha literatura mundial, que estoy reuniendo en una antología que Residuo e Hijos proyecta editar durante el desenlace de la huelga de pastores noruegos.)

EL KAHIR

El kahir es un pájaro de cinco centímetros de largo dotado de la facultad de hablar, pero que siempre habla de sí mismo en tercera persona, diciendo por ejemplo: «Es un gran pájaro pequeño, ¿verdad?»

La mitología persa sostiene que si un kahir aparece en el antepecho de la ventana al amanecer, un pariente se hará rico o se quebrará las dos piernas en una rifa.

Se dice que a Zaratustra le regalaron un kahir por su cumpleaños, aunque lo que realmente necesitaba eran unos pantalones grises. El kahir aparece también en la mitología babilonia, pero de una manera mucho más sarcástica, y diciendo siempre: «Ah, déjate de cuentos».

Algunos lectores pueden tener referencias de una ópera de Holstein poco conocida, titulada Taffjelspitz, en la que una joven muda se enamora de un kahir, lo besa y ambos vuelan por la pieza hasta que cae el telón.

EL SALTIZÓN VOLANTE

Un lagarto que posee cuatrocientos ojos, doscientos para ver de lejos y doscientos para leer. Según la leyenda, si un hombre mira el saltizón cara a cara pierde inmediatamente el derecho a conducir un automóvil en Nueva Jersey.

También es legendario el cementerio de los saltizones, cuya situación no conocen siquiera los animales de esta especie, y si un saltizón muere repentinamente no se mueve de donde está hasta que lo recogen.

En la mitología escandinava, Loki intenta descubrir el cementerio de los saltizones, pero en vez de eso se encuentra con unas doncellas que se bañan en el Rin y de algún modo contrae la triquinosis.

El emperador Ho Sin tuvo un sueño en el que contemplaba un palacio más grande que el suyo por la mitad de alquiler. Al atravesar los portales del edificio. Ho Sin descubrió de pronto que su cuerpo volvía a ser joven, aunque su cabeza seguía contando entre sesenta y cinco y setenta años. Al abrir una puerta, encontró otra puerta, que le condujo a otra; pronto se apercibió de que había franqueado cien puertas y que ahora se hallaba en un patio trasero.

Cuando Ho Sin se sentía ya invadido por la desesperación, un ruiseñor se posó sobre su hombro para entonar la más hermosa canción que había oído, y luego le mordió en la nariz.

Escarmentado, Ho Sin se miró a un espejo y, en vez de contemplar su propio reflejo, vio a un hombre llamado Mendel Goldblatt que trabajaba para la fontanería Wasserman y que le acusó de robarle el gabán.

Gracias a esto Ho Sin descubrió el secreto de la vida, que era «Jamás cantes melodías tirolesas».

Cuando el emperador se despertó le bañaba en un sudor frío y no pudo recordar si había soñado el sueño, o estaba siendo soñado por un siervo de su confianza.

EL CENDIL

El cendil es un monstruo marino con cuerpo de cangrejo y cabeza de tenedor de libros titulado.

Se dice que los cendiles están dotados de famosas voces canoras capaces de enloquecer a los.marinos que las escuchan, particularmente cuando entonan melodías de Colé Porter.

Matar a un cendil trae mala suerte: en un poema de Sir Herbert Figg, un marino dispara contra uno y su nave se va a pique en una tempestad, lo cual provoca que la tripulación se apodere del capitán y arroje al mar su dentadura postiza con la esperanza (tal vez vana) de continuar a flote.

EL GRAN CONCÓN

El gran congón es un animal mitológico con cabeza de león y cuerpo de león, pero de otro león distinto. El congón goza fama de dormir mil años para luego surgir entre llamas, especialmente si estaba fumando al amodorrarse.

Se dice que Ulises despertó a un congon a los seiscientos años, pero se le mostró apático y malhumorado, rogándole que le permitiese quedarse en cama otros doscientos años más.

La aparición de un congón está considerada notoriamente como infausta y acostumbra a preceder a una carestía o a las notas de una fiesta de sociedad.

Un hombre sabio de la India apostó con un mago a que éste no le encantaría, pero el mago dio unas palmaditas en la cabeza al hombre sabio y le convirtió en una paloma. La paloma salió entonces volando por la ventana hacia Madagascar e hizo que le enviasen el equipaje.

La esposa del hombre sabio, que había presenciado esto, preguntó al mago si era capaz de transformar objetos en oro, y, en caso de que así fuera, si podía convertir a su hermano en tres dólares en efectivo, para que el día no fuese completamente perdido.

El mago respondió que para aprender tal encantamiento era necesario viajar a los cuatro confines de la tierra, pero que esto debía de hacerse fuera de temporada, en cuanto tres de los confines suelen hallarse completos.

La mujer reflexionó por un instante y prefirió entonces realizar una peregrinación a La Meca, olvidándosele apagar el homo. Diecisiete años después retornó, tras platicar con el Gran Lama, e inmediatamente se dedicó a obras de beneficencia.

(Este relato pertenece a una serie de mitos hindúes que explican porqué tenemos trigo. El autor.)

EL LEGRI

Un ratón blanco de gran tamaño que tiene la letra de la canción «Timbuktú» grabada en el estómago.

El legrí posee la propiedad única entre los roedores de que puede cogerse y tocarse como un acordeón. Similar al legrí es la lira, una diminuta ardilla que sabe silbar y conoce personalmente al alcalde de Detroit.

Los astrónomos hablan de un planeta habitado llamado Quelm, tan alejado de la tierra que un hombre que viajase a la velocidad de la luz tardaría seis millones de años en llegar a él, aunque se estudia una nueva ruta, más rápida, que reduciría en dos horas el viaje.

La temperatura es de setecientos grados bajo cero; en Quelm: está prohibido bañarse y las estaciones termales han sido cerradas o bien ofrecen variedades en directo.

A causa de lo remoto de la distancia que separa al planeta del centro del sistema solar, la gravedad es inexistente en Quelm y disfrutar de una copiosa cena sentado requiere una laboriosa y compleja preparación.

Además de todos estos obstáculos, en Quelm no hay oxígeno que pueda sustentar vida tal como la conocemos, y las criaturas que existen no pueden sobrevivir sin al menos dos empleos.

La leyenda afirma, empero, que hace muchos billones de años el medio ambiente no era tan horrible (o cuanto menos no peor que el de Pittsburg) y que existía vida humana. Estos humanoides —en todo semejantes a los humanos si se exceptúa tal vez un grueso tronco de lechuga donde la nariz se ubica normalmente— eran, a escala del hombre, filósofos. En tanto que

filósofos, confiaban profundamente en la lógica y creían que, si la vida existía, alguien debía de ser la causa, y se pusieron a buscar a un hombre de cabello negro con un tatuaje que llevase un tabardo de la Armada.

Al no materializarse su búsqueda en nada concreto, abandonaron la filosofía para consagrarse al negocio de ventas por correo, pero con la subida de tarifas postales perecieron.

A media voz… muy bajito

Preguntad al hombre corriente quien escribió las obras tituladas Hamlet, Romeo y Julieta y Otelo, y en la mayoría de los casos os declarará presuntuosamente: «El Bardo Inmortal de Stratford on Avon». Preguntadle por la paternidad de los sonetos shakespearianos y ya veréis cómo llega a la misma e ilógica contestación. Haced ahora estas preguntas a ciertos detectives literarios que parecen aflorar periódicamente a través de los años, y no os sorprendáis si os salen con respuestas como Sir Francis Bacon, Ben Jonson, la reina Elizabeth y posiblemente hasta la Ley del Suelo.

La más reciente de estas teorías aparece en un libro que acabo de leer, y que trata de demostrar concluyentemente que el verdadero autor de las obras de Shakespeare fue Christopher Marlowe. El libro expone de modo muy convincente esta tesis, y para cuando terminé la lectura ya no estaba seguro de si Shakespeare era Marlowe, o Marlowe era Shakespeare, o qué. Una cosa sé, que no le hubiese aceptado un cheque a ninguno de los dos… y eso que me gustan sus obras.

Ahora bien, intentando considerar la antes mencionada teoría en su justa perspectiva, mi primera pregunta es: si Marlowe escribió las obras de Shakespeare, ¿quién escribió las de Marlowe? La respuesta a esto se halla en el hecho de que Shakespeare estaba casado con una mujer llamada Anne Hathaway. Esto es lo que sabemos como cierto. Sin embargo, según la nueva teoría, fue Marlowe quien realmente estuvo casado con Anne Hathaway, una unión que le causó a Shakespeare un pesar sin límites, por cuanto ellos no le dejaban entrar en casa.

Un día funesto, en una envidiosa disputa sobre quién era el último en la cola de la panadería, Marlowe fue muerto… muerto o quitado de en medio con un disfraz para evitar que le acusaran de herejía, un crimen muy grave que se castigaba con ser muerto, o quitado de en medio, o ambas cosas.

Fue en aquel momento que la joven esposa de Marlowe tomó la pluma y continuó escribiendo las obras y sonetos que todos conocemos y evitamos hoy. Pero permitidme una aclaración:

Todos sabemos que Shakespeare (Marlowe) tomaba prestados sus argumentos de los escritores antiguos (modernos); sin embargo, cuando le llegó la hora de devolvérselos, los argumentos estaban tan gastados que se vio obligado a salir del país con el nombre supuesto de William Bardo (de ahí el término «bardo inmortal») para esquivar la cárcel por deudas (de ahí el término «cárcel por deudas»). Aquí es cuando Sir Francis Bacon entra en escena. Bacon era un innovador de la época que estaba experimentando conceptos avanzados de frigorificación. La leyenda pretende que murió en el intento de congelar un pollo. Al parecer, el pollo fue el primero en echarse atrás. En un esfuerzo por ocultar a Marlowe de Shakespeare, si demostraran ser la misma persona, Bacon había tomado el nombre ficticio de Alexander Pope, quien era en realidad el Pope Alexander, jefe de la Iglesia ortodoxa rusa y actualmente en el exilio a causa de la invasión de Rusia por los Bardos, una de las últimas tribus nómadas (los Bardos nos dan la clave del término «bardo inmortal»), y que años antes había huido al galope hasta Londres, donde Raleigh aguardaba la muerte en la Torre.

El misterio aumenta en cuanto, según discurre esta historia, Ben Jonson pone en escena un falso funeral por Marlowe, al convencer a un poeta menor de que ocupase su sitio en el entierro. No hay que confundir a Ben Jonson con Samuel Johnson. Era Samuel Johnson. Samuel Johnson no lo era. Samuel Johnson era Samuel Pepys. Pepys era en realidad Raleigh, que se había fugado de la Torre para escribir *El paraíso perdido* con el nombre de John Milton, un poeta que gracias a su ceguera se había librado de la Torre y al que ahorcaron con el nombre de Jonathan Swift. Todo esto empieza a ponerse en claro cuando se descubre que George Eliot era una mujer.

A partir de aquí, por consiguiente. El rey Lear no es una obra de Shakespeare, sino una revista satírica de Chaucer, originalmente titulada *«Nadie es perfecto»*, la cual proporciona una pista del hombre que mató a Marlowe, un hombre al que en la época isabelina (o de Elizabeth Barret Browning) se conocía por Oíd Vic. Oíd Vic se ha hecho luego más familiar para nosotros con el nombre de Victor Hugo, quien escribió *Nuestra Señora de París*, novela que numerosos expertos literarios consideran que es simplemente *Coriolano* con unos cuantos obvios cambios. (Léanse ambas obras deprisa.)

Cabe preguntarse entonces, ¿no hizo Lewis Carroll una caricatura de toda esta situación al escribir *Alicia en el País de las Maravillas*? El Conejo Blanco era Shaespeare, el Sombrerero Loco, Marlowe, y el Ratón, Bacon —o el Sombrerero Loco, Bacon, y el Conejo Blanco, Marlowe— o Carroll, Bacon, y el Ratón, Marlowe —o Alicia era Shakespeare, o Bacon— o Carroll era el Sombrerero Loco. Es una lástima que Carroll no esté vivo hoy para dejar sentado este tema. O Bacon. O Marlowe. O Shakespeare. Lo importante es que, si os vais a mudar, deis parte a la oficina de correos. A menos que os importe un pimiento la posteridad

Si los impresionistas hubieran sido dentistas

(Una fantasía que explora la transposición de temperamento)

Querido Theo:

¿Me tratará alguna vez la vida con decoro? ¡La desesperación me abruma! ¡La cabeza me va a estallar! ¡La señora de Sol Schwimmer piensa demandarme porque le hice el puente tal como sentía y no a la medida de su ridícula boca! ¡No intentaría más! ¡Yo no puedo trabajar por encargo como un simple tendero! ¡Decidí que su puente tenía que ser enorme y ondulante, con dientes fieros, explosivos que refulgiesen en todas direcciones como llamaradas! ¡Y ella alterada porque no le cabe en la boca! ¡Es tan burguesa y

estúpida, quisiera destrozarla! ¡Intenté encajar la prótesis como pude, pero le asomaba como una araña de cristal que se hubiese estrellado contra el suelo! A pesar de ello, me parece hermoso. ¡Y ella se queja de que no puede masticar! ¡A mí qué me importa que pueda masticar o no! ¡Theo, no soportaré esto mucho tiempo! Le propuse a Cézanne que compartiese la consulta conmigo, pero está viejo y débil e incapaz de sostener el instrumental y hay que atárselo a las muñecas, pero le falta entonces precisión y en cuanto llega a la boca hace saltar más dientes de los que salva. ¿Qué puedo hacer?

Vincent

Querido Theo:

He sacado varias radiografías dentales está semana que parecen buenas. Degas las vio pero se mostró severo. Dijo que la composición era mala. Todas las caries se arracimaban en el ángulo inferior izquierdo. ¡Le expliqué que así es cómo era la boca de la señora Slotkin, pero no quiso escucharme! Dijo que detestaba los marcos y que la caoba era un material excesivamente monolítico. ¡En cuanto se marchó, los hice trizas! Por si esto no fuera suficiente, intenté extirparle una raíz a la señora Wilma Zardis, pero a mitad del trabajo me abatió el desaliento. ¡Comprendí de pronto que extirpar raíces no era lo que yo quería hacer! ¡Me sentí enrojecer y me dio vueltas la cabeza! ¡Salí huyendo de la consulta para respirar aire libre! Estuve sin sentido durante varios días y desperté a orillas del mar. Cuando regresé, la paciente seguía aún en el sillón. Acabé el trabajo con su boca aun cuando nada me obligaba, pero no tuve ánimos para firmarlo.

Vincent

Querido Theo:

Una vez más me hallo falto de fondos. Ya sé que soy una gran carga para ti, pero ¿a quién puedo recurrir? ¡Necesito dinero para mis materiales! Estoy trabajando ahora casi exclusivamente con laca dental, improviso sobre la marcha, y los resultados son animadores. ¡Dios mío! ¡No me queda ni para comprar novocaína! ¡Hoy arranqué una muela y tuve que anestesiar al paciente leyéndole un trozo de Dreiser. Auxilio.

Vincent

Querido Theo:

He decidido compartir la consulta con Gauguin. Es un excelente dentista, cuya especialidad son los puentes, y parece simpatizar conmigo. Se mostró muy lisonjero sobre mi trabajo con el señor Jay Greenglass. Quizá lo recuerdes, le empasté el séptimo diente inferior, pero luego no me gustó y quise quitárselo. Greenglass se negó terminantemente y acabamos en los tribunales. Como la propiedad se podía discutir legalmente, por consejo del abogado, puse pleito exigiendo astutamente la dentadura completa y la sentencia me concedió el empaste. ¡Bueno, el caso es que alguien lo vio en un rincón de la consulta y quiere presentarlo en una exposición! ¡Y hablan ya de dedicarme una retrospectiva!

Vincent

Querido Theo:

Creo que tener consulta común con Gauguin ha sido un error. Es un perturbado. Bebe absenta en enormes cantidades. Al echárselo en cara, se puso furioso, y arrancó de la pared mi diploma de doctor en odontología. En un momento de mayor sosiego, le persuadí de que empastase dientes al aire libre y trabajamos en un prado donde dominaban verdes y amarillos. Él le puso fundas a la señorita Ángela Tonnato y yo le hice un empaste provisional al señor Louis Kaufman. ¡Allí estábamos, trabajando juntos al aire libre! ¡Filas de dientes cegadoramente blancos que brillaban a la luz del sol! Luego hubo un soplo de viento y el bisoñe del señor Kaufman fue a parar a unos matorrales. Al lanzarse en su busca, tiró al suelo el instrumental de Gauguin. Éste me echó a mí la culpa y trató de golpearme, pero empujó por error al señor Kaufman, haciéndole caer sentado encima del tomo. El señor Kaufman rebotó junto a mí como una exhalación, arrastrando con él de paso a la señorita Tonnato. La conclusión, Theo, es que Rifkin, Rifkin, Rifkin y Meltzer me han embargado el sueldo. Envíame todo lo que puedas.

Vincent

Querido Theo:

Toulouse-Lautrec es el personaje más triste del mundo. Ansia más que nada ser un gran dentista, y tiene auténtico talento, pero es demasiado bajo como para alcanzar la boca de sus pacientes y demasiado orgulloso como para subirse encima de algo. Estirando los brazos sobre su cabeza, busca a ciegas los labios, y ayer, en vez

de ponerle fundas a las muelas de la señora Fitelson, le enfundó la barbilla. Entretanto, mi viejo amigo Monet se niega a trabajar con bocas que no sean muy, muy grandes, y Seurat, que es muy puntilloso, ha perfeccionado un método para limpiar los dientes de uno en uno hasta conseguir lo que él llama «una boca completa, pura». Hay una solidez arquitectónica en ello, pero ¿se le puede llamar odontología?

Vincent

Querido Theo:

Estoy enamorado. Clara Memling vino la semana pasada para que le hiciera una profilaxis bucal. (Le envié una tarjeta para advertirle de que habían pasado seis meses desde la última limpieza, aunque sólo eran cuatro días.) ¡Theo, me enloquece! ¡El deseo me posee! ¡Su mordedura! ¡Nunca he visto una mordedura semejante! ¡Sus dientes encajan de un modo perfecto! ¡No como los de la señora Itkin, cuya mandíbula inferior sobresale tres centímetros con relación a la superior, lo cual la hace parecer un licántropo! ¡No! ¡Los dientes de Clara al cerrarse se engarzan! ¡Y cuando esto sucede comprendes que hay un Dios! Y sin embargo no es demasiado perfecta. No es tan impecable que acaba por resultar sosa. Hay un vacío entre sus muelas inferiores novena y undécima. La décima la perdió durante la adolescencia. De repente y sin aviso previo se le picó. Le fue extirpada con cierta facilidad (de hecho se le cayó mientras hablaba) y nunca se le puso otra postiza. «Nada puede reemplazar a una décima muela», me confió. «Era más que una muela, había sido toda mi vida hasta aquel momento.» Mientras se hacía mujer raras veces se volvió a mencionar la muela, y creo que estaba más que deseosa de hablar de ella

conmigo porque tiene confianza en mí. Oh, Theo, la amo. Estaba hoy observando el interior de su boca y me sentía otra vez un nervioso e inmaduro estudiante de odontología, que maneja con torpeza espejos y compresas. Luego la rodeé con mis brazos, para enseñarle a cepillarse los dientes correctamente. La adorable tontuela estaba acostumbraba a sostener el cepillo inmóvil y menear la cabeza de un lado para otro. El próximo jueves le daré cloroformo y le pediré que se case conmigo.

Vincent

Querido Theo:

¡Gauguin y yo nos hemos peleado una vez más y se ha ido a Tahítí! Estaba llevando a cabo una extracción cuando le distraje. Su rodilla estaba apoyada en el pecho del señor Nat Feldman y tenía el molar superior derecho de éste cogido con los alicates. Mientras se producía el forcejeo habitual, tuve la desgracia de entrar para preguntarle a Gauguin si había visto mi sombrero de fieltro. Distraído, Gauguin perdió presa en el diente y Feldman aprovechó tal desliz para saltar del sillón y salir huyendo de la consulta. ¡Gauguin se puso frenético! Me tuvo con la cabeza metida durante diez minutos dentro de la máquina de hacer radiografías y transcurrieron varias horas hasta que conseguí parpadear de nuevo con los dos ojos a un tiempo. Ahora me siento solo.

Vincent

Querido Theo:

¡Todo se ha perdido! Al ser hoy el día en que pensaba pedirle a Clara que se casase con migo, me sentía un poco en vilo. Ella estaba espléndida con su vestido de organdí blanco, su sombrero de paja y sus encías regresivas. La tenía en el sillón, con el tomo dentro de su boca, y mi corazón palpitaba estruendosamente. Intenté crear un clima romántico. Tras amortiguar las luces, procuré dirigir la conversación hacia temas alegres. Los dos tomamos un poco de cloroformo. Cuando el momento me pareció e1 adecuado, la miré derecho a los ojos y dije: «Por favor, enjuágate.» ¡Y ella se rió! ¡Sí, Theo! ¡Se rió de mí y luego se puso furiosa! Gritó: «¡¿Crees que voy a enjuagarme por un hombre como tú?! ¡Estás de guasa!». Y yo imploré: «Por favor, no me has entendido.» Ella replicó: o ¡Ya lo creo que te he entendido! ¡Nunca me enjuagaría con nadie que no fuera odontólogo ortodontista titulado! ¡Vaya, mira que creer que yo iba a enjuagarme aquí! ¡Aléjate de mí!». Y salió corriendo entre lágrimas. ¡Theo! ¡Quiero morir! i He visto mi cara en el espejo y voy a aplastarla! ¡Aplastarla! Espero que estés bien.

Vincent

Querido Theo:

Sí, es cierto. La oreja que venden en Fleishman y Hermanos es mía. Ya sé que he cometido una estupidez, pero quería regalarle algo a Clara por su cumpleaños el sábado último y estaba todo cerrado. Oh, en fin. Hay veces que quisiera haberle hecho caso a papá y ser pintor. No es que resulte muy emocionante, pero se lleva una vida metódica.

Vincent

Nadie rezará un kaddish por Weinstein

Weinstein yacía bajo las mantas, mirando al techo en un abatido sopor. Fuera, cortinas de aire húmedo se alzaban del pavimento en olas sofocantes. El estrépito del tráfico era ensordecedor a aquella hora, y además su cama estaba ardiendo. Fijaos en mí, pensó. Tengo cincuenta años. Medio siglo. El año próximo, cumpliré cincuenta y uno. Luego serán cincuenta y dos. Siguiendo este mismo razonamiento, consiguió calcular cuál sería su edad en los cinco años futuros. Tan poco tiempo por delante, pensó, y tantas cosas por hacer. Entre otras, quería aprender a conducir un automóvil. Aldeman, su amigo, con quien jugaba al dreidel en Rush Street, había estudiado conducción en la Sorbona. Sabía llevar un coche estupendamente y había conducido ya por muchos lugares sin ayuda. Los pocos intentos hechos por Weinstein de guiar el Chevrolet de su padre habían acabado siempre en lo alto de la acera.

Había sido un niño precoz. Un intelectual. A los doce años, había traducido los poemas de T. S. Eliot al inglés, después de que algunos vándalos asaltasen la biblioteca y los tradujeran al francés. Y como si su elevado C.I no le aislase ya bastante, padeció incontables injusticias y persecuciones a causa de su religión, la mayor parte de ellas a manos de sus padres. Cierto, el anciano pertenecía a la sinagoga, y también la madre, pero nunca pudieron aceptar el hecho de que su hijo fuese judío. «¿Cómo ha podido suceder?», preguntaba su padre, desconcertado. Mi cara parece semítica, pensaba Weinstein todas las mañanas al afeitarse. Le habían confundido varias veces con Robert Redford, pero en todas ellas el que le confundía era ciego. Luego se puso a pensar en Feinglass, su otro amigo de la infancia: un miembro de la Phi Beta Kappa. Un espía sindical, que denunciaba a los obreros. Luego se convirtió al marxismo. Se hizo agitador comunista. Al traicionarle el Partido, se fue a Hollywood y llegó a ser la voz de un popular ratón de los dibujos animados. Irónico.

También Weinstein había flirteado con los comunistas. Para impresionar a una chica en Rutgers, se fue a Moscú y se alistó en el Ejército Rojo. Cuando la llamó para volver a salir, ella andaba ya detrás de otro. No

obstante, su grado de sargento en la infantería soviética iba a perjudicarle más tarde cuando necesitó un certificado de buena conducta para conseguir que le dieran un aperitivo gratis con la cena en el Longohamps. Asimismo, mientras estudiaba en la escuela, había hecho que unos cuantos cobayas de laboratorio se organizaran y les condujo a la huelga por unas mejores condiciones laborales. Pero, en realidad, no era la política sino la poesía de las teorías marxistas lo que le había fascinado. Estaba positivamente convencido de que la colectivización sería viable si todos se aprendieran la letra de «Polvo de estrellas». «El eclipse del estado» era una frase que no se le iba de la cabeza, desde que la nariz de su tío se había eclipsado un día en los almacenes Saks de la Quinta Avenida. ¿Qué se puede aprender, se preguntaba, sobre la verdadera esencia de la revolución social? Sólo que no debe intentarse jamás después de una comida mexicana.

La Depresión arruinó al tío de Weinstein, Meyer, que guardaba su fortuna debajo del colchón. Al quebrar el mercado de valores, el gobierno hizo militarizar todos los colchones, y Meyer se vio en la pobreza de la noche a la mañana. No le quedó más que tirarse por la ventana, pero al faltarle el valor se quedó sentado en un antepecho del Edificio Flatiron de 1930 a 1937.

—Esos chicos de hoy que presumen tanto de droga y de sexo, ¿saben lo que es estar sentado siete años en el antepecho de una ventana? —solía exclamar con orgullo el tío Meyer—. ¡Eso sí que es ver la vida! Aunque todos parecen hormigas, claro. Pero cada año Tessie —que en paz descanse— preparaba el Seder ahí fuera en el saliente. La familia se reunía para celebrar la Pascua judía. ¡Ay, sobrino! ¿Qué va a ser del mundo ahora que ya tienen una bomba que puede matar más gente que una sola mirada a la hija de Max Rifkin?

Los supuestos amigos de Weinstein tuvieron todos que doblegarse ante el Comité de Actividades Antinorteamericanas. Blotnick fue delatado por su propia madre. Sharpstein lo fue por su contestador telefónico. Weinstein fue llamado ante el Comité y confesó haber hecho donativos para el Socorro de la Guerra de Rusia, añadiendo luego: «Oh, sí, le compré a Stalin un comedor». Se negó a facilitar nombres, pero dijo que, si el Comité

seguía insistiendo, revelaría las tallas de las personas que conoció en diversas reuniones. Al final fue dominado por el pánico, y en vez de invocar la Quinta Enmienda, invocó la Tercera, que le daba derecho a comprar cerveza en Filadelfia todos los domingos.

Weinstein acabó de afeitarse y se metió bajo la ducha. Se enjabonó, mientras el agua humeante caía por su voluminosa espalda. Aquí estoy en algún punto determinado del tiempo y del espacio, pensó, yo, Isaac Weinstein. Una de las criaturas de Dios. Y entonces, al pisar el jabón, resbaló sobre las baldosas y se dio de cabeza contra el toallero. La semana era aciaga. El día anterior le habían cortado mal el pelo, y aún le atormentaba la angustia que le causó este incidente. Al principio el barbero se lo había recortado con discernimiento, pero pronto se dio cuenta Weinstein de que había ido demasiado lejos.

—¡Vuélveme a poner un poco! —gritó irracionalmente.

—No puedo —replicó el barbero—. Se le caerá

—¡Bueno, devuélvemelo entonces. Demonio! ¡Quiero llevármelo!

—En cuanto cae al suelo de la peluquería es mío, señor Weinstein.

—¡Y un cuerno! ¡Quiero mi cabello!

Tras proferir gritos y amenazas, finalmente se sintió avergonzado y decidió marcharse. Malditos gentiles, pensó. De una manera o de otra, siempre te la juegan.

Al cabo de un rato salió del hotel y echó a andar Octava Avenida arriba. Dos hombres estaban asaltando a una señora de edad. Dios mío, pensó Weinstein, en otros tiempos bastaba una sola persona para hacer ese trabajo. Bonita ciudad. Caos por doquier. Kant tenía razón: El entendimiento impone el orden. Permite determinar también la amplitud de la propina. ¡Qué maravilloso es tener conocimiento! Me pregunto qué hará la gente en Nueva Jersey.

Iba de camino a casa de Harriet para hablarle del pago de su asignación. Amaba aún a Harriet, a pesar de que, cuando estaban casados, ella había intentado el adulterio sistemático con todos los nombres empezados por R del listín telefónico de Manhattan. Él la perdonó. Pero tenía que haber

sospechado algo cuando su mejor amigo y Harriet tomaron una casa y vivieron juntos tres años, sin decirle donde estaban. Él no quería verlo… eso era todo. Su vida sexual con Harriet no había durado mucho. Se acostó con ella una vez la noche que se conocieron, otra vez la tarde del primer aterrizaje del Apolo en la Luna, y otra para comprobar si su espalda estaba bien después de que se le dislocase un músculo. «No me lo paso bien contigo, Harriet», acostumbraba a quejarse. «Eres demasiado pura. Cada vez que siento deseo de ti, tengo que sublimarlo plantando un árbol en Israel. Me recuerdas a mi madre.» (Molly Weinstein, que Dios tenga en su gloria, que trabajó como una esclava por él y que hacía la mejor derma rellena de la ciudad… una receta secreta hasta que alguien descubrió que le ponía hashish.)

Para hacer el amor, Weinstein necesitaba alguien de temperamento muy distinto. Como Lu Anne, que convertía el sexo en un arte. Su único problema es que no podía contar hasta veinte sin quitarse los zapatos. Una vez le regaló un libro sobre existencialismo, pero ella lo aborreció. Desde el punto de vista sexual, Weinstein se sentía insuficiente. Entre otras cosas, se sentía bajo. Medía un metro sesenta y dos con calcetines, pero con los calcetines de otro podía llegar al metro sesenta y seis. El doctor Klein, su psicoanalista, le hizo ver que pegar saltos delante de un tren en marcha era un acto más hostil que auto-destructivo, pero que en cualquier caso le estropearía la raya de los pantalones. Klein era su tercer psicoanalista. El primero fue un discípulo de Jung, que le sugirió que utilizase un tablero Guija. Antes de eso, hizo terapia de grupo, pero cuando le llegaba el turno de hablar sentía mareos y se ponía a recitar los nombres de todos los planetas. Su problema eran las mujeres, y lo sabía. Con cualquier mujer que hubiese acabado la universidad con notas superiores al cinco de promedio, era impotente. Se sentía más a gusto con diplomadas en mecanografía, pero si la mujer superaba las sesenta palabras por minuto, el pánico le invadía y era incapaz de cumplir.

Weinstein llamó al timbre del apartamento de Harriet, y de pronto allí estaba ella delante suyo. Elegante como una jirafa moteada, como siempre, pensó Weinstein. Era un chiste privado que ninguno de los dos entendía.

—Hola, Harriet —saludó.

—Oh, Ike —contestó ella—. No tienes por qué ser tan hipócrita.

Tenía razón. Qué falta de tacto en sus palabras. Se lo echó en cara amargamente.

—¿Cómo están los niños, Harriet?

—Nunca hemos tenido niños, Ike.

—Es que yo creí que cuatrocientos dólares por semana eran para el mantenimiento de los niños.

Ella se mordió el labio, Weinstein se mordió el suyo. Luego mordió el de ella.

—Harriet —murmuró—. Estoy… estoy arruinado. Los huevos están bajando.

—Ya entiendo. ¿Y no te puede echar una mano tu shiksa?

—Para ti, cualquier chica que no sea judía es una shiksa.

—Dejémoslo estar.

La voz de Harriet sonaba ahogada por la recriminación. Weinstein sintió un repentino deseo de besarla, o si no a ella, a alguien.

—Harriet, ¿cuál ha sido nuestro error?

—Jamás nos enfrentamos con la realidad.

—No fue mía la culpa. Dijiste que estaba al norte.

—La realidad está al norte, Ike.

—No, Harriet. Los sueños están al norte. La realidad está al oeste. Las falsas esperanzas, al este, y creo que Luisiana está al sur.

Harriet poseía aún la facultad de excitarle sexualmente. Intentó tocarla, pero ella se apartó, y la mano de Weinstein fue a reposar sobre un plato de crema agria.

—¿Es por eso que te acostaste con tu psicoanalista? —barbotó por fin.

Su rostro estaba contraído por el furor. Se sentía a punto de desmayarse, pero no se acordaba de cómo caerse al suelo.

—Eso fue terapia —repuso ella fríamente—. Según Freud, el sexo es el camino real al inconsciente

—Freud dijo que los sueños eran el camino al inconsciente.

—Sexo, sueños… ¿te las vas a dar de purista conmigo?

—Adiós, Harriet.

Era inútil. *Rien á diré, ríen á faire.* Weinstein salió, y se encaminó hacia Union Square. Se le saltaron de pronto las lágrimas, como si se hubiera roto un embalse. Lágrimas cálidas, saladas, contenidas durante años corrían ahora impetuosamente en un impúdico acceso de emoción. El problema era que le brotaban de las orejas. Fijaos en esto, pensó; ni siquiera puedo llorar como es debido. Se tapó las orejas con kleenex y emprendió el regreso a casa.

Tiempos felices: Una relación oral

Les ofrecemos a continuación unos fragmentos de las memorias de Flo Guinness, de próxima publicación. Sin duda el más pintoresco personaje de entre todos los propietarios de tabernas clandestinas durante la Prohibición, Flo la Grande, como la llamaron sus amigos (muchos de sus enemigos la llamaron también así, principalmente por comodidad), aparece en estas entrevistas grabadas con ella como una mujer llena de un sano apetito por la vida, así como una artista frustrada que debió renunciar a la ambición, acariciada durante toda su vida, de llegar a ser una violinista clásica, al descubrir que esto implicaba estudiar violín. Aquí, por primera vez Flo la Grande se expresa a su manera:

En un principio, yo bailaba en el Club Jewel de Chicago, que tenía Ned Small. Ned era un astuto comerciante que amasó toda su fortuna a base de lo que hoy llamaríamos «robar». En aquellos días era muy distinto, desde luego. Sí, señor, Ned tenía mucho encanto… de esta clase que ya no se encuentra hoy. Tenía fama de partirte las dos piernas si no estabas de acuerdo con él. Y de veras que lo hacía, chicos. ¡Partía más piernas que nadie! Yo diría que quince o dieciséis piernas por semana era su promedio. Pero Ned era un sol conmigo, porque siempre le dije en la cara lo que pensaba de él. «Ned», le dije una vez mientras cenábamos, «eres un tahúr zalamero con la moral de un gato de tapia». Se hecho a reír, pero más tarde, por la noche, le vi buscando la palabra «zalamero» en un diccionario. El

caso es que, como decía, yo bailaba en el Club Jewel de Ned Small. Yo era su mejor bailarina, chicos… una bailarina-actriz. Las otras chicas se meneaban, pero yo, bailando, contaba una pequeña historia. Como Venus que sale del baño, sólo que en la calle 42 con Broadway, y va a clubs nocturnos y baila hasta el amanecer hasta que le da una coronaria imponente y pierde el control de los músculos del lado derecho de la cara. Una cosa triste, chicos. Por eso se me respetaba.

Un día, Ned Small me llama a su despacho y me dice: «Flo». (Siempre me llamaba Flo, menos cuando se ponía realmente furioso conmigo. Entonces me llamaba Albert Schneiderman… nunca supe el porqué. Digamos que el corazón sigue extraños caminos.) Así que Ned va y me suelta: «Flo, quiero que te cases conmigo». Bueno, me podían haber tirado al suelo de un soplido. Me eché a llorar como una cría. «Lo digo de veras. Flo», insistió Ned. «Te amo profundamente. No es fácil para mí decir estas cosas, pero quiero que seas la madre de mis hijos. Y si dices que no, te partiré las dos piernas.» Dos días después, ni un minuto más, Ned Small y yo nos dimos el sí. Tres días después, Ned fue ametrallado por la banda de Al Capone por arrojar uvas al sombrero de su jefe.

Después de esto, naturalmente, me convertí en una mujer rica. Lo primero que hice fue comprarles a mi madre y a mi padre la granja de que siempre habían hablado. Me dijeron que jamás habían hablado de ninguna granja y que lo que realmente querían era un auto y unas cuantas pieles, pero que probarían. Les gustó la vida de campo, mucho, aunque a papá le cayó un rayo encima en la norte cuarenta y en los seis años que siguieron, cuando le preguntaban su nombre, sólo podía contestar la palabra «Kleenex». En cuanto a mí, tres meses más tarde ya no tenía ni un centavo. Inversiones ruinosas. Financié una expedición ballenera a Cincinnati, por consejo de amigos.

Yo bailaba para Ed Wheeler, que fabricaba un whisky casero tan fuerte que sólo se podía beber con máscara antigás. Ed me pagaba trescientos dólares semanales por diez actuaciones, lo que en aquellos días era una pasta. Demonios, incluyendo propinas yo ganaba más que el Presidente

Hoover. Y él tenía que hacer doce actuaciones. Yo salía a las nueve y a las once, y él a las diez y a las dos. Hoover era un buen Presidente, pero se estaba siempre en el camerino tarareando. Eso me sacaba de quicio. Entonces un día el propietario del Club Apex vio mi número y me ofreció quinientos dólares semanales por bailar allí. Se lo solté sin más a Ed Wheeler:

—Ed, Bill Hallorhan me ha ofrecido quinientos pavos por bailar en el Club Apex.

Me contestó:

—Flo, si puedes sacar quinientos pavos por semana, no me interpondré en tu camino.

Nos dimos la mano y fui a contarle a Bill Hallorhan las buenas noticias, pero unos cuantos amigos de Ed habían llegado primero, de modo que, cuando vi a Bill Hallorhan, su apariencia física había sufrido un cambio, porque ahora no era más que una voz chillona que salía del interior de una caja de cigarros. Me dijo que había decidido retirarse del negocio del espectáculo, irse de Chicago y establecerse en algún sitio más cercano al ecuador. Así que continué bailando para Ed Wheeler hasta que la banda de Capone le compró el local. He dicho «le compró el local», chicos, pero lo cierto es que Scarface Al le ofreció una suma regular y Wheeler dijo no. Aquel mismo día, más tarde, estaba almorzando en un restaurante cuando la cabeza le estalló en llamas. Nadie supo el porqué.

Compré el Tres Doses con el dinero que había ahorrado, y en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en el local de moda en la ciudad. Venían todos… Babe Ruth, Jack Dempsey, Jolson, Campeador. Campeador estaba allí todas las noches. ¡Dios mío, lo que llegó a beber aquel caballo! Recuerdo que una vez a Babe Ruth le dio muy fuerte por una corista que se llamaba Kelly Swain. Estaba tan loco por ella que se había olvidado del béisbol y dos veces se embadurnó todo el cuerpo con grasa, creyéndose que era un nadador famoso que atravesaba canales.

—Flo —me dijo—. Estoy chiflado por esa pelirroja, Kelly Swain. Pero detesta los deportes. Mentí y le dije que estaba haciendo un curso sobre Wittgenstein, pero creo que se huele algo.

—¿No te puedes pasar sin ella, Babe? —le pregunté.

—No, Flo. Y estoy perdiendo la concentración. Ayer marqué cuatro tantos y conseguí dos bases, pero estamos en enero y no había partido. Lo hice en mi cuarto del hotel. ¿Puedes echarme una mano?

Le prometí que hablaría con Kelly, y al día siguiente me dejé caer por el Golden Abattoir, donde ella bailaba. Le dije:

—Kelly, el Bambino está loco por ti. Sabe que te gusta la cultura, y dice que, si sales con él, dejará el béisbol y se apuntará en la compañía de Martha Grabara.

Kelly me miró limpiamente a los ojos, y me contestó:

—Dile a ese mentecato que yo no he venido de Chippewa Falls para acabar enredándome con un beisbolista pretencioso. Tengo planes mejores.

Dos años más tarde, se casó con Lord' Osgood Wellington Tuttle y se convirtió en Lady Tuttle. Su esposo renunció a una embajada para jugar de defensa con los Tigers. Joe Tuttle el Saltarín, le llamaron. Consiguió el récord de ser el jugador batido más veces en el primer juego.

¿El juego? Chicos, yo estaba presente cuando Nick el Griego se ganó el apodo. Había un jugador de poca monta al que llamaban Jake el Griego, y Nick me llamó y me dijo:

—Flo, me gustaría ser el Griego.

—Lo siento, Nick, tú no eres griego. Y según las leyes de juego del Estado de Nueva York está prohibido —le contesté.

—Ya lo sé. Flo, pero mis padres siempre quisieron que me llamase el Griego. ¿No podrías organizar un almuerzo con Jake?

—Claro, pero si se entera de para qué, no se dejará ver.

Y Nick me rogó: —Inténtalo, Flo. Significa mucho para mí.

Así que los dos se encontraron en la parrilla del restaurante Monty. No se permitía la entrada a las mujeres, pero a mí sí, porque Monty era un gran amigo mío y no me consideraba ni varón ni hembra sino, según sus propias palabras, un «protoplasma indefinido». Pedimos la especialidad de la casa, costillas, que Monty sabe preparar de modo que parecen dedos humanos. Finalmente, Nick declaró:

—Jake, me gustaría que me llamaran el Griego.

Jake se puso pálido y masculló:

—Mira, Nick, si es para eso que me has traído aquí…

Bueno, chicos, la cosa empezó a ponerse fea. Los dos se midieron con la mirada. Hasta que Nick habló:

—Te diré lo que voy a hacer. Cortaré la baraja. La carta más alta dirá quién es el Griego.

—Pero, ¿y si yo gano? —repuso Jake—. Yo me llamo ya el Griego.

—Si tú ganas, Jake, puedes coger el listín de teléfonos y elegir el nombre que más te guste. Con mis respetos. —¿Sin trucos?

—Flo es testigo.

Bueno, la tensión en el local se podía cortar con un cuchillo. Alguien trajo un mazo de naipes y cortaron. Nick sacó una reina, y la mano de Jake temblaba. ¡Entonces Jake sacó un as! Todos le vitorearon, y Jake cogió el listín telefónico y eligió el nombre de Grover Lembeck. Todos se sentían contentos, y desde aquel día se permitió la entrada de mujeres en el restaurante Monty, con la condición de que supieran descifrar jeroglíficos.

Recuerdo que había una gran revista musical en el Winter Garden, *Sabandija cuajada de estrellas*. Jolson era el protagonista, pero se marchó porque querían que cantase una canción titulada «Kasha para dos», y la aborreció. Tenía un verso que decía: «Del amor soy esclavo, como caballo en el establo». El caso es que acabó por cantarla un joven desconocido, llamado Félix Brompton, que más tarde fue detenido en la habitación de un hotel con una silueta de cartón recortado de Helen Morgan. Salió en todos los periódicos. Bueno, Jolson fue una noche al Tres Doses con Eddie Cantor, y me dijo:

—Flo, me han dicho que George Raft estuvo aquí la semana pasada y bailó claque.

Y yo le contesté:

—No, Al. George nunca ha estado aquí.

Y Al dijo:

—Si le dejas bailar claque, a mí me gustaría cantar.

Y yo insistí:

—Al, no ha estado aquí nunca.

Y Al continuó:
—¿Le acompañó alguien al piano?
Y yo le amenacé:
—Al, si cantas una sola nota, te echaré de aquí yo misma.
Y Al puso la rodilla en el suelo y arrancó con *«Pies borrachos»*. Mientras cantaba, yo vendí el local, y para cuando Al terminó se había convertido en la Lavandería Wing Ho. Jolson nunca se repuso ni me perdonó. Cuando salía, tropezó con una pila de camisas

Las expresiones populares

¿Os habéis preguntado alguna vez de dónde provienen ciertas expresiones y giros? ¿Como «ponerse las botas» o «pegarse el piro»? Yo tampoco. Sin embargo, para aquellos interesados en esta clase de cosas, he preparado una breve guía de algunos de sus orígenes más interesantes.

El tiempo no me ha permitido, infortunadamente, consultar ninguna de las obras clásicas sobre la materia, por lo que me he visto obligado a buscar mis fuentes de información en amigos o a llenar ciertos huecos empleando mi propio sentido común.

Consideremos, por ejemplo, la expresión «comerse el sombrero». Durante el reinado de Luis el Craso, las artes culinarias florecieron en Francia hasta un extremo no igualado en ninguna otra parte del mundo. Tan obeso era el monarca francés que tenía que ser bajado a su trono con una polea y luego embutido en el asiento con la ayuda de una gigantesca espátula. Una cena corriente (según DeRochet) consistía en un aperitivo de finas crepés, un buey y natillas. La comida se convirtió en la obsesión de la corte, y no se podía hablar de otro tema bajo pena de muerte. Algunos miembros de esta aristocracia decadente consumían banquetes increíbles y llegaban hasta a vestirse de manjares. DeRochet nos cuenta que Monsieur Monsant se presentó en una coronación vestido de *tournedos á la béarnaise* y Etienne Tisserand se benefició de una dispensa papal para casarse con su bacalao favorito. Los postres se hicieron cada vez más elaborados y los

pasteles eran cada vez más grandes y numerosos, hasta el punto de establecerse una dura competencia por quién se comería el último. En cierta ocasión un ministro de justicia se ahogó al tragarse el último pastel que sobraba en la mesa, y que pasaba de los dos metros de largo. Fue denominado entonces el sobrero por el embajador de España, y con el tiempo «comerse el sobrero» se hizo sinónimo de todo tipo de actos humillantes. Cuando los marinos noruegos oyeron la palabra «sobrero», la pronunciaron «sombrero», aunque muchos no dijeron nada y prefirieron sonreír simplemente.

Ahora bien, mientras «comerse el sombrero» procede del francés, «pegarse el piro» es de origen inglés. Años atrás, en Inglaterra, el «pirado» era un juego que se practicaba con dados y un tubo grande de ungüento. Cada jugador echaba tres dados por turno y brincaba por la habitación hasta que sufría una hemorragia. Cuando un jugador sacaba siete o menos, tenía la obligación de pronunciar la palabra «quipu» y retorcerse frenéticamente. Si sacaba más de siete, tenía la obligación de pegarse en la cara una pluma del chambergo de cada jugador, y se le administraba un buen «pirado» o correctivo. A los tres «pirados», el jugador era declarado «pumba» o en quiebra moral. Gradualmente todos los juegos en los que intervenían plumas pasaron a llamarse «pirados» y las plumas se convirtieron en «piros». «Pegarse el piro» significaba, pues, ser emplumado, y más tarde escaparse, aunque la transición no está del todo clara.

Incidentalmente, si dos de los jugadores tenían una desavenencia a propósito de las reglas, podemos decir que «se buscaban la lengua». El origen de este modismo se remonta al Renacimiento, cuando el hombre cortejaba a la mujer pasándole la lengua a lo largo de una mejilla. Si la mujer se apartaba, significaba que aceptaría el compromiso. Si. en cambio, se pegaba a él y hacía que con la lengua le lamiera el rostro entero y toda la cabeza, significaba que se casaría con él. La lengua era conservada por la familia, que la utilizaba como aderezo en las grandes ocasiones. Si, en

cambio, el esposo tomaba otra amante, la esposa disolvía el matrimonio corriendo con la lengua por la plaza de la villa y gritando: «¡Esta lengua que tú me diste a mí, te la arrojo ahora yo a ti! ¡Arú! ¡Arú!». Si una pareja «se sacaba la lengua», significaba pues que una disputa era inminente.

Otra costumbre marital inspira esta elocuente y pintoresca expresión de desdén: «Dar con la puerta en las narices». En Persia se consideraba signo de gran belleza entre los hombres tener la nariz larga. De hecho, cuanto más larga fuera la nariz., más atractivo resultaba el hombre, hasta un cierto límite. Más allá de ese límite, lo que resultaba era cómico. Cuando un hombre tenía que declararse a una hermosa mujer, aguardaba su decisión rodilla en tierra, mientras ella le «daba con la puerta en las narices». Si el hombre sólo movía convulsivamente las ventanas de la nariz, era aceptado pero, si caía de espaldas al suelo y tenían que darle puntos, eso significaba que la mujer prefería a otro.

En la actualidad es de todos sabidos que cuando alguien va vestido con particular refinamiento, se dice de él que está hecho un «galán». Esta palabra debe su origen a Don Rodrigo Fernández y González Galán, el más notorio lechuguino de la España del Siglo de Oro. Heredero de una fortuna incalculable. Galán dilapidó sus millones en toda clase de sofisticadas prendas. Se dice que en cierta época poseía pañuelos suficientes como para que todos los hombres, mujeres y niños de Asia se sonasen durante siete años ininterrumpidamente. Las innovaciones de Galán en materia de vestuario masculino eran legendarias, y fue el primer hombre que llevó guantes en la cabeza. A causa de lo ultrasensible de su piel, la ropa interior de Galán tenía que estar hecha con el más fino salmón de Nueva Escocia, cuidadosamente cortado por un sastre experto. Sus actitudes libertinas le envolvieron en varios escándalos muy sonados, y llegó a formular una querella contra la Inquisición por el derecho de llevar orejeras cuando se acaricia a un enano. Cuando Galán murió al fin, completamente arruinado, su fortuna se reducía a unas rodilleras y un sombrero.

Parecer un «galán», por lo tanto, es todo un cumplido, y el que se viste como tal se halla en condiciones de «romper la marcha», un modismo de principios de siglo que se deriva de la costumbre de atacar con porras a todas las bandas de música cuyo director se permitiera sonreír durante la ejecución de una marcha de Elgar. «Romper la marcha» se convirtió pronto en un festejo nocturno muy popular, al que la gente asistía con sus mejores galas y bien provista de garrotes y piedras. Esta práctica empezó a abandonarse a raíz de una audición de «Barras y estrellas» en Nueva York, en la que la sección de cuerda dejó repentinamente de tocar para intercambiar disparos con las diez primeras filas de espectadores. La policía puso término al tumulto, no sin que antes un pariente de J. P. Morgan resultase herido en el paladar. Después de este incidente, al menos por algún tiempo, la gente dejó de vestirse para «romper la marcha».

Si consideráis discutibles algunas de las derivaciones arriba definidas, podéis llevaros las manos a la cabeza y exclamar: «¡Burradas!». Esta maravillosa interjección se originó en Austria hace muchos años. Cuando un banquero anunciaba su próximo enlace con una mujer barbuda, era costumbre que sus amigos le regalasen un fuelle y frutas de cera suficientes para tres años. La leyenda afirma que al hacer públicos León Rothschild sus esponsales, recibió por error un estuche que contenía la cola y cinco dientes de un burro. Al abrirlo, y descubrir que no se trataba del tradicional regalo, Rothschild exclamó:

«¿Qué es esto? ¿Dónde están mi fuelle y mis frutas? ¿Eh? ¡Lo único que me regalan son burradas!». El término «burradas», de la noche a la mañana, se hizo popular en las tabernas entre las clases bajas, que aborrecían a León Rothschild porque no se quitaba el peine del cabello después de peinarse. Con el tiempo, «burradas» pasó a designar todo acto de estupidez.

Bueno, confío en que estos orígenes del lenguaje popular os hayan divertido y sean un estímulo a que investiguéis algunos de ellos por vuestra propia cuenta. Y en el caso de que os intrigara el giro que sirvió para iniciar

este estudio, «ponerse las botas», diré que se remonta a un viejo número de varietés de Chase y Rowe, los dos chiflados profesores alemanes. Vestido con un frac que le venía grande, Bill Rowe robaba un enorme frasco de anticongestivo nasal en una farmacia. Dave Chase, que le sacaba mucho partido a su gran especialidad, la «dureza de oído», le preguntaba:

Chase: *Ach, Herr Profesor. ¿Qué es esa cosa tan grande que lleva en el bolsillo?*

Rowe: *¿Eso? Nada, es que foy a ponerme las gotas.*

Chase: *¿Que va a ponerse las botas? ¿Ut mein Gott?*

El público se partía de risa con esta salida y sólo una muerte prematura por estrangulamiento impidió que la pareja llegase a la fama.